

Diseño Orientado a las Prácticas Sociales

Anna Tripaldi Proaño





Diseño Orientado a las Prácticas Sociales

Anna Tripaldi Proaño

Diseño Orientado a las Prácticas Sociales

Anna Tripaldi Proaño



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa ■
Editora



DISEÑO ORIENTADO A LAS PRÁCTICAS SOCIALES

© del texto: Anna Ma. Tripaldi Proaño, 2024

© primera edición: Universidad del Azuay.

Casa Editora, 2024

ISBN: 978-9942-645-59-3

e-ISBN: 978-9942-645-60-9

Diseño y diagramación: Andersson X. Sanmartín

Corrección de estilo: Juan Carlos Astudillo S

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

en Cuenca del Ecuador 2024

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio, sin la autorización expresa del
titular de los derechos.*

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga

Rector

Genoveva Malo Toral

Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni

Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi

Directora de la Casa Editora



Agradecimientos

Homero Pellicer, Vanessa Martello, Enrique Santos, Dora Giordano, Piercosimo Tripaldi, Toa Tripaldi, Yariela Correa, Ximena Guerrero, Andersson Sanmartín, Ariel Ramos, Juan Carlos Astudillo.

Índice

Presentación	
Desarbolando el Camino	
Homero Pellicer.....	15
Introducción.....	21
Capítulo 1	
Diseño y Crisis.....	25
Capítulo 2	
Del Diseño Situado y el Objeto Diseñado.....	35
2.1. El Diseño Como Disciplina Compleja.....	37
2.2. Diseño y Forma: una Relación Mediada por el Contexto.....	41
2.3. El Objeto Diseñado y sus Dimensiones.....	45
2.3.1. Tipos de Objetos.....	46
2.3.2. El Contexto, el Texto y el Intexto del Objeto.....	51
2.3.3. El Objeto y el Usuario.....	54
2.4. Objeto, Cultura y Sentido.....	57
2.4.1. El Objeto Como Cultura Material.....	58
2.4.2. Objetos: Significación y Sentido.....	60
2.5. El Objeto Diseñado Como Tema de Estudio en el Diseño.....	64
Capítulo 3	
La Teoría de la Práctica Social.....	69
3.1. Antecedentes Históricos y Bases Filosóficas.....	71
3.2. Dinámicas de las Prácticas Sociales: la Teoría de la Práctica Social.....	81

3.2.1. La Naturaleza de las Prácticas Sociales.....	84
3.2.2. Elementos de las Prácticas Sociales: Materialidad, Competencias y Sentidos.....	87
3.2.3. Estandarización y Diversidad en las Prácticas Sociales.....	93
3.2.4. La Práctica Social y sus Modos de Circulación.....	94
3.2.4.1. ¿Cómo Circula la Materialidad?.....	94
3.2.4.2. Abstracción, Inversión y Migración: la Forma en que Circulan las Competencias.....	96
3.2.4.3. La Circulación del Sentido.....	99
3.2.5. Los Practicantes, la Formación de Redes y Comunidades Prácticas.....	102
3.2.6. Prácticas Interconectadas: Empaquetamientos y Complejos.....	106
 Capítulo 4	
Los Objetos Diseñados y las Prácticas Sociales.....	111
4.1. Componentes de la Práctica Social.....	113
4.2. Dimensiones del Objeto Diseñado.....	115
4.2.1. Dimensión Estructural.....	117
4.2.2. Dimensión Funcional.....	118
4.2.3. Dimensión Significativa.....	119
4.2.4. Otras Dimensiones Transversales.....	120
4.2.4.1. Dimensión Teórico-Conceptual.....	120
4.2.4.2. Dimensión Ética.....	121
4.2.4.3. Dimensión del Sujeto.....	121
4.3. Intersecciones Entre Objetos Diseñados y Prácticas Sociales.....	122

4.4. Red Objetual y Complejos de Prácticas.....	124
4.5. Objetos y Prácticas en el Contexto.....	126
4.5.1. Contexto Económico-Productivo.....	127
4.5.2. Contexto sociocultural.....	128
4.5.3. Contexto Ambiental.....	129
Capítulo 5	
Orientaciones Metodológicas para el Abordaje del Diseño Orientado a la Práctica Social.....	131
5.1. Las Investigaciones en Diseño Orientadas a las Prácticas Sociales.....	133
5.2. Sobre el Traslado de la TPS al Proyecto de Diseño.....	142
Reflexiones Finales.....	145
Referencias.....	153



Presentación



Desarbolando el camino

Decía Ricardo Piglia en referencia a la obra literaria, que “el marco básicamente anuncia quién va a hablar y sobre qué (...) entonces cuando uno dice ‘te voy a contar un chiste’ está estableciendo un marco y preparando al otro para el tipo de discurso que viene.”¹

Este texto tiene su marco. Es la autora hablando de su inmenso trabajo de investigación, es sobre poder pensar y cómo hacerlo y de qué manera se construye conocimiento. Pero sería una simplificación y una abstracción reduccionista dejarlo planteado sólo en esos términos.

Anna Tripaldi Proaño nos enfrenta y avanza en una comprensión compleja y múltiple, explicando cómo establece sus modalidades de búsqueda, metodologías y conceptos, acotándolas a un recorte de estudio de una relación que enuncia como: “las dinámicas que se establecen entre el objeto diseñado y la práctica social en la que se inserta”.

Es entonces el registro del viaje temporal de una “relación” llena de enigmas, interrogantes y respuestas provisionales que la autora abre a cada paso de su derrotero. Para esta campaña no toma objetos de diseño de autor, o de reconocimiento dentro del *establishment* disciplinar, como tampoco la imposición de una nueva práctica social emergente en la contemporaneidad. Por el contrario, nos enfrenta y nos obliga a mirar lo cotidiano, lo que usamos de manera espontánea naturalizando su existencia. Ella logra instaurar una nueva mirada, un enfoque novedoso sobre el acontecimiento cotidiano y esencial que es comunicarse.

Aquellos que se sumerjan en este texto encontrarán varias dimensiones y aspectos que quisiera destacar. El primero es que no pone por delante una teoría, un preconcepción, sino que antepone la experiencia para luego desde allí conceptualizar. Rastreando en registros, datos y memorias un saber determinado en una dinámica de vinculación que se expresa múltiple y cambiante en el tiempo y en cada etapa que analiza, desde los primeros artefactos de comunicación a los actuales. Y en este análisis presenta el enfoque de

¹ Piglia, R. (2022). Escenas de la novela argentina. Eterna cadencia editora.

cada momento y de qué modo se constituyen los diferentes espacios del hábitat, su superposición y simultaneidad con otros, o cómo se transgreden las fronteras que se suponían infranqueables. Todo este despliegue argumental nos deja ver con claridad los movimientos y cambios en la relación entre los usuarios y los objetos para comunicarse, expresando la multiplicidad de sentidos y la polisemia de la forma.

En resumen, entender la experiencia de la comunicación en el tiempo, instaura las relaciones entre las partes, determina los conceptos, define las teorías, como también separa los estereotipos cognitivos y los prejuicios establecidos.

Hay un segundo aspecto, que podemos enunciar como la construcción de un andamiaje del texto, que interroga sobre un aspecto esencial en la relación que estudia y que podemos enunciar como su contextualidad. Cada momento de esta relación cobra relevancia dentro de su ámbito, entendiéndolo como aquello que le otorga sentido, superando la dicotomía de plantearlo de manera cerrada y dada por un lado, como de pensarlo múltiple e inasible por el otro, lo cual produce la falsa idea de imposibilidad de comprensión.

La autora presenta esta contextualización como una construcción relativa y cambiante según el tiempo y espacio en el cual se desarrolla el vínculo entre el sujeto, la práctica social y el objeto de diseño, dando un paso mayor al poder modelizar conceptualmente y gráficamente las variables emergentes de esta interacción, sean estas económico productivas, socioculturales o ambientales. Aporta así con originalidad modelos, propuestas de interacción y vinculación, enriqueciendo con dichos aportes a los futuros escenarios de investigación en diseño orientados a las prácticas sociales, desarbando el camino.

Otro aspecto es la contribución sustancial al campo de la investigación en diseño, el cual a veces se torna una aventura incierta. No solo será una nueva fuente de consulta y un mojón en el cual hacer base para futuras investigaciones, sino que da lugar a reformular aspectos que no son abordados y considerados en las estructuras de investigación más rígidas o clásicas. El desarrollo plantea la integración de la experiencia proyectual con sus estadios, períodos, etapas, bifurcaciones y desviaciones. La investigación proyectual, a la luz de este material, es una tarea compleja de orden, desorden, azar y organización, que permitirá nuevos avances dentro de un proceso multidimensional.

Hacer la operación de vincular, de establecer relaciones, allana el camino contra un pensamiento conservador, contra la instauración de una verdad única como modelo colonizador al cual se debe adherir. Estas páginas permiten encuentros, vincular cosas y explorar otros caminos. Disponen al lector a cimentar búsquedas, recorridos no pensados, negados o clausurados, en el terreno de la complejidad.

Podemos entender esta investigación también como la historia de las técnicas, que en cada momento acompañan la dinámica de comunicarse, desde el teléfono inicial a los sistemas móviles y digitales actuales. La técnica no es inerte, predispone un modo de vinculación y materialización, por tanto un enfoque y comprensión de la realidad.

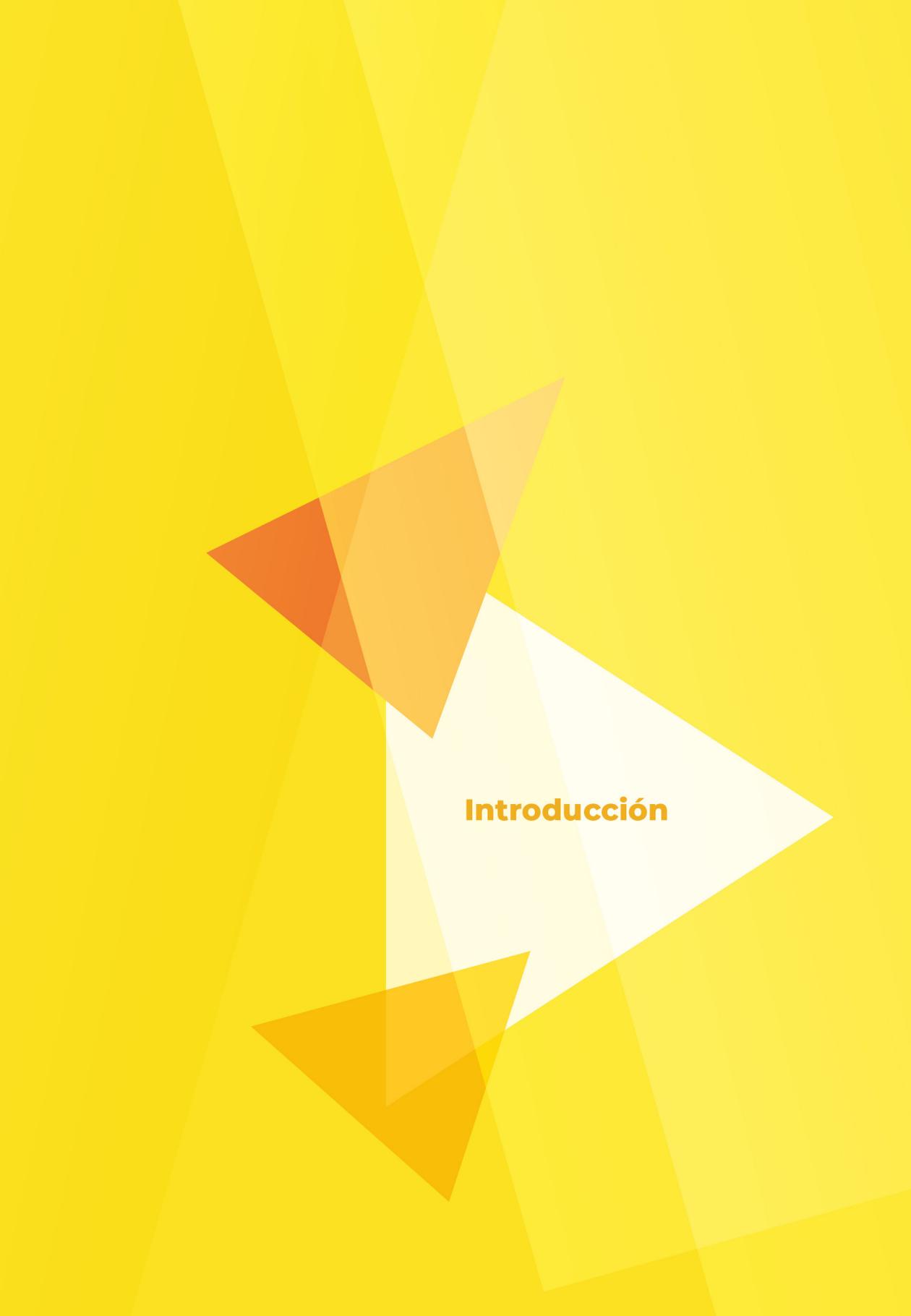
Y por último quisiera destacar que el texto supera una prueba que está siempre presente en todo planteo y en especial en aquellos de investigación: ser claros.

Esta exigencia a veces nos lleva a ubicarnos en un plano de superficialidad, clichés y lugares comunes. No es este el caso. La autora no es amable con sus lectores. Nos obliga a sumergirnos en la profundidad que conlleva transitar un conocimiento con claridad, con excelencia, dentro de un ritmo atrapante y una sintaxis perfecta. Tenemos aquí a un lector atrapado en lo que Anna plantea como fin último: experimentar. Sin repetir lo sabido, buscar donde nuestra intuición nos alerte de algo distinto, antes que reiterar lo conocido.

Anna traza un horizonte nuevo, uno en el que pensar y avanzar. Uno quizás cargado de utopías, en donde podamos construir nuestro futuro.

Homero Pellicer.

¹ Piglia, R. (2022). Escenas de la novela argentina. Eterna cadencia editora.



Introducción

Introducción

Este libro recoge algunos de los resultados obtenidos durante la investigación realizada en la elaboración de la tesis *El objeto diseñado, a la luz de la Teoría de la práctica social. Caso el teléfono, desde el teléfono fijo de disco hasta el celular 4G en Ecuador (1970 -2020)*, aprobada en el Doctorado en diseño de la Universidad de Palermo, en Argentina. El estudio se enfoca en comprender las dinámicas que se establecen entre el objeto diseñado y la práctica social en la que se inserta, con la finalidad de echar luz sobre el rol del diseño en la sociedad, y a partir de ello, vislumbrar posibles caminos que la disciplina y la práctica del diseño pueden emprender en Latinoamérica de cara a la fluidez de un mundo cada vez más cambiante.

Si se revisa el actual estado del arte, hay muy pocos estudios que profundicen en la relación entre diseño y práctica social, ya sea desde el análisis disciplinar del Diseño vs la Teoría de la Práctica Social (TPS), como desde la relación objeto diseñado-práctica social. Los escasos estudios existentes son de origen europeo y se limitan a proyectos de generación de diseños, cuyo eje trasversal es la sustentabilidad, sin embargo, a pesar de ser estudios sumamente interesantes, carecen de una fase de teorización que realice un aporte sustancial de conocimientos nuevos estructurados.

Es significativo aclarar que esta escasez de estudios puede deberse a que la TPS es una propuesta teórica que, a pesar de tener bases antiguas, se estructura como teoría apenas a partir del año 2000. Sin duda, la TPS puede calificarse como una nueva forma de mirar lo social, y a pesar de su juventud, puede aportar de forma significativa en el abordaje de los problemas humanos, tal como se evidencia en este estudio.

En este libro se profundiza justamente en esas relaciones y propone una nueva mirada teórica a la disciplina; una mirada que permita facilitar la comprensión de temas que refieren a la relación entre el diseño y el contexto, la sociedad y el consumo de productos diseñados. Por tanto, la propuesta se circunscribe al campo del diseño industrial contemporáneo que concibe el diseño como un proceso de configuración formal complejo e integral, donde el objeto resultante es una suerte de amalgama de diversas dimensiones que van desde lo más material del objeto hasta sus propiedades más intangibles.

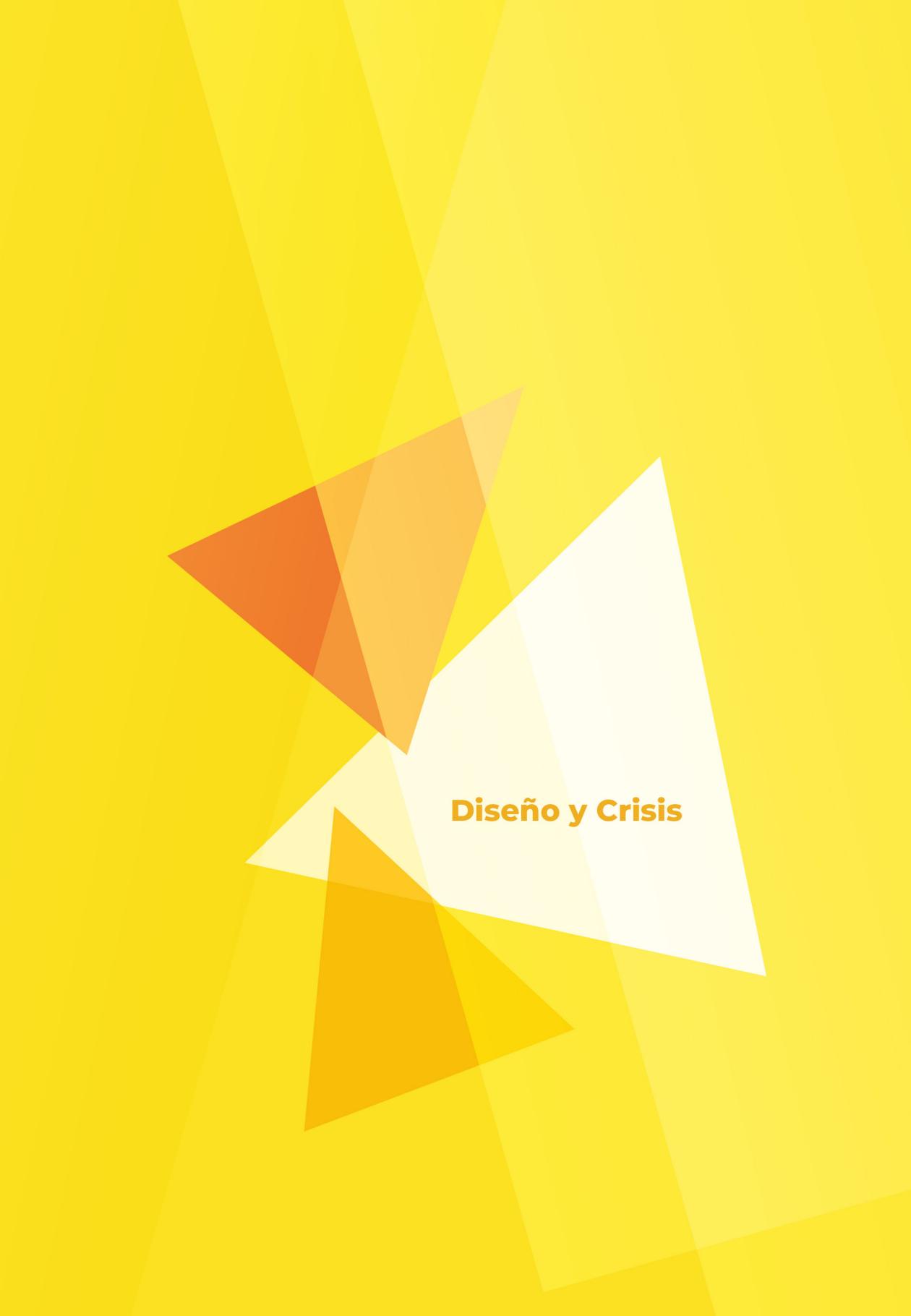
A lo largo del escrito, se pone en evidencia cómo el diseño y las prácticas sociales se ponen en juego y establecen una estructura relacional compleja y multidimensional. Esta estructura relacional no es fija, sino que constantemente se modifica y recrea, en un proceso de sucesivos acoplamientos a los cambios de las partes —objeto diseñado y práctica social—, y del contexto.

En el capítulo 1 se presentan algunos de los retos contextuales que afronta la disciplina en el marco de un planeta marcado por tiempos de policrisis. El capítulo 2 se presenta una suerte de teoría del objeto diseñado. Se aborda la relación diseño-contexto, y plantea a la disciplina como inevitablemente situada en un entorno que la determina, así como determina sus abordajes, metodologías y formas de concreción. Se presentan, además, las particularidades teóricas del objeto diseñado, se lo define y además se explica su rol en la vida cotidiana, al constituirse como cultura material que se carga de sentido para inscribirse en lo social.

El capítulo 3 desarrolla un recorrido detallado por la Teoría de la Práctica Social, sus orígenes históricos, sus bases filosóficas y sus tesis centrales. También incluye los conceptos más importantes y las versiones más contemporáneas de esta teoría, a través de autores como Nicolini (2012), Schatzki (2001) y Shove (2009), entre otros.

El capítulo 4 se plantean varios modelos conceptuales inéditos —construidos a partir de los resultados de la investigación—, y se realiza allí el traslado de los hallazgos del estudio de caso a una propuesta teórica. En ésta se evidencian las relaciones posibles entre el objeto diseñado y la práctica social, a partir de lo cual se propone un modelo teórico nuevo para el abordaje de las problemáticas de diseño, referidas al objeto y contexto de este. Siguiendo esta misma línea de pensamiento el libro cierra con el capítulo 5, en el que se proponen una serie de enfoques y consideraciones metodológicas para un diseño enfocado en las prácticas, se explican estrategias de procesamiento de información posibles, así como criterios de triangulación de datos.

Finalmente se expone una serie de recapitulaciones y consideraciones finales, posibles transferencias de conocimiento, nuevas líneas de investigación y enfoques compatibles con el modelo teórico propuesto.



Diseño y Crisis

Diseño y Crisis

*Nunca creí que pudiéramos transformar el mundo,
pero creo que todos los días se pueden transformar las cosas.*

Françoise Giroud

La globalización, la occidentalización y el modelo de desarrollo predominante han llegado a generar una situación de crisis en diversos ámbitos, como el económico, ambiental, cultural, social, etc. O de “policrisis”, como la define Morín (2011), que se producen a nivel económico, ecológico, cognitivo y sociocultural.

Los modelos de desarrollo han instaurado modos de organización social e intelectual caracterizados por la especialización y la compartimentalización, donde pocas fórmulas estandarizadas y ciegas respecto de los contextos humanos, culturales y naturales, se aplican indiferenciadamente, ignorando así toda singularidad.

El sistema capitalista, inicialmente concentrado en la producción, aparece hoy centrado en el consumo (Baudrillard, 1982). Un capitalismo desenfrenado que se caracteriza, a su vez, por un igualmente desenfrenado consumo, que ha cedido paso al consumismo: “El desarrollo ininterrumpido del complejo técnico-económico-industrial-capitalista de nuestra civilización implica un crecimiento continuo de las necesidades y los deseos suscitados por el binomio producción/consumo” (Morín, 2011, p. 225).

El sistema necesita al consumo para vivir, para reproducirse. El aumento de la oferta requiere el aumento de mercados; el crecimiento de la clase media, a nivel global, implica el crecimiento del mercado de consumo. En este ciclo, el consumo se va acelerando, ya que permite nuevas experiencias, libertades y satisfacciones:

Más allá de estos aspectos positivos que abren al consumidor nuevos universos materiales, sensoriales y espirituales, el consumo se transforma en consumismo donde lo que era superfluo se vuelve indispensable, los antiguos lujos se vuelven necesidades, las nuevas utilidades se vuelven imprescindibles, y donde la seducción publicitaria conduce a la compra de productos cargados de virtudes ilusorias. (Morín, 2011, p. 225)

El consumo, acompañado de la obsolescencia programada y percibida, el “tírese después de usar”, la incitación permanente a lo nuevo, así como la preocupación por el estatus, producen el advenimiento de una serie de frustraciones individuales, sociales, psicológicas y morales. Estas buscan respuestas en rituales de compra y consumo acelerado que, lejos de ofrecer alivio, contribuyen al desarrollo de un individualismo estandarizado.

Este hiperconsumo ha generado profundas crisis económicas y ecológicas que se sostienen, como explica Morín (2011), en las lógicas del “cada vez más cantidad y más rápido” (p. 227), la obsesión por el lucro, la obsesión por lo cuantitativo y calculable, el círculo interminable del “trabajar dormir, volver a trabajar” (p. 227), como modelo generalizado de trabajo, a lo que se suma la exposición intensiva al ruido publicitario.

Frente a esta realidad, el autor propone una serie de vías reformativas o políticas, que plantean que se “debe luchar contra el despilfarro y la intoxicación consumista, más que imponer restricciones o privaciones; debe promover también la calidad en detrimento de la cantidad (...) la primera reacción al empobrecimiento es recurrir al crédito; la segunda, controlar el consumo” (Morín, 2011, p. 231). Entre las antedichas, la última es de interés para este estudio, considerada no desde el control sino desde la comprensión sobre cómo el individuo contemporáneo se relaciona con las cosas, al momento de su uso y consumo. Para el autor, la clave está en llegar a la moderación en el consumo, cediendo el lugar a la consumación, entendida esta última como una alternancia entre la sobriedad en lo cotidiano y los momentos de fiesta y derroche.

Según Morín (2011), para posibilitar este proceso se requiere, entre otras cosas, reducir la compra de productos de características ilusorias y mentirosas e imponer normas de calidad en los productos. Otros requerimientos referidos por el autor son fomentar movimientos reflexivos de búsqueda de calidad de vida, buenas condiciones laborales, comercio justo y responsabilidad ecológica. Por último, fomentar la renovación del concepto de lo artesanal, entendido como producción a baja escala, en el sentido de reestablecer un “hacer lento”, donde calidad se privilegia sobre cantidad. Para llegar a ello, este autor ve necesaria la aplicación de cinco principios: el surgimiento de lo inesperado y la aparición de lo improbable, como el primero de estos. Las virtudes generadoras/creadoras inherentes a la humanidad —entendidas como la posibilidad humana para crear/recrear, y con ello posibilitar la innovación, como el segundo. El tercero lo componen las virtudes de la crisis, que están llenas de peligros, pero también de posibilidades transformadoras. Las virtudes

del peligro, como las oportunidades que surgen del riesgo constituyen el cuarto principio, y la milenaria aspiración de la humanidad a la armonía conforma al quinto y último.

En palabras de Morín (2011),
hay que reformarlo y transformarlo todo. Pero todo ha empezado a transformarse ya sin que nos hayamos dado cuenta. Hay millones de iniciativas que florecen en todas partes del mundo. Es cierto que, a menudo, son ignoradas, pero cada una, en su vía, aporta confianza y conciencia. (p. 283)

En este sentido, es interesante mapear esos posibles indicadores de cambio, y resultan llamativos los datos publicados por *Euromonitor Internacional* — en su estudio *Top 10 Global Consumer Trends* —, en el que se plantea como tendencia global un aumento de conciencia sobre temas ambientales, responsabilidad social y calidad de vida (Angus y Westbrook, 2018, 2019, 2023). Según estas autoras se aprecia un fuerte crecimiento de la demanda por lo verdadero y de la cultura de la denuncia, así como del activismo con altos grados de agitación social, especialmente a través de redes sociales y medios electrónicos. Se suman la adopción de estilos de vida más austeros y limpios, caracterizados por la moderación y el desapego por las cosas: “viajar ligeros”, sería el lema imperante.

Asimismo, afirma Angus (2018, 2019, 2023) que los consumidores se vuelven desconfiados y escépticos, por tanto, dudan de la información proporcionada por los discursos publicitarios y los productos masivos, industrializados y transnacionalizados. En este mismo orden de ideas, la autora afirma que hablar sobre sostenibilidad y responsabilidad social ya no es suficiente, y que los consumidores buscarán una transparencia más radical por parte de las marcas. Asimismo, observa que las personas hoy exigen ser partícipes de los procesos de creación de productos (prosumidores), lo cual implica la posibilidad de personalizar los productos que consumen. Hay también una fuerte tendencia a la austeridad; a pesar de ingresos más altos son menos tolerantes, más escépticos. Sienten que pueden hacer una diferencia, y esto influye en sus opciones de gasto.

En este mismo orden de ideas, Angus (2018, 2019, 2023) refiere que se mantienen y fortalecen nuevas prácticas, como el consumo de bienes de segunda mano. De esta forma, el consumo actual se concentra en la experiencia y la declaratoria de principios a través del mismo acto de consumir. Los nuevos consumidores buscan productos y mercados más éticos, así como hacer de sus consumos espacios para el disfrute, autoencuentro y autodesarrollo.

Los hechos recientes, registrados a partir de la crisis global generada por la pandemia de la COVID-19, han potencializado un proceso de cambio acelerado y de cuestionamiento sobre los modos de vida, el consumo y las prioridades. Angus (2020), analiza cómo la emergencia producida por la COVID-19 ha llevado al cambio y aceleramiento en algunas tendencias como, por un lado, el desarrollo de robots para asistencia médica y humana en general. Por el otro, el aceleramiento de las conexiones, lo cual implica una mayor cercanía a través de los espacios virtuales, y también el aceleramiento del paso a un mercado de tipo virtual-global.

Otro aceleramiento importante es la búsqueda de transportes seguros, alternativos y con bajo contacto interpersonal. Pensar en la inclusión de todos por igual superando barreras producidas por la discapacidad es otro cambio importante, así como una nueva preocupación por el propio bienestar físico, psicológico y espiritual. A esto se suma la tendencia de pensar el hogar como un espacio multifuncional que garantice una adecuada calidad de vida, la creciente oferta de personalización de productos y servicios, y una fuerte tendencia al apoyo al mercado local, así como el consumo de productos eco y socialmente responsables.

Los consumidores buscan gastar en felicidad. A corto plazo, la “alegría” es un motivador de compra. En la postpandemia los consumidores buscan redescubrir el mundo a pesar de las incertidumbres. Al mismo tiempo que se sostiene en un mundo caótico con el agotamiento en su punto más alto, la humanidad está poniendo las necesidades personales por encima de todo (Angus, 2023).

Al analizar estas tendencias, se aprecia claramente cómo el diseño no sólo está inmiscuido en la producción (que correspondía a la visión de desarrollo técnico-económico-industrial-capitalista que se menciona al inicio de este capítulo), sino que desde la perspectiva social y las tendencias señaladas el diseño se convierte en un elemento transversal en casi todos los procesos de consumo.

De esta misma manera, el encierro al que llevó el proceso de aislamiento también permite reflexionar sobre lo que sucedería en el planeta ante una disminución de la velocidad de consumo y los desplazamientos en automóvil, entre otros. Evaluar así el enorme impacto de esto en la naturaleza, tanto respecto del cambio en la calidad del aire, la renovación de bosques y el regreso de animales a espacios que habitaron en el pasado, ha generado una nueva tendencia, ligada a la búsqueda del cuidado y disminución del impacto de la actividad humana sobre la riqueza natural.

La preocupación debería centrarse tanto en readaptarse rápidamente frente a esta nueva realidad, generando marcas y productos que sean útiles y solidarios hacia el consumidor, así como en planificar un nuevo futuro considerando escenarios radicalmente diferentes y potenciar lo digital. En este contexto de crisis y cambio: ¿cuál es el rol del diseño?, ¿tiene acaso el diseño un rol protagónico o al menos importante en estos cambios?, ¿qué dinámicas caracterizan a este rol?, ¿cómo están respondiendo el diseño y los diseñadores a estos cambios contextuales?

Actualmente, el diseño propone una cantidad de enfoques que parecen dar cuenta de un acoplamiento de la disciplina a nuevos retos contextuales. Tal es el caso del Diseño para todos, Diseño Universal, Diseño Inclusivo, Diseño centrado en el usuario, *Slow Design*, Diseño colaborativo, Ecodiseño, entre algunos otros.

Sin embargo, según los estudios de Lagos et al. (2013) y Ramírez, Leucona y Cardoso (2012), estos enfoques abordan el proyecto de diseño de forma segmentada y parcial. Con base en lo antedicho, sugieren la necesidad de buscar nuevas formas de mirar, pensar y hacer diseño, orientadas a la resolución de necesidades reales y básicas, que ayuden a mejorar la calidad de vida de forma integral.

¿Cómo el diseño puede encontrar una “línea de fuga” —en el sentido deleuziano— que le permita responder adecuadamente en un contexto de crisis, como el contemporáneo? ¿Cómo los objetos diseñados se adaptan a estas nuevas condiciones permanentemente cambiantes? ¿Cómo los objetos logran establecer relaciones con las personas y cómo estas relaciones afectan mutuamente al diseño y a las personas?

Shove (2016), explica que hasta ahora las teorías del diseño se han centrado en el objeto y en sus cualidades en relación con los consumidores. Por otro lado, las teorías del consumo están centradas en los sentidos o significados de las cosas o de los procesos de compra, más que en el uso de los objetos. Asimismo, tanto diseño como teorías del consumo, han dejado de lado las conexiones entre todos estos elementos. Según la autora, la Teoría de la Práctica Social (TPS) podría proveer un enfoque fuerte para comprender mejor la relación entre el diseño, el consumo y lo social.

La TPS permite abordar las relaciones que se tejen entre los objetos, los sistemas de objetos, las infraestructuras, la gente —con sus capacidades—, y las prácticas. A la vez, permite observar cómo estas relaciones son relevantes para la vida cotidiana de cada persona y de las colectividades.

La práctica social, según Reckwitz (2002), se compone del mundo material, el sentido y las competencias. En el caso del diseño, resulta interesante explorar cómo calza la historia de los objetos en esta dinámica de interacción, las relaciones que se establecen entre los tres elementos y, por último, cómo estas se modifican cuando hay rupturas en el sistema.

Por todo lo antedicho es pertinente entender la vida del objeto en la vida cotidiana de las personas, mapear las continuidades y discontinuidades, así como nuevas configuraciones y reconfiguraciones, con la finalidad de descubrir cómo estos objetos producen cambios en el sistema de relaciones y en qué niveles.

Este posicionamiento implica, además, el desplazamiento del interés de estudio desde las funcionalidades del objeto hacia las capacidades del individuo para usar dicho objeto. Asimismo, se produce un desplazamiento del concepto de usuario hacia el de *carrier* o practicante. Es decir, pasar de entender al sujeto como un simple usuario para entenderlo como quien realiza la práctica, la sostiene o modifica y, a su vez, la porta o posee, o cambia y descarta al objeto inmiscuido en la práctica.

Shove (2014) sugiere que al mirar al diseño como algo más que un proceso de adición de valor o de elaboración de productos, se puede pensar el rol que el diseñador tiene en la cultura material y el consumo de los elementos que la componen. En este mismo orden de ideas, pensar que el diseño y los diseñadores tienen un impacto directo en la configuración de lo material, implica pensar que, diseñando objetos, el diseñador al mismo tiempo genera competencias y sentidos. Por otro lado, esto posibilita mirar a la disciplina, sus procesos y protagonistas, como parte de la complejidad de las prácticas.

Hoy en día el diseñador coproduce experiencias de consumo; no solo diseña objetos, sino que interviene en las prácticas cotidianas de la humanidad y, de alguna manera, propone el tipo de materialidad que circula y se moviliza en los distintos sistemas de prácticas. De allí que algunas de las urgencias actuales apuntan a visibilizar cómo el diseño modifica lo cotidiano, el consumo y, puntualmente, cómo contribuye a sostener —o no— prácticas en un escenario de crisis como el que ya se explicó en la primera parte y, a su vez, cómo las prácticas modifican al diseño y sus formas de mirar y hacer.

Una *práctica social* es aquella mediante la cual las sociedades organizan la producción, circulación y uso de los conocimientos científicos con base en su estado del saber y de las formas de pensamiento vigente (Valdés de León, 2011). De igual forma, se podría decir que el diseño y su práctica proyectual se consolidan en una

sociedad como disciplina y profesión, cuando se inserta en las prácticas sociales de manera reflexionada y consciente. Es decir, que se consolida cuando la sociedad logra mirar al diseño como parte de su quehacer, como una capacidad, disciplina o profesión que plantea maneras de hacer o de resolver situaciones. Esto ocurre cuando, desde la sociedad, el diseño se percibe como una fortaleza para aprovechar oportunidades.

Los procesos sociales son siempre complejos y, las posibilidades teóricas y disciplinares de abordaje, diversas. Por ello, se propone abordar la problemática de la relación del diseño y las prácticas contextuales desde la mirada de la TPS. Esta, como explican Murcia et al. (2016), permite mirar a las prácticas y al consumo como expresión de las transformaciones del mundo y del ser humano, de sus imaginarios instituidos, de las creencias, convicciones y motivaciones de un pueblo.

En este libro se intenta esclarecer el juego de relaciones que se establecen y articulan entre la TPS y el producto del diseño. A partir de esto, se busca comprender el impacto que este último puede llegar a tener en la sociedad y en el planeta, frente a las profundas crisis, de índole ambiental, social y económica, que caracterizan a las sociedades contemporáneas:

La vida cotidiana, tal vez por obvia, no llama la atención hacia uno de los rasgos más elocuentes y conmovedores de lo humano: la convivencia continua e ininterrumpida con los objetos y la intrincada red de vínculos que con ellos establecemos. (...) Como sea: un objeto siempre será la expresión legítima de un modo de vivir y ver el mundo. (Juez, 2002, p. 13)

Comprender las dinámicas que se establecen entre el objeto diseñado y la práctica social en la que este se inserta, permitirá echar luz sobre el rol del diseño en la sociedad y, desde allí, plantear posibles caminos que deberán emprender la disciplina y la práctica del diseño en los países latinoamericanos, para adaptarse a un mundo fluido y cambiante.



**Del Diseño Situado
y el Objeto Diseñado**

Del Diseño Situado y el Objeto Diseñado

Tiene que haber un punto en el cual incluso los tipógrafos, meteorólogos, fabricantes de cuchillos, filósofos y fabricantes de palas alcen las cabezas de su mesa de trabajo y cuestionen los usos que se dan a su trabajo.

Françoise Giroud

Este capítulo aborda la relación diseño-contexto y recorre algunas definiciones que permiten entender a la disciplina como situada en un entorno que la determina y que, a su vez, va a influir en los abordajes, metodologías y formas de concreción que la caracterizan.

2.1. El Diseño Como Disciplina Compleja

El diseño es una disciplina que por su temprana edad o por sus características intrínsecas, está en constante movimiento. Esto le da una particularidad tal que hace posible una permanente y constante proliferación de definiciones. Es así que, incluso en el término “diseño”, encontramos distintas formas de significación: diseño como disciplina o conjunto de saberes más o menos ordenado, dedicado a la proyectación de soluciones en diferentes ámbitos; diseño como proceso metodológico orientado a la generación de productos; diseño como producto de un proceso o serie de pasos, orientados a ver nacer una solución a una problemática del entorno. Las tres acepciones antes mencionadas se juntan y, a la vez, son interdependientes.

Tomás Maldonado (1961), propone una definición de diseño que fue tomada por el ICSID (*International Council of Societies of Industrial Design*), como definición de diseño:

El diseño industrial es una actividad proyectual que consiste en determinar las propiedades formales de los objetos producidos industrialmente. Estas propiedades formales no son solo las características exteriores, sino, sobre todo, las relaciones funcionales y estructurales que hacen de un objeto una unidad coherente, desde el punto de vista del producto y del usuario. Las propiedades formales son siempre el resultado de la integración de factores distintos: funcionales, culturales, tecnológicos y económicos. (Maldonado, 1961, como se citó en Quarante, 1988, s.p.)

Si bien Maldonado se refiere al diseño industrial, bien podría extrapolarse a los otros ámbitos del diseño, o tomarse como una definición general.

El diseño, en las palabras de Mazzeo (2017), puede compararse con un iceberg, donde lo más relevante es, probablemente, aquella masa que no vemos, compuesta por el saber del diseñador, la problematización, las estrategias y recursos seleccionados, y el conocimiento circunstancial. La solidez de la masa sumergida definirá en gran medida la permanencia del diseño en la sociedad, de allí que la autora afirma:

Es verdad que la dinámica relación entre diseño y sociedad obliga a una revisión de los modos de hacer para que la práctica pueda redefinirse y con ello mantenerse vigente. Pero este nuevo modo de definir la disciplina no debe suponer necesariamente abandonar sus fundamentos teóricos, sino repensarlos a la luz de los nuevos condicionantes y fortalecer los conceptos centrales que la constituyen. Cambios en el hacer que, seguramente, aportan al saber y que lejos de invalidarlo lo alimentan. (Mazzeo, 2017, p. 15)

De allí que surge la necesidad de revisiones permanentes de la disciplina, sus enfoques y metodologías; repensar el diseño implica sincronizarlo con los cambios acelerados que vive el mundo actual, las crisis que los determinan y, desde allí, pensar el rol del diseño en ese contexto. Tan solo en la medida en que desde la disciplina se pongan en crisis prácticas y discursos, esta podrá modificarse positivamente hacia el planteamiento de nuevas formas de hacer.

Por otro lado, el diseño, puede pensarse, en términos de Moles (1995), como una disciplina imprecisa, en construcción permanente, una disciplina abierta y cambiante. En esa misma línea Margolin (2001) afirma:

El diseño, como varios estudiosos han sugerido, es una práctica contingente cuyas técnicas, metas y objetivos están en un proceso continuo de cambio. Lo que no cambia en el diseño es que es una suerte de concepción y planeación cuyo fin da como resultado un producto, sea este un objeto material, o un servicio o sistema inmaterial. El Diseño es también una actividad integradora, que en su sentido más amplio conjunta el conocimiento de múltiples campos y disciplinas para lograr resultados particulares. (p. 12)

La disciplina del diseño tiene, como fin primordial, dar soluciones a necesidades del contexto, expresadas en formas tanto bi, como tridimensionales, que van a poblar el mundo de lo cotidiano, a través del uso y consumo de estas soluciones. Mazzeo (2017) afirma además que:

El diseño en todas sus áreas de incumbencia constituye una actividad cultural cuyo fin es el de satisfacer, por un lado, aquellas necesidades primarias que surgen funcionalmente de nuestro habitar y, por el otro, aquellas necesidades, pero ya secundarias que surgen esencialmente de nuestra condición humana. (p. 25)

Estas necesidades no están necesariamente asociadas al consumo; se insertan en el ámbito de lo psicológico, lo social y lo cultural. Es así que, hoy en día, el diseño se vuelve una forma de expresión y comprensión, una disciplina que produce elementos que establecen —como la disciplina misma—, un diálogo permanente con el usuario desde sus múltiples dimensiones (científica, estética, interpretativa y operativa). Como se puede apreciar, el diseño propone una serie de elementos perceptibles que se traducen en sentidos que a su vez se insertan en las prácticas cotidianas.

La tarea básica del diseñador es la transformación del entorno, el producto de dicha transformación es el objeto diseñado que a su vez modifica al ser humano a través de la interacción sujeto – objeto que se mantiene permanentemente activa. En este sentido Vilchis (2016) explica que el usuario percibe e interpreta el lenguaje del diseño, lo interrelaciona con el contexto y sus experiencias previas. Por otro lado, Valle (2020) explica que el diseño es posible solo en relación a los otros.

Se puede afirmar, entonces, que estamos frente a una disciplina de base social y cultural fuerte que requiere un entorno o contexto para poder existir. Este contexto está en continuo cambio y a su vez estas modificaciones afectan al diseño tanto en calidad de disciplina como en calidad de objeto diseñado.

Esta relación, así como los procesos previos propios del proyecto de diseño (la problematización, la programación, la operatoria, la ideación, la concreción, solo para nombrar algunos) con frecuencia son subvalorados, dando la impresión de que tanto la disciplina como sus soluciones objetuales son producto del azar, o de la inspiración temporal y que, la permanencia de los productos del diseño en el contexto se limita únicamente a factores de desgaste material o pérdida de utilidad.

Mazzeo (2017) explica al diseño como un sistema, por tanto, como un entramado complejo, tanto en el ámbito metodológico como en sus productos. Es decir, en palabras de esta autora: “la idea de sistema como objeto a diseñar” (p. 57). De igual manera realiza la importancia del “contexto de intervención” (p. 141), ya que es en este donde va a intervenir modificándolo y a su vez será modificado por el contexto, incorporando conocimientos de la sociedad en que actúa. En la misma línea, afirma que “a este capital cultural inicial, irremplazable y determinante, se sumarán los saberes propios del campo disciplinar y todas aquellas experiencias, relacionadas o no, con la práctica proyectual” (Mazzeo, 2017, p. 150).

De igual forma, Giordano (2018) concibe al conocimiento sobre el diseño como un proceso de búsqueda de relaciones y vínculos entre datos que provienen de un contexto complejo que requiere ser cartografiado a profundidad, para poder ser abordado eficientemente a través del acto proyectual del diseño. Similares reflexiones se encuentran en Ledesma (2013), quien mira al diseño como hecho profundamente social y complejo.

De esta manera, se ve como necesario que, desde el diseño, se conciba la realidad, desde y a través de un estado de conocimiento que deviene en cultura, ya que sus múltiples manifestaciones configurarán de alguna manera las transformaciones culturales de época, transformaciones que se dan en el entretejido complejo de la red global.

Estas circunstancias implican la salida de modelos estáticos para dar paso a los procesos de objetivaciones provisorias: “el proyecto de Diseño abandona la lógica de los procesos lineales y se convierte en una expresión de las tramas conectivas, incorporando factores contextuales, es decir, adopta la configuración de los sistemas complejos” (Giordano, 2018, p. 25).

La búsqueda en los campos del diseño y la arquitectura se inclina al debate sobre los modos de inserción disciplinar en la dinámica cultural actual, toda vez que ha caducado el rol que les asignaba la lógica modernista; es decir, aquel de resolución de problemas predefinidos. Estos procesos de búsqueda inevitablemente decantan en una resignificación disciplinar a partir de cambios epistemológicos que contribuyen a la comprensión de los procesos complejos y a las dinámicas de interacción que estos conllevan, así como a los indicios de transformación implicados.

Giordano (2018) explica que la interpretación y los límites de la validez del diseño, se establecen según el marco valorativo que los sustenta. Es decir, la valoración del conocimiento y la producción del

diseño, se deben al momento histórico, social y cultural en el que se insertan: “Hoy el conocimiento concibe al mundo como intertextual e hipertextual, además de haber integrado el registro de fenómenos intersticiales y marginales” (p. 27). En el panorama cultural actual, complejo y de múltiples crisis, se hace urgente la necesidad de problematizar para comprender. La problemática del contexto se plantea en términos de comunicación y conexión entre lo diverso, donde el diseño deviene en expresión de dicha problemática. Para la autora, el diseño tiene un rol importante en términos de:

enlace del potencial productivo local con la re-elaboración de referentes internos y la interpretación de los externos. Es una interacción constante entre datos o condicionantes culturales específicos y la información externa. Los límites están en la “mediación ética”, es decir, en la selección y relativización de factores de cambio en relación a la problemática ambiental y comunicacional del contexto local. (Giordano, 2018, p. 70)

Con base en lo expuesto, se invita a asumir que el diseño legitima nuevos significados en el contexto de referencia y tiene una participación activa en la cultura. El diseño hoy se constituye en una disciplina articuladora de la vida cotidiana. Los productos del diseño generan redes objetuales y comunicacionales que median la acción humana. El diseño inunda lo cotidiano y se constituye en vehículo articulador de significaciones y experiencias que son mucho más vívidas en la medida en que la disciplina logra alinearse o situarse en el contexto histórico.

La relación que los objetos diseñados establecen con las prácticas cotidianas ha sido poco explorada si se considera la fuerza de las influencias que mutuamente establecen objetos y prácticas. Por otro lado, la comprensión de estas relaciones permitirá dar luz sobre temas como el consumo y el rol del diseño en las sociedades contemporáneas, para desde allí replantear posibles derroteros teóricos y metodológicos para la disciplina.

2.2. Diseño y Forma: una Relación Mediada por el Contexto

Se entiende a la forma como vehículo de expresión del diseño, ya que todo diseño se manifiesta a través de esta y sus múltiples configuraciones. Como campo de estudio, la disciplina que atiende a las problemáticas de la forma es la morfología.

Las nociones de forma, a lo largo del desarrollo disciplinar del diseño, han ido cambiando. Desde su idea moderna, vista como ordenamiento y simple disposición física de elementos en el espacio,

hasta la concepción más cercana a lo contemporáneo, que la considere como espacio de integración e interacción de factores, incluso los del contexto. Para este estudio se propone a la forma como un sistema de relaciones entre factores constitutivos y se pone en relieve que es, además, un hecho comunicacional.

Por tanto, como leguaje y hecho socio histórico, el diseño porta sentidos, la forma porta sentidos, y en consecuencia, la “La morfología puede ser entendida como el estudio de los modos en que una cultura concreta, entiende y organiza las formas” (Giordano, 2018, p. 132).

Esos modos se expresan en objetos en los que la forma se manifiesta en factores, como las cualidades físicas y la disposición en el espacio; el contexto cultural provee de sentido a ambas. La forma es, entonces, un producto cultural que se construye sobre su propia historia y que está en permanente crisis.

En diseño se define como posicionamiento para los modos de pensar, de ver; se constituye por los enfoques y, a su vez, por las estrategias de acción desde los cuales se aborda un proyecto. La morfología será el conjunto de relaciones que se van a establecer entre los factores que integran la forma y, el posicionamiento, se determina en consecuencia del contexto.

Habida cuenta de lo expuesto, se puede decir que la concepción contemporánea de morfología —y por tanto de forma—, se ha desplazado de patrones estéticos, metodologías y lenguajes sistematizados, hacia procesos de construcción de la forma.

En este mismo sentido Doberti (1977) explica que la morfología puede entenderse como el estudio del modo en que cada cultura desarrolla tanto material como conceptualmente, su apropiación de la espacialidad y, así, el espacio se torna en objeto tangible destinado a determinados usos, conductas, registros gráficos y descripciones verbales. De esta manera se evidencia la función social de las formas, las mismas que terminan constituyéndose en productos culturales “ineludibles para la aprehensión y la reproducción de las manifestaciones —intelectuales y corpóreas— de la sociedad que los genera” (p.6).

En este contexto, el sujeto deviene parte activa de la relación sujeto-objeto; en el sujeto se determinan los procesos de significación y resignificación de la forma. A través de los discursos sobre la forma, los usos y funciones que se le asignan, los imaginarios que la rodean y las construcciones simbólicas que se generan a través del tiempo alrededor de ella. Es decir, la forma no es un sistema cerrado, sino un potencial de relaciones cambiantes en función de su inser-

ción en un contexto determinado y las prácticas que en él existen.

De esta manera, se puede apreciar claramente la relación que el diseño establece con el entorno a través de la tensión existente entre la forma y las circunstancias de uso del objeto. Para Alexander (1986), el contexto define la problemática y la forma lo soluciona. Por tanto, algunas de las discusiones sobre el diseño deberían centrarse precisamente en la relación dicotómica que se establece entre ambos.

Forma y contexto se afectan mutuamente, la actividad proyectual genera nuevas estructuras formales que buscan afectar de alguna manera ese contexto y las prácticas que en él se desarrollan. Siguiendo esta línea de pensamiento, Simon (2009) plantea que la forma es un conjunto estructurado que se relaciona con el entorno mediante dos procesos: de asimilación o de acomodación. En el primer caso, a través de la incorporación de elementos del contexto a la forma de tal manera que la forma no se modifica con el contexto y sobreviene una cierta estabilidad. En el segundo caso, la forma se modifica a medida que el contexto cambia.

Esto implica que el objeto diseñado está en un estado de permanente negociación con el contexto y que el acto de diseñar supone un juego de acuerdos entre permanecer o cambiar para adaptarse a las variaciones que se dan en las prácticas sociales cotidianas, con todo lo que esto implicaría: cambios materiales, de usabilidad y de significación.

Sánchez (2005) sostiene que diseñar objetos es configurar una forma como portadora de mensajes y significados, que expresan una estructura física en función de un objeto. En ella se concreta una propuesta cultural y la designación de un usuario. Así, cada objeto se constituye en elemento de reconocimiento y expresión de la identidad sociocultural en un contexto. Diseñar, entonces, es armar un discurso formal que demanda un concepto, una idea o estructura de ideas que le dan origen. Diseñar es dimensionalizar un concepto coherentemente, sin contradicciones y, además, debe constituirse en una relación consistente respecto una situación contextual. Similares argumentos se encuentran en otros autores como Heskett (2005), Valdés de León (2011) y Acaso (2006) para quienes diseño y contexto son inseparables e interdependientes.

Por otro lado, todo objeto diseñado está conformado por tres subestructuras inseparables: la forma física, la forma significativa y la forma morfológica. Para Sánchez (2005), la primera analiza los principios físicos; la segunda es la portadora de la información, y la tercera es donde se configura toda esa información. Aunque para el análisis teórico estas están separadas, en la práctica son interdependientes e insolubles.

De esta manera, se puede apreciar que la forma del objeto es una forma situada que interactúa con un usuario a su vez contextualizado. Por otro lado, es importante considerar que también el contexto se compone por formas derivadas de los otros objetos que lo componen. Cada una de ellas entra en tensión con el contexto durante su etapa de nacimiento e introducción, y luego, al insertarse en una práctica social, logra un equilibrio temporal con este. Cuando el contexto se modifica, la forma se modifica para acoplarse a las nuevas condiciones. El diseño adquiere así un carácter histórico denso, al convertirse su propia historia formal en registro de los cambios históricos contextuales.

Ante la fuerza del contexto antedicha, el rol del diseño, actualmente, tiene exigencias que en el pasado no existían, donde el cuestionamiento de las premisas establecidas es tan importante como la respuesta a las demandas del entorno.

Giordano (2018) plantea tres estrategias del conocimiento indispensables para un diseño contextualizado: precisar las cuestiones con respecto a los datos de la realidad —acotar el campo temático—, esclarecer el problema —buscar el nudo problemático—, y examinar los argumentos teóricos puestos en juego.

Pensar “al, en, sobre y para” el diseño, implica pensar en procesos complejos que requieren a su vez formas de pensamiento complejo. Para este estudio, el diseño se concibe, entonces, como un entramado o tejido de relaciones, de vínculos estrechos, y a la vez se constituye en un sistema abierto, en constante aceptación de elementos nuevos que pueden nutrir el mismo sistema. Estos nuevos elementos provienen de los contextos científico-tecnológico, socio-político, histórico-cultural, geo-ambiental, comercial-mercado, y del contexto técnico-productivo, de los cambios e innovaciones que se dan en ellos. En este mismo orden de ideas, Jiménez (2001) afirma:

la actividad de diseño requiere un proceso de pensamiento diferente al utilizado en otras acciones cognoscitivas, pero a su vez es común a todas las actividades del diseño (...) es un proceso integral que permite planear y desarrollar productos tangibles e intangibles, es un proceso de pensamiento que es propio de los individuos que dentro de la sociedad tienen la función de cambiar el entorno material. (p. 37)

Se podría concluir que el diseño, como actividad proyectual, acciona en y con el contexto, para así dar soluciones a problemáticas concretas. El diseño, como disciplina y como producto es complejo y social. Complejo porque es portador de relaciones interdisciplinarias que posibilitan la emergencia de la forma y de las dimensiones

mismas del objeto —operativas, significativas, utilitarias, entre otras—. Social porque, además de plantear un diálogo constante con otras áreas de saber —mercadotecnia, psicología, comunicación, tecnologías, etc.—, generando redes de trabajo y pensamiento, también implica una actividad situada en un contexto y referida a un usuario específico, lo cual posibilita la configuración de aspectos formales en la fase de proyectación así como de los aspectos significativos durante el uso del objeto. Diseño y contexto están ligados como lo están la forma y el significado.

Buchanan (1992), explica que los individuos buscan motivos para intervenir en la estructura de la sociedad. Estas intervenciones se realizan en cuatro áreas de trabajo: los signos, las cosas, las acciones y los pensamientos. En este trabajo se explora el tema de las cosas, entendidas como productos del diseño, es decir, objetos diseñados. Objetos que, a su vez, interfieren en los otros aspectos citados por el autor.

Precisamente los objetos, al constituirse en cultura material, se vuelven portadores de sentidos y por tanto devienen en signos de cultura e identidad que, a su vez, se insertan en prácticas sociales compartidas que fortalecen el vínculo entre el ser humano y las cosas que crea y consume. Se pretende esclarecer la dinámica de los vínculos que se establecen entre las cosas y las prácticas cotidianas, el rol que el objeto diseñado llega a tener en las formas de hacer y de pensar.

En el siguiente apartado se profundiza en temas relativos al objeto diseñado, como sus dimensiones, funciones y en particular la función comunicativa asociada al contexto.

2.3. El Objeto Diseñado y sus Dimensiones

Previamente, se evidenciaron las dimensiones posibles de ser analizadas en el campo del diseño: los signos, las cosas, las acciones y los pensamientos. A continuación se profundiza en una suerte de teoría del objeto diseñado; es decir, el objeto, visto como portador de las 4 dimensiones antes mencionadas.

Etimológicamente, *objectum* significa lanzado contra; es algo existente fuera de la persona misma, que tiene un carácter material. Objeto es todo lo que se ofrece y afecta a los sentidos.

Un mismo objeto, por simple que sea, llega a ponerse en contacto con más de un sentido. Sin embargo, más allá de esa propiedad, los objetos pueden apreciarse como diseños de tal o cual naturaleza perceptiva. Por ejemplo, diseños más visuales, como en la mayoría de los casos de diseño gráfico; otros pueden tener una índole más

táctil, como en el caso de los objetos cotidianos o los juguetes. De este mismo modo, otros pueden tener efectos gustativos, como en el *food design* o, inclusive, propiciar combinatorias de percepciones, como en el diseño interior y de experiencias.

El término objeto implica, por una parte, el aspecto de resistencia al individuo, el carácter material del objeto mismo y la idea de permanencia, ligada a la de inercia. Cabe distinguir que, en el caso del objeto diseñado, nos referimos a elementos construidos. Es decir, estos son objetos no naturales a menos que el objeto natural, por alguna acción del diseño, se convierta en objeto artificial, con una función asignada distinta a la inicial.

El objeto diseñado tiene, entonces, el carácter de fabricado. Es producto de la sociedad industrial, tal como la misma disciplina del diseño que, si bien como actividad humana remonta su origen al inicio de la vida misma del ser y su evolución, encuentra su pleno desarrollo a partir de diferentes movimientos. Entre estos, cabe mencionar *Arts & Crafts*, *Art Decó*, *Art Nouveau*, *la Werkbund*, *el De Stijl*, para terminar, finalmente, consolidándose como oficio y nuevo saber en la Bauhaus y, posteriormente, como disciplina en la Hochschule für Gestaltung (HfG) o Escuela de Ulm.

Partiendo de lo expuesto por Moles (1975), se plantea una diferencia entre objetos consumibles y no consumibles. Los primeros son concebidos para ser usados y desechados rápidamente, mientras que los otros tienen una durabilidad mayor, de tal manera que llegan a establecer relaciones más fuertes con el sujeto. Este segundo grupo, por el factor tiempo, adquiere una densidad particular en la vida cotidiana de las personas. Esto será abordado en el siguiente acápite.

2.3.1. Tipos de Objetos

Los objetos pueden ser clasificados de infinidad de formas. Una de ellas es la que Moles (1975) propone con relación a su dimensión. Al respecto, el autor prevé la existencia de objetos en los que se penetra (el coche, la casa), objetos de nuestra talla y con escasa movilidad (como los muebles que están en la esfera del gesto), los objetos sostenidos por los precedentes o contenidos en ellos (platos, máquinas de escribir) y que pueden sostenerse con la mano y, finalmente, los micro objetos que se toman entre los dedos (joyas, clip, etcétera). También se pueden clasificar según las esferas de acceso: objetos que pertenecen a la esfera del gesto inmediato (objetos pequeños joyas, anteojos), objetos que pertenecen al imperio personal del piso (muebles, utensilios) y objetos que pertenecen el imperio funcional (máquinas, herramientas, piezas de laboratorio).

De la misma forma, Moles (1975) propone la existencia de cinco leyes que dominan a los objetos cuando se los considera en conjunto o formando sistemas de objetos:

1. La limitación volumétrica: no puede haber más objetos en un sistema que aquellos que alcancen a caber en el espacio ocupado por dicho sistema.
2. La accesibilidad: para que un objeto sea utilizable, debe poder accederse fácilmente a él. Se refiere específicamente a la relación objeto-espacio.
3. Densidad óptima: se refiere a la cantidad de elementos que conforman el sistema, pero comprendidos desde su composición o distribución en el espacio.
4. Orden próximo: los objetos similares se atraen y tienden a formar conjuntos de relaciones más estrechas.
5. Irradiación del objeto: refiere a que existen objetos que “dominan psicológicamente un sector del entorno al que denominaremos volumen propio o esfera de influencia; para valorarlo, el objeto exige un dominio autónomo, vacío de otros objetos de la misma dimensión” (Moles, 1975, p. 114).

Por otro lado, Baudrillard (1969) menciona que “existen casi tantos criterios de clasificación como objetos mismos: según su talla, su grado de funcionalidad (...) el gestual a ellos vinculado (...) su forma, su duración, el momento del día en que aparecen (...) la materia que transforman” (p. 1).

El autor sostiene que los grados de clasificación están en constante cambio, y se suman con base en los cambios que se van dando en la misma producción y uso de objetos cada vez más abundantes. En ese sentido, sostiene que la clasificación de los objetos no es tan relevante cuanto “los procesos en virtud de los cuales las personas entran en relación con ellos y de la sistemática de las conductas y de las relaciones humanas que resultan de ello” (Baudrillard, 1969, p. 2). Se afirma entonces que lo que al autor le parece relevante es la realidad vivida por el objeto.

Respecto a esto, Moles (1975) propone siete tipos de relación entre el ser humano y los objetos:

El primero es el modo ascético, cuando el individuo mira a los objetos, como elementos “vagamente peligrosos que es preferible mantener a distancia, excluir, rechazar sobre todo si están realmente ‘a disposición’ del mercado de consumo; el que se aísla de lo social, aunque sólo sea para reconocerlo mejor, debe desconfiar del poder magnético de las cosas y de la atracción que los objetos ejercen sobre el ser. (p. 178)

El segundo es el modo hedonista; en esta relación “la posesión de los objetos comporta placer y el fin perseguido será la maximización de ese placer que evidentemente no coincide con la maximización del número de objetos, sino con la del arte de vivir” (Moles, 1975, p. 178). El tercer tipo de relación es el modo agresivo: apropiarse del objeto sin alienarse, supone un acto agresivo. El cuarto tipo, o modo más corriente, es la adquisición; este hace del hombre un sistema coextensivo a sus posesiones. Su espacio vital se determina en función de sus posesiones y además desaparece ante estas, que son “sus tesoros”.

Continuando con los tipos de relación, Moles (1975) plantea que el quinto tipo, o modo estético, se basa en la belleza pura. El humano, en este modo, no busca aquí la acumulación y aunque este modo es de cierta forma adquisitivo, se rige por criterios muy definidos y está sometido a la censura interior. El sexto tipo es el modo surrealista:

se basa en la relación externa de la disposición de los objetos y las formas: es como poner entre paréntesis un objeto u otro y subrayar su carácter peregrino sin más voluntad de aproximarse al estímulo (...) Pero éstos sólo son captados como surrealistas (lápiz de labios, transistor, reloj de sol o alfiler de corbata) por una minoría y no por el conjunto de los usuarios, o sea de los compradores. (p. 178)

Finalmente, según Moles (1975), el séptimo tipo, o modo de relación funcionalista, se presenta cuando la relación se produce exclusivamente a partir de su papel o rol puntual; esto implica que el objeto existe únicamente por su papel. Es decir, esto significa la posibilidad de una inserción de la pareja humano/objeto en una trama de acciones recíprocas y extendidas a toda una red social.

Si se considera la teoría analizada hasta este punto, se puede afirmar que Moles (1975) mira al objeto diseñado como prolongación del acto humano. Así, lo considera como utensilio o instrumento que debe insertarse en una praxis e “inmediatamente después, el objeto interviene como sistema de elementos sensibles que se opone a los fantasmas del ser y es lanzado contra nuestros ojos y nuestros

sentidos; es barrera y realidad” (p. 13). Similares opiniones son encontradas en otros autores, como Baudrillard (1969) o McLuhan y Fiore (1967/1988).

El objeto es una creación humana, que se convierte en mensaje individual y en mensaje social. Así, cada objeto cumple el rol de mediador de las relaciones entre el ser individual y la sociedad. La función del objeto es resolver o modificar una situación, mediante un acto en el que se lo utilice. Es la prolongación del acto humano en una funcionalidad esencial, es decir, cuando va más allá de este ámbito funcional, llega a insertarse y ser parte de la cultura, transformándose así en un elemento del sistema y en elemento condicionado del ser humano, situado en un entorno.

El objeto, mediador funcional, se convierte en el verdadero testimonio de la existencia de una sociedad (industrial) en la esfera personal reemplazando simultáneamente al espíritu colectivo y al otro individual. Ahora es mediador de la sociedad en su totalidad, un mediador personalizado en la artesanía obsoleta, estrictamente impersonalizado en los productos plásticos del supermercado o seudopersonalizado en el objeto único del anticuario o de la colección. (Moles, 1975, p. 22)

El objeto, más allá de su función básica —que se define por la pregunta: ¿para qué sirve?—, tiene otro tipo de funciones. Estas pueden explicarse desde lo sociológico, lo psicológico e incluso lo filosófico, ya que el objeto puede cumplir funciones en todos esos ámbitos. Es así que para Moles (1975), el objeto,

en cuanto elemento del entorno, se inserta en un set, en una agrupación estructurada, y realiza una función estética a la vez profunda e inmediata, al mismo nivel que la vida cotidiana: es el principal responsable de la estética de la cotidianidad, del placer de lo bello al nivel de lo vivido. (p. 24)

Sin embargo, para Moles (1975), lo más relevante en el objeto diseñado radica en su función de comunicación, de significación. De allí que plantea algunas categorías importantes dentro de las cuales se pueden abordar las problemáticas referentes al objeto diseñado. Primero, la posibilidad de abordar el objeto en sí, es decir, analizar las problemáticas referidas al objeto como ente único e individual, que es mirado por el ser humano. Segundo, la posibilidad de mirar al objeto como un elemento situado en un contexto. Tercero, mirar al objeto como un elemento que forma parte de un grupo de elementos, es decir, el objeto en conjunto interrelacionado con otros objetos. Cuarto, mirar a los objetos en masa, es decir, cuando forman un conjunto desprovisto de relación mutua.

Para Baudrillard (1969), “el ambiente cotidiano es, en gran medida, un sistema ‘abstracto’: los múltiples objetos están, en general, aislados en su función, es el hombre el que garantiza, en la medida de sus necesidades, su coexistencia en un contexto funcional” (p. 6). Así, permanentemente, en este conjunto relacionado de objetos, el ser humano propicia cambios que a su vez implican cambios en el mismo sistema material en el que el ser se desenvuelve. Resulta, entonces, de particular importancia la comprensión del vínculo que se da entre los objetos y la vida práctica del individuo que con ellos interactúa. Seres y objetos están ligados; los objetos en esta relación adquieren una densidad, un valor afectivo al que el autor llama presencia y que bien se podría traducir como sentido.

Para Llovet (1981):

si algún elemento nos permite hoy caracterizar lo peculiar y distintivo de nuestras sociedades evolucionadas, eso es, la posición que en ellas ocupa el microcosmos de los múltiples y variopintos objetos de que nos rodeamos —o que nos rodean, sin que nos demos cuenta de su presencia fantasmal—, destinados casi siempre a algún uso particular, pero destinados también, cada vez más y si uno lo piensa a fondo, a hacemos, sencillamente, compañía. (p. 11)

Los objetos construyen cultura y sociedad. Para Llovet (1981), el entorno objetual es un espacio donde se determina la actuación social de la época. Los objetos inmersos en la vida del individuo han determinado muchos de los rasgos propios de la época moderna. De tal manera, los objetos son elementos de conexión entre los seres humanos y, además, entre el ser humano y el entorno. Asimismo, son portadores de significaciones, lo que los hace a su vez responsables de muchos niveles de *performances* sociales. El autor también explica que los modos de vida impuestos por el pensamiento moderno, hacen que el ser humano viva en la ilusión de no poseer más entorno que el de los objetos y señales artificiales que lo rodean, alejándose de su entorno natural cada vez más y desconectándose de la naturaleza:

En este sentido, tales bienes producidos, después de haber sido de poca o mucha productividad, se convierten en algo improductivo, símbolos huecos, armazones vacíos incapaces de generar trabajo alguno, y menos capaces todavía, en el caso de los objetos ornamentales, de asumir el papel del arte tradicional de mediadores entre el sujeto, su percepción y el entorno. (Llovet, 1981, p. 70)

Baudrillard (1982), por su parte, plantea que en el capitalismo tardío el sujeto hipersemiotizado consume más símbolos que en ninguna otra época. En este sujeto se da la sintaxis funcional del sistema, a través del consumo de objetos y desde la lógica de valor de signo. En esta línea de pensamiento, el objeto es consumido en tanto implica discursos que permiten que el sujeto se diferencie del resto, entablando un diálogo social de diferenciación o categorización, con base en la capacidad del objeto de comunicar un determinado estatus. De esta manera, las lógicas de Valor de Uso y de Cambio quedan en segundo lugar frente a la capacidad significativa del objeto.

A partir de lo expuesto, parece adecuado abordar el estudio del objeto, en tanto texto portador de significados. Según Juez (2002):

El objeto no sólo es materia tangible o una forma más de manifestación física de la cultura; el diseño es también una creencia: un modo de vinculación intangible entre los miembros de una comunidad, entre sus deseos, su pasado y sus proyectos comunes (...) El objeto es imprescindible para construir la cultura. (...) son parte fundamental de la argamasa con la que se edifica una cultura, la referencia directa para situar nuestra identidad; ellos son, en muchas ocasiones, la forma más entrañable de recordar quiénes somos y saber quién soy yo entre nosotros. (p.6)

En esta misma línea, Llovet (1981) afirma que los objetos producidos por el diseño se constituyen como una cultura exterior al sujeto individual, que caracteriza el funcionamiento de una sociedad. El autor explica, además, la necesidad de que todo análisis del diseño se realice desde su texto, su contexto, así como desde la relación dialéctica que se da en cada situación histórica, que genera un juego intrincado de concesiones, prioridades y criterios de optimización de los elementos textuales con los contextuales.

2.3.2. El Contexto, el Texto y el Intexto del Objeto

Los factores funcionales del objeto están en permanente diálogo con el entorno o contexto situacional del mismo. En palabras de Llovet (1981), “los factores estéticos y funcionales en la operación de diseñar topan siempre, directa o indirectamente, tarde o temprano, con factores de tipo económico, social, cultural y político” (p. 19).

Todo objeto es polisémico. Más allá de su dimensión operativa o su función original, todo objeto puede ser leído, interpretado y usado de maneras diversas, según el receptor o usuario lo requiera y desee. Con base en esas muy diversas funcionalidades que el objeto puede adquirir, es que se construyen las relaciones entre sujeto y objeto.

En este sentido, es una ley universal de los objetos el que siempre sirven para algún fin, o para más de uno:

En términos generales, los objetos así entendidos (...) parecen ser, como diría la fenomenología, lo más Da-sein (estar-ahí) que existe, lo más objetivo, y, en consecuencia, lo más separado de nosotros mismos (...) Pero la realidad es otra, como ya hemos visto. Todo objeto de diseño no se presenta ante nosotros como un elemento pasivo y digno de ser solamente contemplado. Todo objeto se nos presenta como un elemento que, a muy distintos niveles, pide de nosotros y del medio ambiente algún tipo de relación o vinculación. (Llovet, 1981, p. 25)

Los objetos tienen una entidad propia, pero también son elementos de significación.

Cada objeto se presenta con una cierta funcionalidad; en él es difícil separar los elementos de composición y procesos por los que ha pasado hasta llegar a concretarse. Básicamente, cada objeto es una suerte de síntesis formal que contiene en sí un sinnúmero de factores, dimensiones y procesos. Por otro lado, la mayor parte de los diseños tienen una génesis sobre la cual se van insertando modificaciones a lo largo del tiempo. Estas modificaciones responden a cambios contextuales justificados.

Cuando se piensa en el objeto como un texto, explica Llovet (1981), se ponen en claro un conjunto de factores, variables, o elementos integrantes, a los que llama rasgos pertinentes. Refiere a rasgos que fueron seleccionados de un conjunto más amplio, que van a determinar al objeto y a configurarlo, como un todo organizado y funcional. A estos se suman los rasgos contextuales, es decir, todos aquellos que se incorporan en el objeto, que dependen del contexto y que se integran al propio texto: "Es difícil pensar que se puedan crear objetos o diseñar mensajes gráficos en una sociedad industrializada y altamente organizada a nivel de conexiones simbólicas, que puedan hallarse exentos de toda vinculación contextual" (Llovet, 1981, p. 34).

Así, todo diseño es un texto inmerso en un contexto pero, a su vez, él mismo es contenedor de dicho contexto dentro de su texto. Por su parte, todo objeto posee en su configuración dos tipos de elementos contextuales. Por un lado, los que se derivan del conjunto de hechos, datos y situaciones que rodean a un objeto (elementos contextuales del diseño) y, por otro lado, los que podrían ser considerados como immanentes e imprescindibles, necesarios y suficientes, para que un objeto tenga entidad de tal (elementos intextuales del diseño). Ambos sumandos forman el texto.

Llovet (1981) define a los elementos intextuales como aquellos elementos que hacen cosa de una cosa, y de las cosas de su misma categoría. Por ejemplo, en el caso de una lámpara, será inevitable colocar una fuente de luz y un sistema de alimentación de energía. Los elementos contextuales son esos otros que están fuera del intexto (ver Figura 1).

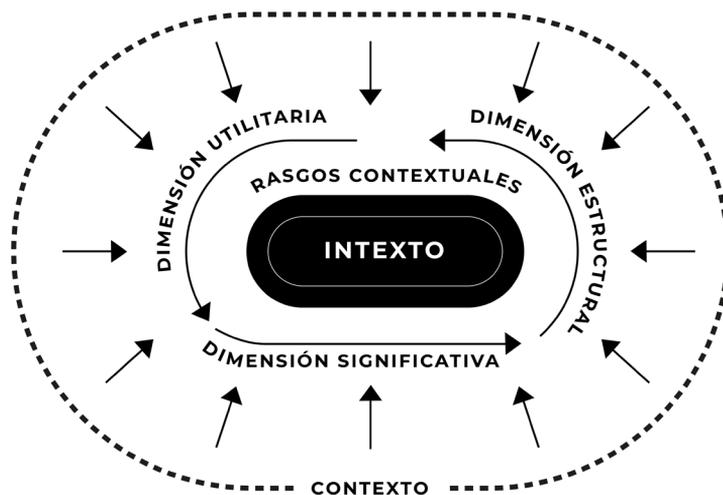


Figura 1: Texto, contexto e intexto en Llovet (1981)

De esta forma, según afirma Llovet (1981), en el momento que surge un objeto, surgen en él —se quiera o no—, por un lado, una articulación de elementos intextuales que equivalen a su utilidad o comunicabilidad mínima. Por otro lado, surge una constelación de paradigmas contextuales, que equivalen a las facetas más marginales del diseño: estilo, definición de status.

Se puede afirmar, entonces, que ningún objeto es utilidad pura o significación pura; es un complejo abreviado de muchas dimensiones, entre ellas la utilitaria y la significativa:

En otras palabras: instalar un objeto o difundir una imagen en nuestras ciudades, es tanto crear una forma, como una necesidad (o una libertad) y un entorno; o, en el mejor de los casos, es tanto crear una forma como satisfacer una necesidad y adaptarse o pasar a enriquecer las características de un entorno. (Llovet, 1981, p. 107)

Se puede afirmar que el objeto no está aislado, ni podría nacer de esta forma, ya que es el producto de una serie de vínculos relacionales y, además, significativos. La red de significaciones alrededor del objeto se teje asimismo con los otros objetos que lo rodean:

Todo conjunto de elementos o de objetos que están unidos por unas relaciones funcionales puede ser considerado un sistema en el sentido de la teoría de este nombre, sistema que se caracteriza por una métrica propia, inherente al universo de los objetos o de los organismos, por la magnitud complejidad. (Moles, 1975, p. 32)

Cuando se aborda al objeto como parte de un sistema, es relevante considerar dos dimensiones: la complejidad funcional y la complejidad estructural. La complejidad funcional se relaciona con las necesidades de los usuarios, así como el repertorio de funciones y usos que ofrece el objeto. Moles (1975) la describe como una suerte de “dimensión estadística de los usos” (p. 33). La complejidad estructural, por otro lado, está relacionada con el conjunto de las partes que componen al objeto. Es la variedad del repertorio de elementos que forman un objeto. En palabras del autor, “complejidad estructural y complejidad funcional son, pues, las dimensiones esenciales del mundo de los objetos o de los organismos, y permiten trazar un mapa del mundo de los objetos (Moles, 1975, p. 33). Juntas, además, soportan las complejidades significativas del objeto.

La significación de un objeto —su parte semántica—, está ligada en gran medida a su función, a su utilidad en relación con el repertorio de necesidades humanas, necesidades que se satisfacen a través de prácticas.

2.3.3. El Objeto y el Usuario

El objeto, configurado y generado, difícilmente es visto por el diseñador de la misma manera que por el usuario. Una vez diseñado, el objeto se carga de otras significaciones, diferentes a las asignadas por su diseñador; esto ocurre, por ejemplo, a través de la publicidad o del mercado. En el momento en que el objeto queda libre del diseñador, es cuando termina de constituirse como tal: “se convierte de verdad en algo objetivo, es decir, en objeto: algo situado en una perspectiva distanciada, de alteridad, para los sujetos que van a ver o usar aquello” (Llovet, 1981, p. 109).

Por otro lado, Moles (1975) explica que el objeto es portador de formas. Estas las determina el diseñador y dependen de un sinnúmero de factores, como la función, las tendencias estéticas, etc.

La forma contiene información sobre el diseñador, sobre el mercado, el entorno, el momento sociohistórico. También es ocasión de contacto interindividual, por ejemplo, cuando a través de él dos o más personas se acercan o interactúan, como en el caso de los juegos y del teléfono.

Para el usuario, el objeto se presenta como un objeto único y circunscrito en el espacio, que se proyecta hacia él para cumplir una variedad de funciones (para usar, mirar, guardar o desechar). El diseñador se plantea entonces como un articulador, capaz de comprender al usuario y de generar el objeto desde una posición empática, que optimice la posibilidad de comprensión del objeto por parte del receptor. De esta forma, el usuario termina siendo incluido en la configuración del objeto. Dicho de otra manera, el usuario es parte del texto del objeto (ver Figura 2).

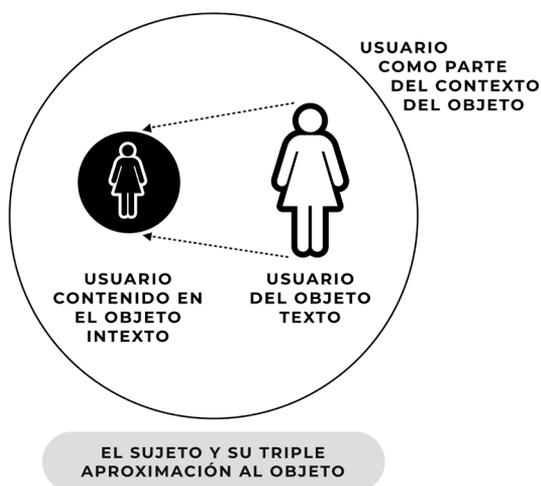


Figura 2: *El usuario y su triple aproximación al objeto, en Llovet (1981)*

Así, el receptor del diseño, para Llovet (1981), no es únicamente un simple usuario o consumidor; es el receptor de un intrincado texto del diseño, que no se limita a su actividad como usuario o como consumidor irrefrenable. El usuario entabla un diálogo con el objeto desde su complejo ser social, cultural, económico, etc.:

Pues el receptor del diseño, lo sepa o no él mismo, lo exija o no del diseño, y se lo plantee así o no el diseñador, es un sujeto que interviene de pleno en el forjado del campo de pertinencias del propio diseño a niveles muy otros que los del uso o la eficacia comunicativa. Por el solo hecho de ser el sujeto receptor del diseño, se inserta en el texto del diseño a través de paradigmas de la más distinta procedencia. El receptor del diseño no es solamente un usuario o alguien que tiene que 'darse por enterado' de algo, sino un sujeto que aporta al texto del diseño datos pertinentes de orden psicológico, económico, social, cultural, estético, político, etc. (Llovet, 1981, p. 112).

De esta forma, el objeto se vuelve objeto situado y, como tal, cargado de interpretaciones y sentidos atribuidos por el usuario, que a su vez está inmerso en un contexto específico y en una red sociocultural y económica determinada. De allí que se constituye en cultura material y, por tanto, en testimonio de la historia humana. Por otro lado, es capaz de describir cambios contextuales a medida que el mismo texto del objeto cambia. El texto puede, a su vez, modificarse por la presión del cambio tecnológico, del mercado o de los mismos usuarios, como individuos complejos y situados a su vez en un momento histórico específico:

En cualquier caso, el análisis prudente y receloso de lo que es, cómo se hace y donde se contextualiza un objeto de diseño nos enseña que "hablar" del diseño es algo que puede hacerse a partir de todos aquellos campos que presentan alguna incidencia en el mismo. Evidentemente, el primero de ellos es el aspecto puramente formal, el que se refiere exclusivamente al texto del diseño. Algunos de los otros campos discursivos desde los que es posible hablar del diseño son, pensamos ahora sin riesgo excesivo: la sociología, la psicología de la percepción, la economía política, la semiología general, la teoría de la comunicación, la teoría de la cultura, el discurso de la política, la historia de las formas artísticas, la estética y la teoría del arte, y hasta el psicoanálisis. (Llovet, 1981, p. 46)

En el presente estudio se propone analizar al diseño y, más específicamente, al objeto diseñado, desde la mirada de la TPS ya que permite la comprensión del objeto en lo cotidiano desde una mirada sistémica y relacional de todas las dimensiones objetuales y su entrecruzamiento con las de la práctica.

2.4. Objeto, Cultura y Sentido

El término cultura es, probablemente, uno de los más complejos de definir. A lo largo del estudio del ser humano, han surgido innumerables definiciones, las que han cambiado, complejizado y tomado enfoques diferentes, según las escuelas de pensamiento, las disciplinas y sus especialidades. A esto se suman los usos más coloquiales del término, que han vuelto borroso su significado.

García Canclini (2004) explica que, históricamente, ha habido dos diferentes narrativas sobre las cuales se asienta el término cultura. Una relacionada con la educación, ilustración o refinamiento que posee una persona. Otra —opuesta a la anterior— que contraponen lo cultural a lo natural y lo cultural a lo social. Hoy en día, ambas narrativas parecen haber perdido vigencia.

El autor propone entender a la cultura como aquello que “abarca el conjunto de los procesos sociales de significación o, de un modo más complejo, la cultura abarca el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación en la vida social” (García Canclini, 2004, p. 34).

Por otro lado, Sarmiento Ramírez (2007) explica que el concepto de cultura no separa lo espiritual de lo material y que la cultura debe concebirse interrelacionada con el contenido de las relaciones sociales, sus dimensiones ideacionales y simbólicas, así como lo material.

Desde estas perspectivas, la cultura es vista como procesos sociales; de allí la importancia que actualmente tiene el estudio de la recepción y apropiación de bienes y mensajes. En el primer caso —que es el que interesa a este escrito, principalmente—, el seguimiento de las transformaciones de un objeto, a lo largo de la historia de su uso, da cuenta de los complejos procesos que se dan en la cultura:

Es axiomático que en los testimonios de cultura material se puede, sin dudas, llegar a conocer el alma humana. A través del estudio de la cultura material, el historiador puede ser capaz de llegar a conocer al hombre en su época; porque, es en las relaciones sociales donde hay que buscar la significación de los hechos materiales. (Sarmiento Ramírez, 2007, p. 221)

Como fue expuesto, los objetos producidos por los individuos son parte de los procesos sociales. En ellos se van inscribiendo sentidos que son constantemente reelaborados, por individuos o por grupos, en circuitos más amplios, incluso transnacionales:

Las investigaciones de la cultura material no se acaban en la historia de las técnicas (...) Detrás del universo de los objetos de la cultura material se halla el universo de los hombres y de sus relaciones sociales. No tanto de los hombres como sujetos originales sino como miembros de familias, órdenes y clases sociales, es decir como masa. (Peroni, 1967, en Sarmiento Ramírez, 2007, p. 222)

Por otro lado, Augé (2000) explica que la cultura material es como su nombre lo dice: material, pero también simbólica y que en ella se incluye el cuerpo, por tanto, los objetos son cultura practicada, cultura en movimiento. Advierte sobre la potencialidad que los objetos diseñados tienen para la comprensión de la cultura ya que estos circulan, se exhiben se intercambian, se utilizan y especialmente, son un instrumento de relación entre los humanos. Las formas de los objetos expresan las condiciones culturales de quiénes los usan, sus prácticas cotidianas, sensibilidades e historias.

2.4.1. El Objeto Como Cultura Material

Los objetos con frecuencia pasan desapercibidos en la vida cotidiana. Van constituyendo a nivel individual —o en relación con otros objetos— parte del panorama de la vida diaria de los individuos y se constituyen en parte de un entorno cuasi-natural que determina la experiencia humana. Tan importante es determinar qué son los objetos, cuanto lo es analizar lo que los individuos hacen con ellos, ya que en ese hacer los objetos son deseados, obtenidos, dañados, reparados, significados y resignificados.

A través de las relaciones que se establecen con los objetos, estos comienzan a mediar entre el individuo, el tiempo y los sentidos —incluidos los sentidos que se generan sobre el mismo objeto—. Los objetos son re-hechos mientras se hacen cosas con estos.

Mosterín (1993) define a la cultura como el conjunto de información transmitida socialmente entre los miembros de un grupo. Además, menciona que en ella hay tres tipos de información: la sintáctica, la semántica y la pragmática. Esta última refiere a las relaciones que el individuo establece con los objetos culturales, en el momento de la puesta en práctica.

Se puede entender a cada objeto como una unidad de información cultural. En ellos se materializa información de diferentes maneras: en su forma, en su significado, en su utilidad. Así, cada objeto es un significante que comunica o transmite un mensaje —

sea figurativo o abstracto—, y guía o pauta nuestro comportamiento en las situaciones en que aparece. Como explica Sanín (2006), los objetos —llevados a la práctica—, materializan lo que los individuos son, hacen, creen y piensan, ya que son ellos quienes se apropian, usan, remodelan o desechan dichos objetos. En la misma línea Juez (2002) explica que

El concepto cultura material es una idea influyente y restrictiva del lugar que ocupa el objeto en la cultura. El término material —llamamos material a aquello que cosificamos o — suele asociarse a la caracterización del objeto en oposición a lo espiritual, a lo mental, a lo que tiene alma y se entiende en correspondencia unívoca con el sujeto, con lo vivo y humano. (p.30)

Siguiendo la misma línea que Moles (1975) y Llovet (1981), Sanin (2006) explica que los objetos poseen tres dimensiones. La primera es una dimensión funcional, que determina para qué sirve o qué se hace con el objeto. Asimismo, refleja la cultura desde un sentido pragmático, donde se pueden ver cristalizadas las actividades humanas. La segunda es una dimensión estructural, que refiere a la constitución física del objeto y representa la capacidad que un grupo humano tiene para modificar el entorno y sus elementos, con miras a satisfacer sus expectativas y necesidades. En último lugar, los objetos poseen una dimensión comunicativa, que agrupa el conjunto de significados y mensajes que representa. Así, hace alusión al conjunto de significados que se atribuyen al objeto, desde su producción hasta su uso, ya sea como conjunto de emociones y afecciones que un individuo puede llegar a sentir o como su significación como signo; es decir, el sentido que le da a los objetos.

La forma en que esta dimensión comunicativa se mueve a lo largo de la existencia del objeto resulta particularmente compleja ya que los significados y los sentidos están en constante cambio. Shove et al. (2012), explican que, en las prácticas sociales, se ponen en relación tres elementos: competencias, materialidades y sentidos. Los tres elementos se modifican unos a otros constantemente. De esta manera, se evidencia en la práctica un lazo estrecho entre cómo se usa un objeto, su materialidad, su funcionalidad, y los sentidos que se van generando sobre él a través de la práctica y sobre la práctica a través del objeto.

2.4.2. Objetos: Significación y Sentido

*Si consumimos el producto en el producto,
consumimos su sentido en la publicidad.*

Jean Baudrillard

Significado y sentido están íntimamente relacionados. Según Frolov (1984) se puede entender como significado a la expresión dada para denominar un objeto o clase de objetos, mientras que sentido es el contenido mental o información que a su vez están contenidos en dicha expresión y que además es referencial de un objeto u objetos determinados.

De tal manera, la significación de un objeto es lo que este representa para la práctica social, y está vinculada a las funciones que el objeto desempeña en la actividad de las personas. La significación está determinada por la esencia objetiva real del objeto. La interconexión de significaciones que da origen al sentido se determina por factores objetivos de la realidad y/o por factores subjetivos, como los deseos, tendencias, objetivos e intenciones sociales y personales del individuo:

Únicamente la práctica social hace que tal o cual sentido de significaciones objetivas llegue a estar en consonancia con la esencia de las cosas y de los fenómenos reales; desecha las tergiversaciones subjetivistas y refuerza la diversidad conceptual que reproduce la diversidad real de lo concreto. (Frolov, 1984, s.p.)

El significado tiene un carácter más permanente y determinado, mientras que el sentido es más abstracto y está en constante cambio. Según Costilla (2010), “para algunos el sentido es sólo aquello que dicen los agentes sobre él, la exégesis que sobre los símbolos hacen los propios usuarios” (p. 294); sin embargo, hay más perspectivas sobre lo que es y cómo se produce.

Geertz (1987), habla de símbolos y de sentidos que no son operaciones de la mente humana sino “una relación compleja mantenida con la acción social. La semántica del símbolo y el sentido de la acción conformarán la cultura en lo que tiene de particular” (en Costilla, 2010, p. 296). La acción social supone que el mundo en el que el individuo actúa es relativamente coherente; que este tiene cosas en común con un colectivo de personas a las que no conoce y otras cosas que lo separan de otros colectivos de personas. Hay un orden, que afecta tanto a la acción como al mundo, y asegura, tanto la coherencia del mundo, como la consistencia entre mundo y acción.

Ese orden es el fundamento del carácter peculiar y distintivo local del mundo y de la acción que en él se desarrolla: “El sentido de la acción humana, entonces, debe articularse tanto con la estabilidad de las relaciones sociales como con el hecho de que la condición humana es cultural y por lo tanto enormemente variada” (Geertz, 1987, en Costilla, 2010, p. 302).

Sin embargo, para entender el sentido en los términos antes expresados, hay que necesariamente considerarlo como un texto, es decir, oponer el acontecimiento del decir a su inscripción como algo *dicho*. Es a través de la atención que se presta a lo dicho —al discurso inscripto en la práctica o acción social— donde reposa el sentido y donde se lo puede apreciar. Como explica Ricoeur (1986),

el sentido se ha proyectado más allá de los límites de la situación y se ha colocado en el plano de la historia, abriendo, por lo tanto, el universo de las interpretaciones posibles. Lo que se ‘textualiza’ de la acción es su contenido proposicional y las relaciones que la conforman en tanto ambas son irreducibles a las intenciones de los actores. (en Costilla, 2010, p. 302)

De este modo, los símbolos explicitan ideas en ellos contenidas, y la exposición de los actores a ellos es parte de la incorporación de modelos de conducta. A su vez, esas construcciones institucionales encuentran su validación en las intenciones de los individuos, en sus motivaciones y estados de ánimo. La experiencia explicitada por los símbolos validados en la misma experiencia, el sentido de los símbolos —como orientación y objetivación de la acción social— depende de ambos procesos.

El tema de la significación y el sentido también es abordado por Bourdieu (1988), Giddens (1984) y Habermas (1987). Lo que caracteriza a estos tres autores es su intento por superar el dualismo opositivo, propuesto desde el estructuralismo y la fenomenología.

En el caso de Bourdieu (1988) —quien fundamenta su concepción en las prácticas sociales—, el sentido no aparece como un elemento consciente del sujeto que ejecuta la práctica, sino que reposa en el sistema total de relaciones, en las cuales y por las cuales se realiza dicha práctica. Para el autor, la práctica posee una realidad intrínsecamente doble. De allí que la ciencia social debe considerar las propiedades materiales —aquí incluye al cuerpo— y las propiedades simbólicas. Estas últimas, al tener un cierto nivel de autonomía, son el nivel de análisis más útil para distinguir las disputas de sentido:

El conocimiento del mundo social y, más precisamente, de las categorías que lo posibilitan es lo que está verdaderamente en juego en la lucha política, una lucha inseparablemente teórica y práctica por el poder de conservar o de transformar el mundo social conservando o transformando las categorías de percepción de ese mundo. (Bourdieu, 1990b, p. 290)

Lo simbólico es, para Bourdieu (1990b), una dimensión constitutiva del funcionamiento social, y está ligada a la ilusión o creencia colectiva en el juego, que es aquella que saca a los agentes de la indiferencia. Por ello, la dimensión simbólica es el origen de todo proceso de consagración. Lo simbólico tiene un efecto de creencia y, por ende, implica una relación comunitaria; el conocimiento y reconocimiento de un capital de cualquier tipo. Además, el sentido se acepta socialmente solo en relación al contexto y *habitus* vigentes.

Al señalar la relativa autonomía de lo simbólico, Bourdieu acepta un desfase entre las condiciones objetivas de sentido y los comportamientos grupales o individuales, lo que implica la superación de determinismos, objetivismos y subjetivismos (Fernández, 2009). Giddens (1990), desde la teoría de la estructuración, mira a la significación como uno de los componentes de dicha estructura. A su vez, la estructura es parte de la *dualidad de la estructura*. Fernández (2009) explica que la estructura se forma por los medios que permiten la reproducción de una práctica; estos medios son también el sistema dentro del cual se da la práctica. La dualidad de la estructura se organiza en tres dimensiones: estructura, modalidad e interacción. En la primera se halla la significación; en la segunda los esquemas de comprensión de los agentes —lo que posibilita el ordenamiento— y, en la tercera, la comunicación.

Las prácticas sociales institucionalizadas poseen estructuras de significación; estas están ancladas en códigos de significación o reservorios de saber. Estos reservorios están constituidos por la modalidad y la interacción, donde “la conversación informal es el principal vehículo de significación, porque actúa en contextos conductuales y contextuales saturados” (Giddens, 1990, p. 271).

El lenguaje es parte de las prácticas sociales y la significación está saturada de las condiciones de la práctica. El significado se construye por la intersección que se produce entre la producción de significantes, los objetos y los sucesos que existen en el mundo, enfocados y organizados por el individuo que actúa. La conversación es el instrumento para vivir el mundo en el que reposan referencia —sentido— y significado.

Por otro lado, Habermas (1987) aborda la producción de sentido desde la noción de acción comunicativa —en el sentido de una acción orientada al entendimiento—, como algo que no debe reducirse a “una mera fricción intelectual: implica, al mismo tiempo, ‘procesos de interacción social y de socialización’” (en Fernández, 2009). En este contexto, el mundo es un acervo de patrones de interpretación transmitidos culturalmente y organizados lingüísticamente; es decir, existe una intersubjetividad en el lenguaje.

Para Habermas (1987), hay tres mundos: un mundo objetivo, compuesto por entidades sobre las cuales se puede enunciar algo; un mundo social, que es el conjunto de interrelaciones personales reguladas, y un mundo subjetivo, que es la totalidad de las vivencias del hablante: “Los hablantes integran, en un sistema, los tres conceptos de mundo, y presuponen ese sistema como marco de la interpretación que todos comparten, dentro del cual pueden llegar a entenderse” (Fernández, 2009, p. 15).

El sentido reposa en el saber de fondo, colectivamente estructurado y compartido por el hablante y el oyente; este tránsito se sostiene en la sintáctica, semántica y pragmática. Desde estas tres es posible distinguir entre el significado que la emisión le debe al contexto —sentido— y el significado literal de lo dicho —significado—. Para Habermas (1987), “el saber contextual y de fondo que colectivamente comparten hablantes y oyentes determina en grado extraordinariamente alto la interpretación de sus emisiones explícitas” (en Fernández, 2009, p. 16).

Como se ha podido distinguir, más allá de la multiplicidad de enfoques que se pueden abordar para comprender la problemática del significado y el sentido en la cultura material, todas comparten la idea de que ambos son construcciones sociales, colectivas y en permanente cambio. Otro elemento en común es el potencial del discurso, la conversación y el habla, para la generación, circulación y cambio de los sentidos, así como la comprensión de que los sentidos se generan, circulan y reposan en las prácticas y en el tejido social. De allí la urgencia de concebir, pensar, analizar y observar los objetos en la manera en que son apropiados y los discursos que los acompañan, para poder comprender desde allí sus rasgos culturales, entendidos estos como formas de hacer y ser, de actuar y de comportarse cotidianamente. El abordaje de la cultura material, desde estas premisas, posibilita una mayor comprensión del rol y el impacto que los objetos tienen en la vida cotidiana del individuo y, por ende, en la cultura.

Hasta ahora, en el escrito, se ha analizado al objeto como forma, como sentido y significación; en el siguiente punto se abordarán algunas consideraciones sobre la relación objeto-usuario.

2.5. El Objeto Diseñado Como Tema de Estudio en el Diseño

Los objetos han sido el tema principal del discurso del diseño desde comienzos del siglo XIX. (...) Dado que el discurso sobre los objetos ha dominado el pensamiento del diseño, no se ha prestado suficiente atención al vínculo que existe entre los objetos y la experiencia de los usuarios.

Victor Margolin

Cada humano se sitúa entre los otros seres humanos y las cosas. Según Dewey (1986, en Margolin, 2005), este medio conformado es dinámico y está en constante transformación. A través de estas relaciones se generan experiencias, y el medio en el que se producen se conforma por las condiciones —las necesidades, los deseos, los propósitos y las capacidades personales—, que interactúan. Así se llega a generar una experiencia. Las experiencias son continuas desde un punto de vista social y personal; sin embargo, toda experiencia toma algo del pasado y a la vez modifica la calidad de lo existente, alterando las experiencias futuras. Es así que pueden volverse tanto más ricas y profundas, cuanto mayor es el grado de conciencia y comprensión que se tenga del pasado.

Para caracterizar la relación que se da entre individuo y medio, y cuyo resultado es la experiencia, Dewey (1986) utiliza el término interacción, e indica que esta relación se compone de condiciones objetivas y subjetivas —o internas—. Las condiciones objetivas son aquellas que se encuentran en el medio, mientras que las condiciones subjetivas están en el individuo. El autor llama *situación* al interjuego que se da en estos dos conjuntos de condiciones. De igual manera expone que situación e interacción son dependientes e inseparables; asimismo, afirma que la experiencia es lo que es, debido a que se produce una transacción entre un individuo y lo que constituye su medio.

El desarrollo humano adecuado depende de la capacidad de cada persona para integrar las experiencias entre sí, lo cual implica que cada persona vive situaciones significativas en las que tiene experiencias satisfactorias. Margolin (2005) explica que en el caso del diseño, la experiencia se refiere a la interacción humana con los objetos. Esta experiencia tiene dos dimensiones: una dimensión operativa y una dimensión reflexiva. La primera implica el modo en que utilizamos los productos para nuestras actividades, mientras que la segunda se relaciona tanto con la forma en que pensamos o sentimos acerca de un producto, como al significado que le damos. Ambas dimensiones funcionan juntas, en una relación indisoluble.

La experiencia que se establece en el uso de los objetos tiene que ver directamente con las capacidades que se tiene para ponerse en relación con los productos. Estas capacidades limitan o amplifican la experiencia, y esto puede tener implicaciones importantes en la manera en que nos relacionamos con los objetos diseñados. Por tanto, la experiencia es un elemento generador de satisfactores respecto al diseño.

En el proceso de comprender las experiencias que los humanos viven con los objetos, identificar la dimensión operativa de la interacción es mucho más fácil que caracterizar la dimensión reflexiva. La razón de esto es que la dimensión operativa está limitada a la configuración del producto mismo, es decir, no se puede hacer con un objeto diseñado más de lo que su configuración material permite. Sin embargo, no existen límites para los parámetros de la reflexión; los sentimientos y pensamientos acerca de un objeto diseñado pueden tomar múltiples formas.

Ya sea que nos concentremos en el valor operativo o significativo de un objeto, estas cualidades difieren de persona a persona. Así, para Margolin (2005), el individuo es el resultado de su interacción con los objetos. Por consiguiente, ya que no habrá dos individuos que tienen experiencias idénticas, cada persona genera condiciones internas distintas respecto al objeto. Estas condiciones se ponen en juego en el momento de usar algo; por tanto, cada individuo le dará a su interacción con el objeto un significado diferente.

Para responder la pregunta de cómo los productos contribuyen a la experiencia humana, es preciso considerar la esfera social más amplia en la cual existe. He acuñado el término *entorno de los productos* para caracterizar la suma de productos materiales e inmateriales incluyendo objetos, imágenes, sistemas y servicios que llenan nuestra vida. Este entorno es vasto y difuso, más fluido que fijo. Está siempre física y psíquicamente presente y consiste en todos los recursos que los individuos usan para vivir. Cada producto en la vida de alguien tiene su propia historia, y cada uno tiene una duración distinta debido a que las transformaciones en el medio se producen a ritmos variables en los diferentes campos de productos. (Margolin, 2005, p. 68)

Para Margolin (2005) el ser humano se relaciona, al mismo tiempo, con productos desarrollados en diferentes momentos, que presentan grados variables de simplicidad o complejidad operacional, así como potenciales diferentes para brindar distintos niveles de satisfacción. La relación que se establece entre el ser humano y los productos inmersos en el entorno de los productos es sumamente importante para el desarrollo del individuo.

Las interrogantes acerca de cómo los productos entran al medio y cómo se relacionan con los usuarios, son de índole psicológica, sociológica y antropológica. En palabras del autor:

El entorno de los productos no es en sí mismo un conjunto estructurado de condiciones a las cuales los individuos deben adaptarse, sino que los productos que se encuentran dentro del medio se reúnen en determinadas situaciones por efecto de la acción humana. (Margolin, 2005, p. 68)

Si bien la principal interacción para un individuo es aquella que se genera entre seres humanos, también la interacción que se produce al ponerse en relación con los objetos es importante, puesto que contribuye al fortalecimiento de las relaciones sociales y que nuestra experiencia con los objetos es permanente. Lo que nos motiva a pasar de una situación a otra, o de un producto a otro, son los proyectos personales.

En cada una de las esferas de la vida del individuo, se insertan diferentes tipos de objetos que le corresponden. La experiencia con los productos está conectada con cada una de las esferas personales. En ellas existen grados variables de control sobre el tipo de productos con el que se relaciona el ser humano, así como la forma en la que lo hace.

Una vez obtenido o fabricado, el producto pasa a formar parte de nuestra cartera o de nuestra red de productos personales. Esta red puede incluir varios cientos de elementos diferentes, desde bienes materiales, tales como ropa y artefactos para el hogar, hasta bienes inmateriales, como redes telefónicas:

Nos hemos convertido en los administradores de extensas redes de productos cuyo funcionamiento y mantenimiento requiere conocimientos, energía y dinero (...) La cantidad considerable de tiempo que dedicamos a administrar nuestras redes de productos se convierte así en una parte aún más grande de nuestra experiencia con los productos. Por lo tanto, cuando evaluamos su contribución a la calidad de nuestra experiencia, también debemos tener en cuenta esta tarea de administración. (Margolin, 2005, p. 70)

Todo objeto diseñado tiene un proceso de desarrollo, que va desde la concepción hasta el uso y el desecho. Estos ciclos no son idénticos ni homogéneos; así, cada producto tiene sus tiempos. Algunos de ellos con ciclos extremadamente cortos, como los materiales publicitarios, y otros increíblemente largos, como las ollas de cocina. Actualmente los diseñadores prestan mayor atención a este

ciclo; lo hacen, debido a las crecientes exigencias en temas de índole social, cultural, económica y ambiental, por lo que el acto de diseñar es cada vez más complejo. De esta manera, el usuario también está inmerso en un entorno complejo y, además, rodeado de abundantes ofertas de objetos a ser adoptados para distintos usos.

Margolín (2005) sostiene que el individuo, al ponerse en contacto con los objetos, requiere conocerlos. Este conocimiento se produce a través de una interfaz, entendida esta en un sentido amplio, como el conjunto de características que definen un producto. La noción de interfaz, hoy en día, va más allá de la forma; incluye una serie de procesos perceptivos y simbólicos que permiten la interacción entre el individuo y el objeto. Los productos garantizan su inclusión en la cotidianidad del ser humano a medida que sus interfaces resultan inteligibles para el usuario. Esto favorece el aprendizaje, adopción y desarrollo de prácticas en torno a estas materialidades. En estas relaciones intervienen, además, otros factores propios del individuo, como la edad, la cultura, su familiaridad y experiencia en prácticas u objetos similares; es decir, su experiencia.

Para Margolin (2005), la reflexión y el abordaje del diseño desde estas consideraciones, es importante para el desarrollo de diseños más eficientes y sintonizados al momento actual. Esto implica el desarrollo de nuevos modelos teóricos para repensar al diseño como disciplina, como proceso y como objeto diseñado:

Lamentablemente, los expertos de ciencias sociales le han prestado poca atención al medio de los productos. Los sociólogos y los antropólogos se han preocupado por los aspectos del consumo más que por lo que concierne al uso. No contamos con una teoría de la acción social que examine la relación con los productos, como tampoco con muchos estudios que investiguen cómo la gente adquiere y organiza la suma de los productos con los que vive. (Margolin, 2005, p. 79)

Este vacío en los estudios produce una serie de consecuencias. En primera instancia, está el desconocimiento acerca de la relación que se da entre los productos y la forma en que las personas construyen sus ideales de felicidad humana. En segundo lugar, no hay suficientes investigaciones sobre productos que fracasan en el mercado y que se convierten en desperdicios de recursos financieros, naturales y profesionales. En tercer lugar, hay un número muy reducido de estudios sobre innovación tecnológica, que puedan servir como base para propuestas de políticas sociales donde se vincule al bienestar humano con la presencia o ausencia de productos. En cuarto lugar, no hay métodos sistemáticos para desarrollar inventarios de necesidades sociales que estimulen el desarrollo de productos

benéficos; finalmente, en quinto lugar, no existe un complejo de estudios al que los investigadores puedan recurrir para comprender el rol de los productos en la sociedad.

Para poder contribuir a minimizar algunas de estas consecuencias, este estudio busca explorar las relaciones que se establecen entre el objeto y el usuario, inmersos ambos en la práctica. Para ello, en el capítulo siguiente, se abordan las particularidades de la TPS.



**La Teoría de la
Práctica Social**

La Teoría de la Práctica Social

La manera de hacer es ser.
Lao-Tsé

En este apartado se profundiza en la Teoría de la Práctica Social, de la que se toman sus postulados centrales, así como los enfoques conceptuales que se plantean como necesarios para encontrar conexiones entre esta y el diseño.

En la primera parte de este capítulo se propone una breve revisión sobre los antecedentes históricos de esta teoría y sus perspectivas más actuales; posteriormente, en la segunda parte, se abordarán los conceptos centrales de la TPS desde la mirada de los autores fundacionales de la misma.

3.1. Antecedentes Históricos y Bases Filosóficas

Los orígenes de las teorías relacionadas con las prácticas sociales son diversos y todos tienen en común que miran lo social como un resultado, donde la práctica se convierte en unidad para su comprensión y génesis. La práctica social está íntimamente relacionada con lo cotidiano, el mundo material, el sentido, los imaginarios y los discursos (Aritzía, 2017).

Las problemáticas de las prácticas sociales han sido abordadas históricamente por autores de distintos campos (Murcia et al., 2016). A continuación, se propone un recorrido por los postulados de aquellos que miran a la práctica social como algo más que un acuerdo social y que, desde sus campos de estudio y diversos enfoques, han contribuido a la actual estructuración de la Teoría de las Prácticas Sociales.

Ya Aristóteles, desde su perspectiva de la conducta moral práctica, considera que el saber no está solo en la razón sino en las posibilidades de actuación práctica, explican Murcia et al. (2016). Por otro lado, Hans-George Gadamer (1998) plantea que la práctica social implica saber desde lo que se es consigo mismo, con el otro y con la totalidad. La práctica social se configura desde el lenguaje y sus posibilidades para la construcción de sentidos e interpretaciones conjuntas; en ella se inscriben racionalidades universales que comprenden a todos, de forma total.

Las prácticas sociales también han sido exploradas desde las prácticas discursivas y la conformación de escenarios donde se estructuran las relaciones de poder dentro de la sociedad (Foucault, 1969/1997). Por otro lado, Castoriadis (1989) las mira como elementos magmáticos que están en constante cambio en cuanto a su composición y forma, cuyas lógicas pueden ser comprendidas desde los imaginarios sociales.

Según el recorrido analizado, la Etnometodología y la Teoría Social Pragmatista plantean un abordaje sistémico, en el que se propone el análisis minucioso sobre las situaciones y las relaciones que se establecen en las prácticas sociales, donde lo social es un resultado práctico.

Finalmente, desde la filosofía se puede encontrar a la práctica social en autores postsubjetivistas como Schatsky (1996) y Wittgenstein (1953), quienes desde la pragmática proponen que sentido y significado se sostienen en la praxis. Derivados de estos dos autores, se pueden encontrar otros más contemporáneos, como Nicolini (2012), Shove (2009) y Warde (2005), quienes consideran a la práctica social como un componente fundamental del mundo social.

Actualmente esta teoría se estructura y desarrolla con fuerza y para constituirse en una teoría contemporánea orientada a analizar problemáticas complejas, debido a su carácter sistémico. Ahora bien, el enfoque desde la TPS considera que detrás de toda característica duradera del mundo existe un trabajo productivo y reproductivo, que transforma la manera en que concebimos al orden social y permite conceptualizar la naturaleza de las estructuras sociales como un logro socio-material. Permite, además, replantear el rol de los agentes e individuos, así como dar relevancia al rol del cuerpo y los objetos en los asuntos sociales. La TPS arroja nueva luz al conocimiento del discurso, los intereses, el poder, los imaginarios y la identidad.

Nicolini (2012) explica que las teorías prácticas son una familia de aproximaciones teóricas, conectadas por una red de similitudes históricas y conceptuales, que ofrecen una forma distinta de comprender y explicar fenómenos sociales que solo pueden explicarse desde la complejidad de lo plural. Para Schatzki (2001), “fenómenos como el conocimiento, el significado, la actividad humana, el poder científico, el lenguaje, las instituciones sociales y la transformación humana ocurren dentro y son aspectos o componentes del campo de las prácticas” (p. 2).

Una visión social basada en la práctica permite el abordaje de problemas que quedan sin resolver por otras tradiciones, que tienden a describir el mundo en términos de dualismos irreductibles entre actor/sistema, social/material, cuerpo/mente y teoría/acción:

La mayoría de las teorías de práctica conciben las prácticas como actividades corporales rutinarias que son posibles gracias a la contribución activa de una serie de recursos materiales. Las prácticas sin cosas y sin cuerpos involucrados son, por lo tanto, simplemente inconcebibles. (Nicolini, 2012, p. 4)

De tal manera que, en este enfoque, los elementos materiales creados por el ser humano e insertos en una práctica social, son elementos clave para comprender el mundo. El objeto diseñado y participe de una práctica social es fundamental en la práctica y en la comprensión de lo que ella implica en la vida del sujeto y las sociedades. Las teorías de la práctica, por otro lado, también abren espacio a la agencia, a los agentes individuales, a la iniciativa, la creatividad y el rendimiento individual, así como también transforma la visión del conocimiento, el significado y el discurso.

La mirada sobre las prácticas no es nueva, está fundamentada en autores que acompañan el estudio de lo social desde hace tiempo. Schatzki (2001) plantea que actualmente hay un retorno a la práctica. Los teóricos de la práctica hacen contribuciones decisivas a la comprensión contemporánea de diversos temas donde el enfoque de la práctica implica análisis descriptivos de las prácticas, o alguno de sus subdominios, así como el estudio de la naturaleza y las dinámicas internas de la práctica social.

Si se mira al pasado, en la antigua Grecia, Aristóteles plantea que hay una multiplicidad de formas inconmensurables de conocimiento, entre ellas la *phronesis*, que se entiende como sabiduría práctica o producir *praxis*, es decir, un hacer cuyo fin no es otra cosa que “hacer las cosas bien”, y la *techne* como noción de arte o habilidad, cuyo objetivo es la creación o producción de artefactos materiales o duraderos; es decir, la creación material.

De esta manera, para Aristóteles, la vida, en todas sus formas, es por lo tanto una forma de *praxis*, no de *poiesis*. Así, le da el estatus de una forma de conocimiento independiente, legítima y digna. De esta manera establece la “inconmensurabilidad parcial entre la práctica y la teoría, y la irreductibilidad de la sabiduría práctica a la teoría” (Nicolini, 2012, p. 27). Plantea, así, la imposibilidad de captar una práctica en un sistema de reglas universales; sin embargo:

La reinterpretación de Aristóteles en un registro platónico o neoplatónico significó que la noción de que la sabiduría práctica, teórica, ética y política eran radicalmente diferentes fue, eventualmente, desplazada por la noción de que la praxis es simplemente la aplicación práctica de ideas puramente teóricas. Esta actitud hacia la práctica fue adoptada por los grandes pensadores modernos de los siglos XVII y XVIII. (Nicolini, 2012 p. 28)

No es sino hasta Marx (1845) que se plantea un cambio de pensamiento, al ser uno de los primeros autores en poner en crisis esa noción de práctica arraigada e institucionalizada. El autor plantea una humanidad real y activa que, al desarrollar su producción y su relación material, altera su existencia real, su pensamiento y el producto de su pensamiento. La vida no está determinada por la conciencia sino por la representación de la actividad práctica.

Marx (1845) se refiere a la praxis como cualquier actividad humana cuyo objetivo es el mundo. Crea, así, un nuevo conjunto de categorías y sensibilidades teóricas para los estudios de los fenómenos humanos. Estos últimos pueden ser entendidos únicamente en el contexto social histórico en el que se producen: para Marx, es imposible comprender acciones o ideas fuera de su relación con un sistema de prácticas sociales. De allí que se plantea la interrogante sobre si es la forma en que las personas producen lo que determina cómo piensan o, viceversa, es la manera en que piensan lo que determina cómo producen.

En este sentido, se podría preguntar también: ¿es la forma en que las personas consumen diseño lo que determina cómo actúan, o es la manera en que actúan lo que determina cómo consumen productos de diseño?

Por lo tanto, la concepción de Marx de la ciencia como un modo de lo práctico, no solo introdujo una visión del mundo como un lugar que debe modificarse en lugar de ser contemplado, sino que también constituyó una desviación fundamental de toda la tradición occidental desde Aristóteles. También sancionó la naturaleza intrínsecamente política de la acción humana. Marx inauguró una tradición que nos invita a mirar las prácticas en tiempo real en términos de las desigualdades y la dominación que encarnan y perpetúan, una forma de concebir la acción como lo que las personas ven desde un ángulo particular, el político. (Nicolini, 2012, p. 33)

De esta forma, Marx (1845) establece un nuevo dominio del discurso. Abre así la posibilidad de una praxis de pensamiento nueva, que contempla un ser humano como ser corpóreo, la mente como una característica de la conducta y de la acción, y el conocimiento como “resultado de una interacción activa y mutuamente determinada entre un sujeto social y el objeto que cambió para siempre el horizonte de lo que es pensable” (p. 33). Además, recupera la legitimidad de la práctica para la tradición occidental y, junto con la fenomenología, dan luz a una segunda tradición intelectual occidental, ya que contribuye al redescubrimiento y reevaluación del papel y la importancia de la práctica cotidiana.

Por otro lado, desde la vertiente fenomenológica, Friedrich Nietzsche (1883) coloca en el centro de la actividad de la filosofía a un humano que es sujeto pensante e iniciador de la acción, así como centro de sentimiento. En esta misma línea está Heidegger (1971), quien plantea como preocupación principal la observación y relato del sujeto que está situado y presente en todo el rango de su existencia.

Heidegger (1971) concebía la cotidianidad como una dimensión ontológica básica del ser en el mundo, dimensión que se estructura significativamente en textura de prácticas sociales y materiales que permanecen impensadas como tales, pero que son comunes a los miembros de una comunidad. Otra característica es que en la práctica no se usan cosas aisladamente, sino como una red de materialidades que se activan durante la praxis. A la vez, estas materialidades se usan inconscientemente hasta que la invisibilidad del mundo material se altera ante un momento anómalo de inadecuación o ruptura cualquiera, que lleva al sujeto a reflexionar sobre dicho elemento material.

Los estudios de Heidegger (1971) sobre la materialidad, se basan en el supuesto de que las cosas siempre parecen impregnadas de significado con respecto a la vida; su objetivo era el de profundizar en: la comprensión de la estructura de la normalidad y el trato con el mundo como condición de la existencia.

En este sentido, el mundo cotidiano estructura prácticas que se comparten. La práctica implica, entonces, la relación social e histórica de un individuo con el mundo, donde las propias prácticas concretas se configuran y se hacen significativas; lo cotidiano se convierte así en la cultura heredada en la cual todos estamos inmersos. Las redes de prácticas tienen un carácter histórico y las estrategias de afrontamiento están arraigadas en su uso común; puede haber modificaciones, pero no rupturas absolutas con la tradición.

La noción de práctica, de Heidegger (1971), es supraindividual. Para el autor, estar en el mundo implica siempre ser un ser con los demás; esto es, el *Dasein*, que implica estar afectivamente en el mundo, absorbidos y atrapados con cosas que hacer y lograr. En esta condición existencial activa, el ser encuentra el mundo material y a otros seres, y es en esta condición en la que constituye su modo de ser.

Este modo de ser se construye desde lo cotidiano, lo comunitario y lo temporal:

Así como el *Dasein* no cae en el mundo por accidente, sino que siempre 'tiene' el mundo en su estructura esencial, el *Dasein* tiene su tiempo. El hecho de que el *Dasein* exista en el tiempo es solo una parte de su modo de ser, ya que la capacidad del *Dasein* de contar con el tiempo presupone una relación más primordial con el tiempo (...). El concepto del tiempo dentro del dentro del tiempo complementa así el de cuidar y expresa cómo el tiempo del mundo se encuentra principalmente y generalmente en la cotidianidad: como el atributo temporal de los seres mundanos que los hace accesibles como "estar en el tiempo". Por lo tanto, el tiempo no es un rasgo objetivo del mundo o una proyección subjetiva de la conciencia en el mundo, más bien es una dimensión primaria y original del ser que el encuentro con la muerte revela que está y estuvo siempre allí. Es decir, el concepto tradicional de tiempo en sí mismo presupone la temporalidad. (Nicolini, 2012, p. 37)

Finalmente, debe agregarse que Heidegger (1971) mira a la práctica como una suerte de fenómeno discursivo, discute el lenguaje en el contexto de la comprensión y la instrumentalidad, donde a través de los signos y las prácticas discursivas se comprende el mundo y se está en el mundo. El autor afirma que el lenguaje es la casa del ser, planteando que las prácticas lingüísticas son "un aspecto crítico de la cotidianidad, y solo cuestionando nuestras prácticas lingüísticas podemos abrir un claro a través del cual podemos experimentar formas potencialmente diferentes de experimentar y actuar en el mundo" (Nicolini, 2012, p. 37).

Los postulados de Heidegger (1971) serán retomados posteriormente por autores como Schatzki (1996), Foucault (1969/1997) y Bourdieu (2007), entre otros. Cabe destacar que si bien Heidegger no llega a desarrollar una teoría completa de la práctica social, al hacer que el sujeto individual dependa de una red de prácticas sociales, hace posible que otros autores desarrollen una teoría más completa.

Otro autor clave en el desarrollo histórico de la TPS es Wittgenstein (1992, en Schatzki 2011), quien afirma la necesidad de la existencia de agentes o seres humanos activos y comprometidos, que usan el lenguaje como recurso fundamental para desenvolverse en sus actividades cotidianas. Para el autor, el significado de un acto, así como el de las palabras, se establece en el contexto práctico en el que aparece (Schatzky, 2002). Además, el carácter de las prácticas —que constituyen el trasfondo no articulado de nuestro sentido—, es una parte viva de nuestro trato con el mundo. Donde la práctica no es objeto de instrucción formal, sino que el conocimiento de la misma se expresa y encarna de manera incluso irreflexiva.

Para Nicolini (2012), el significado o los sentidos —y la mente—, se conciben como resultado de la actividad práctica de agentes. Las prácticas son hechos en la vida, son formas regulares de actuar que articulan las características de nuestras formas de vida. Por tener un carácter cotidiano, devienen en elemento de entrenamiento y ejercicio; al igual que las tradiciones y costumbres, son algo a lo que la gente se está adaptando permanentemente y sin demasiada reflexión. Las prácticas constituyen la clave de la sociabilidad; indican el carácter fundamental contextual, aunque no arbitrario, de la toma de sentido.

Por otro lado, los pragmatistas norteamericanos, así como los estudiosos del interaccionismo simbólico, también contribuyeron al desarrollo de la TPS. Desde la llamada praxeología social, Giddens (1976) y Bourdieu (2007), desarrollan la idea de que la vida social es una textura contingente y cambiante de las prácticas humanas. Proponen que la mayoría de las características ordenadas de nuestras experiencias diarias deben entenderse como efectos de las estructuras y relaciones entre las prácticas. Por lo tanto, las prácticas son el dominio básico de estudio de las ciencias sociales.

Giddens (1976), quien define las prácticas como actos regularizados, desarrolla una teoría de estructuración o una teoría de la producción recursiva y la reproducción, en la que la interdependencia entre estructura y agencia genera relaciones mutuamente restrictivas y generadoras a la vez. Al respecto, Nicolini (2012) afirma:

La estructura es, por lo tanto, el medio y el resultado de la reproducción de la práctica: entra simultáneamente en la constitución del agente y la práctica social, y existe en el momento generador de esta constitución. Sin embargo, las estructuras solo se manifiestan como reglas y recursos; es decir, como una presencia material espacio-temporal, y trazas de memoria que orientan nuestra conducta. En este sentido, la sociedad y las prácticas sociales no tienen estruc-

turas, sino que exhiben propiedades estructurales: la estructura es lo que da forma a la vida social, pero no es en sí misma esa forma. Por ello se dice que el estudio de la estructura siempre será el estudio de la estructuración. (p. 45)

Giddens (1976) propone tres características principales de las prácticas: en primer lugar, son producidas por actores (agentes informados y reflexivos) conocedores que recurren a reglas (procedimentales o morales) y a recursos (materiales y simbólicos), donde estos últimos son el medio a través del cual se manifiesta y ejerce el poder, entendido como capacidad para movilizar personas y cosas o como capacidad para cambiar el mundo.

En segundo lugar, las prácticas son siempre y necesariamente temporales, espaciales y paradigmáticamente situadas y se generan dentro de las posibilidades y restricciones ejercidas por la influencia de las estructuras de significación, dominación y legitimación. En este contexto, las prácticas están rutinizadas, lo que implica que requieren un muy bajo régimen de monitoreo reflexivo. Se rigen principalmente por la conciencia práctica, incorporada en lo que los actores saben sobre cómo continuar funcionando en la multiplicidad de contextos de la vida social.

En tercer lugar, afirma Giddens (1976), las prácticas son interdependientes y persisten en una especie de relación de reciprocidad. Son inherentemente únicas y situadas; también están conectadas a la vida social local y globalmente, formando constelaciones y sistemas sociales que existen en el espacio y el tiempo. Las acciones y prácticas para el autor están histórica y contextualmente situadas, y solo tienen sentido en relación con dicha ubicación.

Además, tanto las prácticas como su asociación se renuevan y a la vez renuevan las condiciones que las determinan en un proceso de reproducción y cambio. Así se vuelven fundamentales en la teoría social propuesta por el autor ya que abarcan la totalidad de la experiencia cotidiana del y en el mundo.

El análisis de Giddens (1976) se caracteriza por su nivel general y altamente teórico, y no proporciona una ejemplificación de su enfoque ni propone una metodología para la realización de investigaciones empíricas. Además, excluye la idea de que los artefactos y los materiales pudieran actuar como recursos estructurales. Para este autor, a estos no se les podría atribuir propiedades sin la intermediación de los significados; así, lejos de superar el dualismo de agencia y estructura, le resta relevancia a la materialidad.

Otro importante antecedente teórico lo plantea Bourdieu (1980/2007), quien apunta sobre la necesidad de describir y explicar la práctica para poder comprender lo social. En su trabajo, busca explicar qué son las prácticas y cómo se comportan, así como por qué las prácticas son como son y por qué no son diferentes. Así, desarrolla una teoría de la práctica y la teorización, basada en la práctica. Desde la mirada de este autor, las prácticas son una forma particular, cargada de teoría, para referirse a lo que las personas hacen en la vida cotidiana. Asimismo, introduce la noción de *habitus*, que constituye el pivote teórico y la piedra angular de su arquitectura social.

Para Bourdieu (1980/2007) el *habitus* se define de forma variable como un conjunto de disposiciones mentales, esquemas corporales y conocimientos, que operan a un nivel preconsciente; una vez activados por eventos (campos), generan prácticas. El *habitus* es un sistema de disposiciones duraderas, transponibles; estructuras-estructuradas que van a funcionar como estructuras-estructurantes, como principios generadores y organizadores de las prácticas y las representaciones. Asimismo, estas pueden ser adaptadas a sus resultados, sin necesariamente presuponer un objetivo consciente o un dominio de las operaciones necesarias para alcanzarlos.

De esta manera el *habitus* se concibe como una forma de saber inscrita en cuerpos, adquirida durante la crianza y la socialización secundaria; el *habitus* no es una forma de entender el mundo, sino una forma de estar en el mundo.

La corporalización de la práctica implica que las experiencias y el pasado van marcando el cuerpo a través de esta; lo que se aprende por el cuerpo es algo que uno es. El conocimiento corporal es una dimensión social y material; así, el *habitus* lleva los conocimientos técnicos, permite que los actores se desempeñen de manera competente y lleva a buen término la realidad objetiva que lo generó. El *habitus*, entonces, se vuelve historia encarnada.

Como sistema de esquemas generativos, el *habitus* permite la producción libre de pensamientos, percepciones y acciones y, al mismo tiempo, delimita lo que es concebible o aceptable en esa situación particular. Por esa misma razón, mantiene a la gente en su lugar, sin importar cuán desesperados estén en estos lugares, resignándose a su condición aparentemente irremediable. De esta forma, se generan mundos locales de sentido común que se vuelven objetivos por el consenso sobre el significado de las prácticas; el *habitus* genera de esta manera homogeneidad en los grupos sociales, lo que hace que las prácticas sean inteligibles y previsibles, y por lo tanto, se dan por sentadas.

Otro aspecto que plantea Bourdieu (1980/2007) es que la práctica se da en conjunto con el capital social y el campo, lo cual ubica a la práctica dentro de una topología de posiciones de poder que la rigen desde el “exterior”, mientras que el *habitus* opera desde el “interior”. El autor resume esta idea usando la siguiente fórmula: (*Habitus* x Capital) + Campo = Práctica.

Para Bourdieu (1990a), el capital refiere a todo lo que puede intercambiarse y lo que determina, como consecuencia, una variación en la legitimidad y el poder. Esto incluye posesiones materiales (que pueden tener un valor simbólico), fuentes de valor no materiales, como prestigio, estatus y autoridad (denominado capital simbólico), y cualquier cosa diferente y digna de ser buscada en formas sociales específicas. Entre ellos el capital simbólico es la forma más poderosa de conversión, ya que se constituye en la base de la dominación, conlleva el poder de la legitimación y sostiene así la dominación y la desigualdad a través de la violencia simbólica. Los campos son espacios parcialmente autónomos, caracterizados por “campos de fuerzas” determinados por la distribución del capital social y las relaciones objetivas que se producen entre las posiciones sociales. Los campos corresponden a las diversas esferas de la vida, como el arte, la religión, la economía y la política.

Para el autor, campo y *habitus* están encerrados en una relación circular, en la que la participación en un campo configura el *habitus* que, una vez activado, reproduce el campo. A su vez, el *habitus* solo opera en relación con el estado del campo y sobre la base de las posibilidades de acción otorgadas por el capital asociado. De esto deriva que, primero, el *habitus* es siempre un fenómeno grupal o de clase y además expresa la condición común de existencia; es decir, armoniza las prácticas de los miembros. Segundo, que la práctica de los agentes está determinada tanto por su *habitus* como por su comprensión del juego específico de campo en el tiempo. El *habitus* es entonces un conjunto de disposiciones que se realizan para convertirse en práctica.

Siguiendo esta línea de ideas, se puede inferir que generar una práctica es una cuestión de improvisación regulada. Dicha regulación es el producto de la percepción que el agente tiene de las condiciones del campo, a su vez generado por el *habitus*. Este último, entonces, articula la práctica y da sentido al siguiente, abriendo un repertorio de movimientos prácticos que tienen sentido mientras —en el proceso—, reaccionan al sentido de las instituciones y sus normas. Al ser la práctica una suerte de acción circunscripta en una realidad circunstancial, el *habitus* nunca produce la misma práctica dos veces; así, cada individuo desarrolla una trayectoria personal.

Estas trayectorias personales no se desvían demasiado de las de los otros miembros de la comunidad, sino que constituyen variaciones pequeñas de trayectorias comunes. Por lo tanto, las prácticas se conciben como “agrupadas alrededor de juegos sociales que se juegan en diferentes campos sociales, en los que los agentes actúan con una sensación del juego, un sentido de ubicación en la búsqueda del interés” (Lau, 2004, p. 378).

La teoría propuesta por Bourdieu (1980/2007), es la más extensa y estructurada entre los antecedentes de la TPS; el autor además avanza hacia la comprensión metodológica del estudio de las prácticas sociales y su representación. Esta extensa exposición de la teoría del sociólogo es necesaria, no solo porque constituye una de las teorías más extendidas de la práctica disponibles, sino también porque proporciona los antecedentes necesarios para comprender una de las principales preocupaciones del autor: cómo estudiar y representar la práctica.

Propone Bourdieu (1980/2007) una sociología que centra su objeto epistémico en lo que las personas hacen cuando están en relación práctica con el mundo, es decir, el individuo está activamente en él, y por otro lado, el mundo a su vez impone su presencia, sus urgencias, sus cosas por hacer y decir, y en el que, además, se suman las cosas ya hechas para decir.

La crítica más fuerte a la teoría propuesta por este autor es que alcanza las prácticas prevalecientes y predominantes, y que es incapaz de capturar las pequeñas acciones de resistencia, deformaciones locales y reinversiones constantes en el *habitus* y el discurso cotidiano.

Quedan, de todas maneras, algunas interrogantes sueltas, como la migración de las prácticas desde sus lugares de origen: ¿cómo se diseminan alrededor del mundo?, ¿cómo estas prácticas y su *habitus* respectivo superan su sitio original de emergencia?

3.2. Dinámicas de las Prácticas Sociales: la Teoría de la Práctica Social

En el apartado previo se presentó un breve recorrido por el pensamiento sobre la práctica social, a continuación, se profundiza en los conceptos centrales de la TPS, para ello se toman los aportes de autores fundacionales de esta teoría.

La TPS debe entenderse como una sensibilidad ontológica, un conjunto de preferencias epistémicas, una forma de teorizar. Heidegger, en el *Ser y el Tiempo* (1962), identifica a la práctica como una fuente de significado, el *dasein* y su relación con la vida humana y material aparece como una base ontológica de teorías prácticas.

Los enfoques pragmatistas con autores como James (1907) y Dewey (1929), entre otros, le dan importancia a las habilidades y conocimientos técnicos incorporados en la práctica donde la experiencia se entiende como un proceso continuo en el que los hábitos y las rutinas se ponen en crisis y se transforman continuamente.

Para los pragmáticos, las prácticas son puntos de paso entre los sujetos y la estructura social; además, estas se posicionan en el centro del escenario y se constituyen como una forma para entender el comportamiento. Para Taylor (1971), estas son, entonces,

unidades primarias de análisis donde las normas implícitas y los significados no están sólo en las mentes de los actores si no en la práctica misma, las prácticas no pueden concebirse como un conjunto de acciones individuales sino son formas de relaciones sociales, de acciones mutuas. (en Shove et al., 2012, p. 5)

Schatzki (2001) marca el inicio de la Teoría Práctica, que actualmente se constituye en un planteamiento cada vez más usado y cuyo alcance aún se está discutiendo y probando. A su vez, Reckwitz (2002) caracteriza un ideal de Teoría Práctica a partir del entrecruzamiento de otras teorías culturales. En este ensamble, se destaca la importancia de las estructuras simbólicas de conocimiento compartidas, como elementos centrales para la comprensión de la acción y el orden social. El autor cita, entre estas teorías fundacionales, al Mentalismo Culturalista, que ubica lo social en la mente humana y es allí desde donde se reciben las estructuras de conocimiento y significado. Otra teoría es la del Textualismo Culturalista, donde lo social se sitúa en cadenas de signos, símbolos, discursos o textos. Finalmente, el Culturalismo Intersubjetivo, que ubica lo social en las interacciones. A diferencia de estos tres enfoques, las teorías de la práctica plantean que lo social se sitúa en la práctica misma; de esta manera Reckwitz (2002) propone y define a la práctica como un comportamiento rutinizado conformado por varios elementos interconectados que incluyen por un lado las actividades corporales, mentales y materiales, y por otro el uso práctico, el conocimiento operativo, así como los sentidos y motivaciones.

Para realizar una práctica se requieren competencias, reglas y normas que van a definirla, además de los sentidos que quienes la practican le otorgan a la misma. De esta manera, deviene en una conjunción de elementos reconocibles y, por tanto, en entidad; por último, a su vez, deviene en un acto performático. La práctica se caracteriza, modifica y significa en su propia forma de hacer, en la que el individuo que ejecuta la práctica es el portador, anfitrión o *carrier*.

Se puede mirar a las prácticas como *performance* y como entidad. En el primer caso, el estudio se centra en la ejecución, valorizando el mundo social como resultado de la práctica; desde esta mirada se puede enfocar a los elementos que la constituyen, ver cómo estos se articulan entre sí, el sistema de vínculos que se genera y sus variantes prácticas. Si se la mira, en cambio, como entidad, la práctica trasciende a su realización puntual y a la forma en la que esta va modificándose y resignificándose, a medida que sus *carriers* la van ejecutando. Así, la práctica antecede al individuo y las instituciones, y permite la comprensión de su origen, de sus elementos configuracionales, así como de sus cambios en el tiempo. En ambos casos se prioriza el análisis de las dinámicas internas, sus actividades y relaciones constitutivas, las lógicas que se establecen entre actores y factores.

Murcia et al. (2016), plantean que se puede mirar a las prácticas sociales como procesos derivados de la imposición social, o como espacios de dinamización social y personal en el que se crean acuerdos y se recrean constantemente, tanto en el individuo como en el grupo social o, finalmente, como expresión de la humanidad y sus imaginarios sociales, ya que en estos se definen sus formas de ser y hacer, de pensar, decir y representar. Las prácticas sociales se constituyen, entonces, en elementos transformadores de situaciones y, por tanto, generadores de nuevas realidades; son agentes configurantes de lo social y, a su vez, reflejo y aprendizaje de lo social y sus lógicas.

Donde el conocimiento es un saber compartido conformado por métodos prácticos adquiridos a través de los discursos, el cuerpo, el uso de objetos. Por medio del aprendizaje, el practicante se inscribe en una práctica determinada y aprende a actuar, hablar, sentir, esperar y dar significado a las cosas y acciones que en ella circulan.

Entonces, tanto los sentidos como el conocimiento están ubicados en la materialidad y discursividad del cuerpo, los artefactos, los hábitos y las preocupaciones de los individuos. De esta manera, describen el mundo en términos de prácticas reticuladas y paquetes de prácticas.

El enfoque de la TPS permite, de esta manera, explicar los fenómenos sociales de forma sistémica y siempre desde la óptica de la naturaleza mundana, concreta y material de lo cotidiano. La mirada de la TPS es una decisión de carácter ontológico, en el que la práctica ocupa el centro de los asuntos sociales, su reproducción, transformación y organización.

Para poder describir de forma extensiva las dinámicas y lógicas de las prácticas sociales, se plantea a continuación el modelo teórico propuesto por Shove et al. (2012) —autora contemporánea que estructura en un marco teórico concreto las aproximaciones de los autores antes abordados— y otros autores que van a complementar las nociones de base de la TPS. A partir de estas desviaciones radicales de los enfoques más convencionales en este campo, los conocimientos técnicos, los significados y los propósitos, ya no se consideran atributos personales sino cualidades de la práctica.

Se recuerda aquí que toda práctica puede analizarse como *performance* y como entidad, enfoques que resultan útiles al analizar las formas en las que combinaciones de competencia material y significado se difunden y reproducen, así como nuevos individuos se van sumando a las prácticas de todos los días.

3.2.1. La Naturaleza de las Prácticas Sociales

Toda práctica incluye la utilización de configuraciones materiales (aunque puede parecer un contrasentido, aquí se incluyen los productos virtuales, como páginas web, aplicaciones, etc., ya que también son cosas diseñadas con la finalidad de que puedan ser usadas); la agencia y las competencias se distribuyen entre las cosas y las personas. Las relaciones sociales, de alguna manera, se contienen en la materialidad de la vida cotidiana. Es decir, sin materialidad no hay práctica; es aquí donde el diseño, como creador de esta materialidad, asume un rol importante:

Cuando se aborda el tema de las prácticas como entidades o como *performance*, el interés se centra en cómo se forman y cómo las configuraciones de trabajo se constituyen en el espacio y tiempo, y cómo cambian. Para esto es necesario mirar más allá de momentos específicos de integración. (Shove et al., 2012, p. 11)

Para el análisis de la práctica es importante observar desde enfoques tanto sincrónicos como diacrónicos, para así poder comprenderlas como prácticas independientes y como formas de víncu-

los con otras prácticas. Es decir, comprender los momentos de acción, cuando los elementos se juntan, cosa que se produce cuando dichos elementos son potencialmente reconfiguradores de la práctica.

Las prácticas son siempre cambiantes, pero pueden llegar a niveles de estabilización provisionales cuando su desarrollo se da de forma repetida.

Schatsky (2002) explica que una práctica es un conjunto de hechos y dichos contextualizados, donde la práctica siempre es más que la suma de ambos. A veces, diferentes hechos y dichos pueden constituir prácticas similares; así como una práctica puede manifestarse con variantes sin alterar su resultado final.

Las prácticas están formadas por tareas que se encadenan y ejecutan en un modo determinado, existen tareas de orden superior (indispensables para prácticas), así como tareas, hechos y dichos agregados o particularizados que generan modificaciones a las formas de llevar a cabo la actividad práctica.

En toda práctica, entonces, se pueden encontrar hechos, discursos, tareas y conocimientos regulares, irregulares, permanentes, ocasionales, raros y novedosos. Por otro lado, todos estos componentes de la práctica están vinculados entre sí a través de comprensiones prácticas, reglas, una estructura teleoafectiva y comprensiones generales. Estos cuatro elementos vinculantes y vinculados determinan la organización de la práctica social.

Los elementos constitutivos de las prácticas van a determinar los significados, las acciones y la información que las determinan y, a su vez, esto determina el orden social. Por ello es indispensable mirar las prácticas como conjuntos abiertos de acciones no regularizadas que se organizan en base a comprensiones prácticas, reglas y procesos teleoafectivos.

Frente a lo antedicho surgen algunas interrogantes que son de particular relevancia para el análisis, por ejemplo: ¿cómo se da la emergencia y desaparición de las prácticas?, ¿cuáles son y cómo se comportan los elementos que las componen?, ¿qué relaciones establecen con el objeto diseñado?, ¿cuáles son las dinámicas a través de las cuales se integran los practicantes?, ¿cómo se vinculan más prácticas entre sí? Para esta tesis, es de particular interés conocer cómo los objetos diseñados, que componen la práctica social, influyen en ella y cómo los cambios que en estos se dan a lo largo del tiempo la reconfiguran, y qué tan determinantes son.

Toda práctica se conforma de tres elementos. El primero es la materialidad (las cosas, las tecnologías, las entidades físicas, los elementos de los cuales se componen los objetos), y aquí se incluye también el cuerpo como soporte de la práctica social. El segundo elemento lo conforman las competencias (habilidades, conocimiento, reglas procedimentales y morales) y, el tercero, los sentidos (significados simbólicos, las ideas y las aspiraciones, los imaginarios y los discursos). Toda práctica social, entonces, se conforma por el encuentro de lo material —entendido como las cosas, lo físico y tangible, las competencias o capacidades—, y los significados, como ideas y creencias.

Las formas de codificación, abstracción y cambio son importantes también para la comprensión de las formas de difusión de las competencias y el conocimiento; es decir, el flujo de información que se da desde una cohorte a otra de practicantes. También son importantes los patrones de reclutamiento y desertión, que describen la expansión o contracción de una práctica, en función del número de practicantes que se integran o que desertan.

Lo antes descrito se concreta directamente, a su vez, con la formación, persistencia y desaparición de paquetes y complejos de prácticas; en estos, es además importante:

La manera en que las prácticas compiten y colaboran entre sí además se argumenta que el carácter emergente de las relaciones entre las prácticas tiene consecuencias para las prácticas individuales de las que se forman y hacen complejos para los elementos que estas comprenden y para los riesgos temporales compartidos, en este sentido es importante el abordaje también de los circuitos de reproducción, cómo se generan, renuevan y reproducen los elementos, las prácticas y los vínculos entre ellos. (Shove et al., 2012, p. 17)

Como se puede apreciar, las prácticas sociales consisten en elementos que se integran durante la ejecución; estas emergen, persisten y desaparecen, a medida que se establecen y rompen los vínculos entre sus elementos constitutivos. En el momento de hacer, los practicantes reproducen simultáneamente las prácticas en las que están inmersos y los elementos que las configuran. De esta manera, el análisis de los elementos que estructuran la práctica, así como los factores vinculantes entre ellos, permiten comprender las dinámicas integrando de manera equitativa agencia y estructura.

Esta tesis busca precisamente realizar este ejercicio de análisis, y comprender cómo el cambio en la materialidad modifica la práctica, entendida esta de manera integral; para ello, se propone un

análisis de caso. El teléfono es un caso de interés, ya que en su recorrido histórico está sujeto a cambios importantes en su tecnología y, por tanto, en su materialidad.

Esta característica de desarrollo permite ir mapeando cómo los diferentes elementos de la práctica social cambian a medida que la materialidad se modifica para, de esta manera, comprender el rol que el objeto diseñado tiene en lo cotidiano.

3.2.2. Elementos de las Prácticas Sociales: Materialidad, Competencias y Sentidos

El análisis de los planteamientos teóricos de Bourdieu (1990a) y Giddens (2007), arroja como resultado que la materialidad apenas se considera como parte relevante de las prácticas sociales; sin embargo, Reckwitz (2002), Schatzki (2011) y Latur (2008), exploran diversas formas en que las prácticas están intrínsecamente vinculadas con la vida material:

Hoy en día, los teóricos de la práctica de muchos tipos reconocen que las entidades no humanas ayudan a constituir la socialidad humana. Las prácticas, como se indicó, generalmente se interpretan como nexos de actividad mediados materialmente. Sin embargo, al pensar así, la mayoría de los teóricos de la práctica continúan centrándose en lo humano. (Schatzki, 2011, p.11)

Por otro lado, Callon y Latour (1992) explican que los conceptos aplicados para los factores humanos —como la agencia, la intención, el propósito, el conocimiento, entre otros— deben ser observados simétricamente a los componentes no humanos, es decir, ver en lo humano y lo no humano sus influencias y propiedades como emergentes igualitarios de una matriz o plano previo llamado “práctica”.

Lo antes dicho no implica que los elementos no humanos tengan una jerarquía superior a los humanos, simplemente que conviven en situación de equidad. En este sentido se nota una tendencia claramente posthumanista donde en la vida cotidiana actual, resulta imposible que sentidos y competencias sean separados de la materialidad.

Finalmente, no se puede negar que el ser humano ha llegado a un punto de no retorno en la dependencia que genera la cultura material. Puntualmente, en el caso del teléfono, este dispositivo se masifica y llega a convertirse en un elemento indispensable para el trabajo, la diversión y el contacto social.

McLuhan y Fiore (1988), plantean que los medios de comunicación —a lo largo de la historia— se han insertado en lo cotidiano hasta convertirse en extensiones del cuerpo. En este sentido, el teléfono se convierte en una extensión integral e integradora de muchos sentidos: vista, tacto, oído. De allí que el análisis de este elemento creado y usado por el ser humano, se constituye en texto y registro sobre sus usuarios, sus creencias, estilos de vida y prácticas.

Es por ello que las contribuciones más contemporáneas a la teoría práctica sugieren que la materialidad es un elemento más. Esta incluye objetos, estructuras y herramientas, así como el propio cuerpo; este conjunto de elementos se constituye como la base de un estudio basado en prácticas sociales.

El *know-how*, el conocimiento de base y la comprensión son cruciales. Giddens (2007) las describe como conciencia práctica, al referirse a ellas como habilidades deliberadamente cultivadas o poseídas más abstractamente, como sentidos compartidos o significados simbólicos y sociales de participación.

Shove et al. (2012) explican que las relaciones interdependientes entre materialidad, competencias y significados, que conforman a la práctica, pueden abordarse desde tres posibilidades. La primera es que estos tres elementos existan, pero no estén conectados; en este caso se habla de protoprácticas. La segunda ocurre cuando los enlaces estuvieron conectados, pero se han roto, por tanto las prácticas han dejado de existir. Por último, el caso de las prácticas vivas, donde las conexiones entre elementos están activas y permanecen estructuradas.

Para el presente estudio interesa particularmente el último escenario descripto por los autores, debido a que el telefonéo como práctica existe y se reconfigura desde su emergencia hasta la actualidad. Estamos frente a una práctica que está más viva que nunca, pero cuya naturaleza actual es muy diferente a la de su nacimiento, ya que establece, actualmente, un vínculo con muchas otras prácticas a través de la materialidad.

Se puede notar la centralidad del tema de los vínculos en las configuraciones de las prácticas (ver Figura 3).



Figura 3: *Protoprácticas, prácticas y exprácticas*
Fuente: *Shove et al. (2012, p. 25)*

Cuando se introducen nuevas prácticas, muchas de ellas están fundamentadas en las capacidades de los practicantes; con el paso del tiempo, existe la posibilidad de que esas capacidades se desplacen a otro tipo de practicantes, generando cambios en las prácticas. Con esto, se generan nuevos practicantes y materialidades acordes a aquellos nuevos practicantes y sus formas de hacer. La integración de estos nuevos practicantes estará directamente relacionada con los sentidos que se generan respecto de esta práctica.

En este sentido, el diseño como materialidad se va acoplando a las nuevas formas de la práctica. Esto puede producirse, por un lado, de manera más directa a través de la retroalimentación que el diseñador recibe del usuario o practicante acerca del objeto diseñado o, por otro lado, a través de los estudios de mercado o del *big data*, que ocurre cuando la distancia entre practicantes y diseñadores es sustancial, como es el caso del teléfono.

Los cambios en las prácticas se dan a través de cambios disruptivos, que generan nuevas formas de vínculos dentro del bloque de las relaciones que constituyen la práctica. Estas relaciones siempre están conectadas a un proceso temporal y circunstancial, y generan así un proceso continuo de recíproca adaptación entre las habilidades prácticas, la materialidad y los sentidos (ver Figura 4).

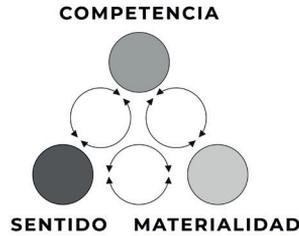


Figura 4: Los elementos de la práctica se configuran entre sí
Fuente: Shove et al. (2012, p. 32)

El diseño, en tanto materialidad, cambia a la práctica y esta a su vez modifica al diseño, generando cambios en las experiencias, los significados y los conocimientos. Cabe aquí la pregunta: ¿cuáles son las potencialidades del diseño para modificar prácticas vinculadas a diferentes aspectos relevantes en el contexto contemporáneo, como la sostenibilidad, las crisis culturales y económicas, la pobreza?

Otras posibilidades de análisis surgen si se considera a las prácticas en forma de una secuencia cronológica de secciones transversales, donde cada una revela el carácter de los elementos involucrados y su comportamiento en distintos momentos de su historia (ver Figura 5). Un análisis con un enfoque histórico de la práctica, podría seguir elementos individuales a medida que cambian con el tiempo en pesquisas de enfoque tanto diacrónico como sincrónico.

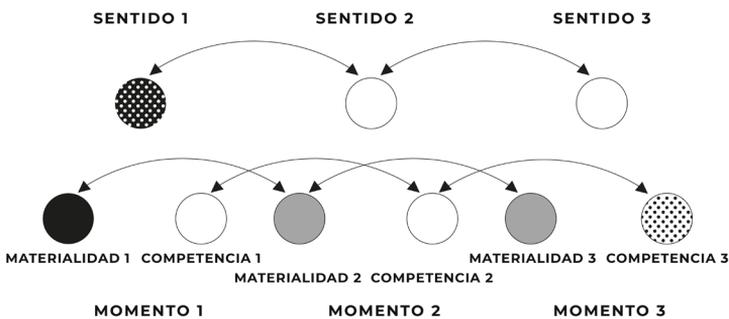


Figura 5: Cambios de los elementos de la práctica a lo largo del tiempo
Fuente: Shove et al. (2012, p. 33)

Las innovaciones en la práctica dejan unos rastros o elementos abandonados y desconectados (ver Figura 3), pero: ¿de qué depende esto?, ¿cuándo y cómo desaparecen estos elementos?, ¿cómo conceptualizar los procesos involucrados? Estos son algunos de los interrogantes que podrían plantearse el investigador.

Los elementos de una práctica única se interconectan y se configuran entre sí, pero ¿qué significa esto para otras prácticas en que los mismos elementos, o elementos similares, también forman parte? “En ocasiones los elementos pueden tender puentes entre diferentes prácticas con el resultado de que los cambios nacidos de una integración tienen consecuencias para los demás” (Shove et al., 2012, p. 33).

Se destaca aquí la importancia de comprender el sentido de escala de las consecuencias de estas conexiones, cambios y rupturas. En el caso de estudios a lo largo del tiempo, como es el nuestro, es de particular interés mapear las formas en que las prácticas cambian, cómo sus características de ejecución se definen en ciertas generaciones y se modifican en otras al afrontarse cambios introducidos ya sea por nuevos practicantes o nuevas materialidades.

Los vínculos que se generan entre los elementos de la práctica no son permanentemente estables; estos, eventualmente, se rompen o se modifican. La comprensión de los cambios en la materialidad, en el flujo de los bienes dentro y entre las sociedades es relevante, si se piensa que la vida se desarrolla junto con huellas materiales de prácticas pasadas; la obsolescencia y la reapropiación son parte intrínseca de la dinámica de las prácticas.

Esta relación es diferente cuando se trata de competencias y sentidos, ¿qué pasa con estos cuando ya no están integrados a la práctica? En ese caso, las competencias pueden permanecer inactivas, persistir en la memoria por años sin ser activadas o pueden conservarse parcialmente en forma de registros escritos de distintas índoles. Cuando habilidades antiguas o históricas resucitan, son probablemente vistas más como elementos históricos y testimoniales; de igual manera, otras habilidades se van perdiendo a lo largo de los cambios de la práctica social y se van olvidando.

A veces las experticias ya no circulan con alguna intención; es decir, se frena la difusión de un conocimiento con fines económicos, educativos, sociales, etc. Ejemplos de lo anterior pueden ser acciones como campañas sociales, publicitarias, propagandísticas; a través de la colocación de impuestos; acciones de desmarketing o, en general, estrategias orientadas a disminuir la realización de una práctica determinada.

Al comprender el carácter sistémico de las prácticas, se asume que, así como sus elementos están enlazados, de igual manera se enlazan las prácticas. Es así que, a veces, un mismo elemento de la práctica se comparte con otras prácticas. La razón por la que esto ocurre es que:

Las prácticas no viven solas, diversos elementos circulan dentro de ellas y a su vez las prácticas circulan conjuntamente con otras prácticas diferentes constituyendo una forma de tejido conectivo que mantiene vivos arreglos sociales complejos. (Shove et al., 2012, p. 36)

En este mismo sentido Barnes (2005) explica que las prácticas constituyen matrices compartidas y, por ello, se han convertido en fundamentales para la comprensión de los fenómenos sociales y culturales de cada clase. De esta forma se puede apreciar el carácter vincular de la práctica.

En la medida en que esto sea así, la conexión y separación de significado y significación envía mensajes a través del panorama cultural en su conjunto (ver Figura 6). Algo similar sucede cuando circulan formas de competencia y cuando los elementos materiales figuran en más de una práctica a la vez.

Como se mencionó antes, existen complejos de prácticas. Estos se trasladan, ya sea porque la materialidad o las competencias se comparten —y de esta forma se determinan otros vínculos— o porque los significados conectan con los significados de otras prácticas.

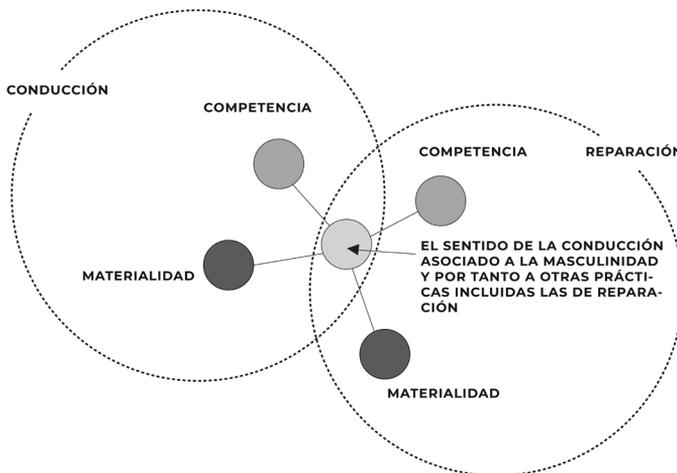


Figura 6: Elementos compartidos entre prácticas

Fuente: Shove et al. (2012, p. 37)

3.2.3. Estandarización y Diversidad en las Prácticas Sociales

Las prácticas están en cierta forma estandarizadas y, a su vez, situadas; es decir, a pesar de que una práctica se realiza de forma similar, siempre habrá aspectos contextuales que van a determinar en ella una serie de variaciones. Se podría considerar que la práctica nunca es igual, que está llena de variantes. Los elementos y prácticas que pueden y deben viajar se consideran, a la vez, como necesariamente localizados, como estancias de integración situadas; es útil esta noción para dar sentido a los roles que desempeñan los consumidores, los productores y los gobiernos, en la reproducción y difusión de los modos de vida.

Barnes (2005) explica que cada practicante que se inserta en una práctica introduce variantes; los miembros activos de una práctica reconstituyen el sistema de prácticas compartidas, por ello se dice que el practicante es necesariamente un actor activo que se introduce en una comunidad de practicantes gracias a sus capacidades prácticas de ejecución. Así el practicante goza de una membresía con el poder de actuar, como uno más del conjunto de miembros competentes.

Respecto a esto Barnes (2005) también menciona que las prácticas compartidas son complejos constituidos por hábitos individuales separados pero lo suficientemente parecidos para compartir una base procedimental. Estas mismas ideas están presentes en Turner (1994), quien propone ver las prácticas colectivas como ejecuciones de individuos distintos que practican de formas habituales, formas suficientemente similares —que se difunden través de la enseñanza compartida— como para compartir propósitos determinados, y al mismo tiempo con ciertos grados de diferenciación.

Además de los aspectos contextuales, se suma el hecho de que práctica y practicante a su vez se afectan mutuamente:

En resumen, hay algo emergente y colectivo sobre las prácticas que tiene que ver con la relación entre muchas actuaciones coexistente situadas en el contexto de la experiencia acumulada de forma colectiva, como un tipo de autorregulación colectiva cuyos detalles están moldeados por formas distintas de ejecutar las prácticas, algo similar a experimentaciones difusas por parte de varias personas en las que la práctica se va modificando. (Shove et al., 2012, p. 40)

En la relación entre la tecnología y lo humano, es inevitable que los *carriers* individuales —es decir los individuos que practican o en otras palabras, que son portadores de la práctica— vayan creando trayectorias de desarrollo que, a su vez, son simultáneamente defi-

nidas por otras. Al mismo tiempo, son reconfiguradas cada vez que se ejecuta la práctica. De esta manera se puede concluir que las prácticas sociales se componen de elementos que se integran durante la ejecución de la misma, y de la misma manera, las prácticas emergen, persisten y desaparecen en función de las conexiones y desconexiones que se dan entre los elementos que las constituyen.

Por otro lado, las prácticas también están formadas por elementos que fuera de ellas tienen vida propia. A la vez, la práctica no está desconectada de su historia. Esto implica suerte de amalgama de elementos y procesos que van cambiando; las prácticas son constantes *remakes* de otras iniciales o combinaciones de prácticas.

¿Tienen los elementos una suerte de vida propia, mueren o sólo se transforman?, ¿cómo circulan y viajan? Si se busca entender cómo las prácticas se distribuyen en y entre sociedades, necesariamente se debe pensar sobre cómo materialidad, significación y competencia, circulan y persisten.

Pantzar y Shove (2006), explican que las conexiones que se generan en las prácticas siempre están en proceso de formación y deformación. Por el contrario, los elementos, por separado, son más estables y, como tales, son capaces de circular entre lugares y perdurar en el tiempo. En consecuencia, estamos rodeados de cosas que han sobrevivido a las prácticas de las que alguna vez fueron parte vital.

3.2.4. La Práctica Social y sus Modos de Circulación

Al analizar las prácticas, se debe pensar en tres capas separadas: la que representa la distribución de las competencias requeridas; otra capa, que muestra los materiales necesarios, y una tercera, que representa la prevalencia de los elementos como partes significativas de la práctica. La práctica sólo es posible cuando las tres capas se superponen; este proceso depende de cómo se mueven o transportan los elementos que conforman cada capa.

3.2.4.1. ¿Cómo Circula la Materialidad?

La TPS se alinea a los enfoques materialistas al considerar que las actividades humanas agrupadas se entrelazan con entidades no humanas. Lo social se constituye en un campo de prácticas incorporadas, materialmente entrelazadas, organizadas centralmente en torno a prácticas compartidas. Por ello se considera como relevante la comprensión de las configuraciones materiales.

También desde la Teoría del Actor Red (TAR), Latour (2008) defiende la importancia de lo material en las configuraciones sociales. Para el autor ninguna ciencia de lo social puede pensarse sin explorar primero la cuestión de quién y qué participa en la acción, esta posibilidad implica la incorporación de elementos no humanos. En este sentido explica que “tenemos que tomar en cuenta a los no humanos solo en la medida en que se vuelvan conmensurables con los vínculos sociales y aceptar también, un instante más tarde, su inconmensurabilidad fundamental” (p.116).

Estas ideas colocan a la materialidad como un elemento central y silencioso de lo social; el rol que cumple lo no humano en las prácticas es central, por ello, resulta impensable la exclusión de los elementos no humanos en el abordaje de problemáticas contemporáneas. El diseño crea elementos no humanos y el objeto diseñado se convierte, por tanto, en parte y testimonio de las prácticas sociales. La dificultad está en el abordaje de su análisis ya que requiere de enfoques diferentes que permitan que la materialidad hable.

Schatsky (2001) explica que en la TPS se considera que la actividad está encarnada y que los nexos de prácticas están mediados por artefactos, híbridos y objetos naturales. Defiende la pertinencia de profundizar el análisis de estas relaciones al mirar las prácticas, así como los tipos de entidades que median la actividad, y si estas entidades materiales son relevantes para las prácticas como algo más que meros intermediarios entre los humanos.

El autor explica también desde una mirada posthumanista:

lo no humano no solo media, sino que ellos mismos propagan las prácticas: las prácticas, a sus ojos, comprenden actividades humanas y no humanas. Esta tesis desafía los intentos de analizar las prácticas por la vía social, así como la noción misma de lo social. (p. 3)

De esta forma se puede afirmar que la red de los elementos humano y no humanos de la práctica forman y orientan las actividades dentro de ella, de allí la importancia de analizar cómo las estabildades de estas y sus significados se ven afectados por los elementos más pasivos constituidos, en su mayoría, por la materialidad.

En este punto es también importante recordar que la TPS incluye al cuerpo humano dentro de la materialidad que sostiene la práctica, en consecuencia:

el cuerpo humano se ofrece a sí mismo como el punto de conexión entre los individuos y las variedades sociales. Y con ello *habitus* (comprensión práctica) se convierte en el fenómeno determinante ideal, suficientemente psicológico para evitar el determinismo físico, suficientemente no psicológico para ser incorporado y suficientemente flexible para explicar gran parte de la actividad humana, si no toda. La adopción de la comprensión incorporada por parte de la teoría de la práctica se basa en la comprensión de que el cuerpo es el punto de encuentro tanto de la mente y la actividad como de la actividad individual y la diversidad social. (Schatsky, 2001, p 8)

Por otro lado, Shove et al. (2012) explican que el movimiento de elementos materiales que componen la práctica, a menudo implica su reubicación física; otro elemento de análisis importante sería el acceso a los objetos materiales que están involucrados y, así, la transportación de estos hasta el lugar de la práctica. En este sentido, no implica una dificultad mayor la realización de un mapeo de estos aspectos. No es el mismo caso con las formas en las que se desplazan las competencias y el significado, los cuales, al ser intangibles, requieren de un análisis de otra índole.

3.2.4.2. Abstracción, Inversión y Migración: la Forma en que Circulan las Competencias

A diferencia de la filosofía y la investigación social, que citan entidades como creencias, deseos, emociones y propósitos, la TPS destacan las capacidades encarnadas como el saber hacer, las habilidades, la comprensión tácita y las disposiciones.

Schatsky (2001) explica que los enfoques prácticos enfatizan dos puntos centrales en la cuestión de las capacidades; primero, la prioridad de la comprensión donde las habilidades son omnipresentes en la actividad humana y, las formulaciones para guiar lo que hacen las personas, se basa en las habilidades para usarlas y comprenderlas. Segundo, las habilidades se comparten, es decir, son iguales en diferentes individualidades.

Por otro lado, los nexos de actividad están arraigados en entendimientos compartidos y, por tanto, la comprensión práctica es una batería de habilidades corporales que resulta y también hace posible la participación en las prácticas. Con lo antedicho, se puede entonces decir que el orden social se basa en prácticas y, por tanto, en la comprensión corporeizada. Dicho de otro modo, el orden social tiene sus raíces en el cuerpo humano.

En la vida cotidiana, el aprendizaje a través del hacer se realiza todo el tiempo y muchas de las veces de forma inconsciente; mientras que algunas habilidades pueden ser aprendidas de esta manera, otras requieren un esfuerzo más deliberado que involucra un entrenamiento especial.

En la TPS el interés está en la circulación y distribución de elementos, en cómo se mueven las competencias entre las prácticas y entre las personas. Según las teorías de la abstracción y la inversión, propuestas por Disco y van Meulen (1998), el aprendizaje depende de la distinción entre la comprensión local y las denominadas construcciones cognitivas de nivel global. A estas últimas se las entiende como una forma de conocimiento cosmopolita, es decir, “conocimiento que se ha desenterrado de sus orígenes locales por lo tanto es capaz de viajar ampliamente mientras mantiene su propia integridad” (Shove et al., 2012, p. 48).

Se entiende entonces que los saberes cosmopolitas existen en un repositorio o depósito de conocimiento, que los autores llaman comunidad epistémica; de esta, los usuarios recogen sus propias combinaciones posibles de conocimiento de este reservorio. Saber sobre las cualidades y características del reservorio es relevante, pero el objetivo principal es entender cómo se mueven las competencias, por lo que el análisis debe centrarse en lo que se debe hacer para que el conocimiento sea móvil. Esto implica que el análisis debe centrarse en los procesos de descontextualización y empaquetamiento de conocimiento, que se dan para que se mueva la infraestructura y para que funcione en otro lugar; es decir, que este se recontextualice y reestandarice.

Las prácticas dependen de la circulación del conocimiento y, por tanto, de las posibilidades de decodificación. Los ejecutantes de la práctica deben estar listos para recibir la información. La codificación del conocimiento relevante es importante por la forma en la que se organiza el reclutamiento. Esta puede ser a pequeña escala o en masa; por ello, lo que realmente hacen los practicantes es lo que aprenden en el proceso de la práctica.

Barnes (2005) explica que cuando un miembro se involucra con éxito en una práctica, de alguna manera, advierte a los otros practicantes la posesión de una competencia o un poder y así se genera un conjunto de miembros competentes.

Los reclutados tendrán un mínimo conocimiento de base, para poder captar y decodificar los nuevos conocimientos que los principiantes requieren para incorporarse a la práctica. Respecto a esto, Shove et al. (2012) explican que el proceso de compartir y es-

tandarizar de los conocimientos son parte de la narrativa de desarrollo tecnológico, lo cual enfatiza la coexistencia de conocimientos localizados y cosmopolitas, así como su interdependencia.

También sugieren que los elementos de conocimiento se transforman en sí mismos y, a su vez, transforman las prácticas de las que forman parte:

Las competencias específicas son transferibles porque son comunes o al menos lo suficientemente comunes para una serie de prácticas, la diferencia de potencial para que los conocimientos se acumulen, circulen y viajen lateralmente de esta manera, dependen, en consecuencia, del grado en que correspondan las diversas prácticas. (Shove et al., 2012, p. 51)

Por otro lado, Gherardi y Nicolini (2004) demuestran que la existencia de una comunidad de prácticas evidencia la existencia de alguna forma de socialidad entre los practicantes basada en la participación en prácticas comunes. Este tipo de socialidad es a la vez la condición de existencia del saber en acción y el mecanismo a través del cual se perpetua y muta progresivamente.

Se asume entonces que los elementos de la competencia se toman del mundo especializado del trabajo y se codifican en forma de manuales de instrucciones, para luego poder aterrizarlos en el dominio de lo cotidiano. Ciertos elementos del conocimiento se combinan entre prácticas para constituirse. Esto, a su vez, cambia el tejido social en el que se arraigan muchas de tales prácticas.

En este sentido es pertinente la noción de “participación legítima periférica” introducida al respecto por Gherardi y Nicolini (2004), según la cual el aprendizaje es un proceso eminentemente social donde lo central son los procesos de participación, transferencia, pertenencia, compromiso, inclusión de desarrollo de nuevas identidades.

Esta idea de participación remarca que el saber está distribuido en varios actores, pero también es transportado por artefactos que se usan durante la práctica, así como por reglas y prescripciones explícitas y tácitas.

En otras palabras, se podría decir que, para aprender a hacer, necesariamente hay que ponerse en contacto con la práctica. Esto es posible en función de las condiciones de participación, las mismas que definen las oportunidades de aprendizaje de los nuevos practicantes. Mientras más oportunidades de participación activa y transparencia permitan la práctica, mientras mayor sea el acceso a

los artefactos ligados a ella, mayores son las oportunidades de incluirse entre los practicantes, así como de innovar en el proceso instrumental.

Por otro lado, se entiende que el saber práctico no permanece aislado, sino es parte de una red fluida de saberes que se sostienen en otras comunidades de practicantes o que provienen de otras prácticas, tal como lo explica Bechky (2003).

En conclusión, los procesos de transportación de la competencia incluyen estrategias, como la abstracción, reversión, migración lateral y práctica cruzada.

3.2.4.3. La Circulación del Sentido

Se debe recordar que una práctica es un tipo de comportamiento rutinario que consta de varios elementos, interconectados entre sí, entre ellas actividades corporeizadas, actividades mentales, cosas —sus funciones y usos— y conocimientos —saber hacer— (Reckwitz, 2002). Por tanto, toda práctica tiene un lado más tangible y otro intangible, ambos de igual importancia. Así, la práctica como nexo de hechos y dichos implica formas rutinarias en la que se mueven los cuerpos, se manipulan los objetos, se tratan los sujetos, se describen las cosas y por ende se comprende el mundo.

Las prácticas se componen por componentes inmateriales diferentes al conocimiento. La naturaleza de la práctica se densifica al entender que en ella se incluyen los discursos, las significaciones y los imaginarios; juntos, construyen el sentido de la práctica. La circulación de estos componentes es más compleja de rastrear y sin embargo, en muchos sentidos, se podría afirmar que son parte medular en los procesos de mutación de la práctica.

Fardella y Carvajal (2018) proponen que el sentido es significado social, dimensión ética, valoración y evaluación del conjunto de acciones que conforman una práctica, como de la práctica por sí misma, permitiendo o dificultando su puesta en acción, en función de la coherencia que tenga con el mundo colectivo.

Para algunos autores, la emergencia del sentido se da a través de las acciones del lenguaje (Foucault, 1969/1997; Vigotsky 1934/1983; van Dijk, 2004; Bruner, 1995); para otros el sentido se genera a través de la formación de imaginarios (Castoriadis, 1983; Jhonson-Laird, 1983). Más allá de las posturas diferentes, el punto común está en la noción compartida de que el sentido es aquello que da lógica a lo cotidiano de la existencia humana.

Shove et al. (2012) explican que “es importante concentrarse en los casos en que las interpretaciones y las sucesiones simbólicas son relativamente indiscutibles, además es relevante minimizar el hecho de que las atribuciones de significados son inevitablemente relativas, situadas y emergentes” (p. 53).

Cuando las viejas connotaciones —ligadas a la práctica— sufren una crisis y se generan nuevas conexiones, se dan movilizaciones en los sentidos. Estas requieren de procesos de clasificación y reclasificación. Los sentidos que se ligan a una práctica pueden, inicialmente, ser artificiales e, introducidos —por ejemplo—, a través de agentes interesados en que tal o cual práctica se difunda, como podría ser el caso de la publicidad. Sin embargo, a medida que la práctica va desarrollándose, surgen otros sentidos de orden más espontáneo y sobre los que hay menos control. Esto sucede porque imaginarios, discursos y sentidos están estrechamente relacionados con los ejecutantes de la práctica.

El análisis de los sentidos es relevante también al momento de encontrar jerarquías sociales en la práctica, así como para dar respuesta a preguntas encaminadas hacia la clasificación de las prácticas, y cómo estas categorías cambian.

Por otro lado, las prácticas son un todo cambiante: a lo largo del tiempo pueden sufrir empaquetamientos y desempaquetamientos que modifican su estructura interna, así como los vínculos dentro de las redes de prácticas. En estos procesos materiales son los únicos elementos que se mueven físicamente y tienen características tangibles, que rara vez pueden afectarse por los procesos de transporte. Por el contrario, los significados y las competencias se modifican frecuentemente. La rapidez y el alcance de circulación de una práctica dependen de la existencia de estructuras apropiadas de transporte y mediación.

Como se mencionó antes, la codificación y decodificación es importante para la circulación de la competencia y,

algunos tipos de conocimientos sólo pueden adquirirse y viajar si existe una base o fundamento de la competencia existente sobre la cual se puede construir, esto limita la población de portadores potenciales y la medida en que las competencias específicas se pueden mover. (Shove et al., 2012, p. 56)

Asimismo, la adquisición de nuevas competencias a menudo lleva tiempo; sin embargo, los significados y sentidos pueden cambiar y emerger rápido. Esto lleva a la conclusión de que la apropiación de significados y competencias depende de las capacidades de

base, que permitirán a su vez incrustar, revertir e interpretar las nuevas. En conclusión, las capacidades están distribuidas de manera desigual y, a su vez, nacen de prácticas pasadas o se combinan con otras competencias de prácticas que se dan paralelamente.

De esta forma, los elementos viajan en forma de empaquetamientos y desempaquetamientos, donde la codificación y la abstracción son formas de preparación requeridas importantes y, a su vez, igual de importantes son las capacidades de codificación y decodificación, ya que en estos procesos se dan modificaciones de sentido.

Es importante comprender que, a pesar de que se están analizando los elementos por separado, en la realidad de la práctica estos están empaquetados y son interdependientes; algunos elementos pueden viajar solos, a veces están inactivos hasta que generan vínculos con otros que los pueden incorporar a una práctica específica.

Esta característica es relevante para este estudio, ya que cuando se habla de objetos diseñados se habla de materialidad, pero también de significado y de sentido, así como de un saber usar.

Algunos cambios en las prácticas se producen cuando las formas establecidas de pensar y hacer pierden vigencia; por ejemplo, como cuando los discursos dominantes se desmoronan y los paradigmas cambian (Kuhn, 1989). De esta manera, ciertos elementos pueden permanecer dormidos sin formar parte de alguna práctica viva, pero aún disponibles para su uso; otros elementos, en cambio, son más perecederos.

Otras nociones relevantes son las de nichos de persistencia y nichos de innovación, donde los primeros son de un mayor nivel de relevancia para este tipo de estudios. Cuando hay innovación esto ocurre porque uno o más elementos cambian; sin embargo, otros permanecen de otra manera, ya que a su vez serán transformados por la misma transformación de la práctica:

Las innovaciones tecnológicas radicales pueden socavar el valor de las habilidades establecidas y eliminar artefactos y sistemas rivales. Estos procesos a menudo están vinculados. A medida que las cosas caen en desuso, los conocimientos técnicos asociados con ellas tienden a desaparecer también. Poco a poco el alcance de lo que una vez fue el conocimiento común se reduce al punto que se convierte en un secreto poco conocido antes de desaparecer a veces, pero no siempre, sin dejar rastro. Los registros del desempeño pasado a veces se conservan en la forma altamente mediada de la instrucción escrita. (Shove et al., 2012, p. 59)

La persistencia del significado se liga a la idea de que estos se forman a través de múltiples asociaciones. Como se explica previamente, los significados se mueven, mutan, toman el lugar de otro, y nunca se conservan intactos; sin embargo, sí tienen un aspecto histórico que no debe pasarse por alto.

En resumen, las relaciones entre los elementos pueden variar a medida que cambian los patrones de participación, o que los elementos materiales transforman, transportan y preservan formas de competencia. Las instrucciones son útiles para mantener el conocimiento en circulación, pero se requiere más que eso para mantenerlo vivo. Finalmente, los sentidos y significados son capaces de saltar de una práctica a la siguiente.

Como se puede apreciar el nacimiento, persistencia, transformación o desaparición de una práctica depende de una cantidad relevante de factores; por ello se puede afirmar que, tanto como entidades o como *performances*, las prácticas sociales tienen una naturaleza compleja. Por otro lado, el diseño es igual de complejo e interconectado a la práctica; a cada dimensión del objeto diseñado le correspondería un componente de la práctica y no solo se relaciona con la materialidad, como podría pensarse inicialmente. Se profundiza en esta idea más adelante, en el capítulo 4.

3.2.5. Los Practicantes, la Formación de Redes y Comunidades Prácticas

En todo momento nos concentramos en las prácticas como entidades y en las personas como entes que cargan y ejecutan prácticas sociales. Algunas se anclan más profundamente y se integran en la sociedad, otras desaparecen. Todas las prácticas dependen de las poblaciones cambiantes de portadores o practicantes más o menos fieles; lo mismo se aplica a las trayectorias de todas las prácticas, desde los albores de la historia humana hasta la actualidad.

No todos los seres humanos son capaces de emprender todas las prácticas, ni estas se distribuyen uniformemente; tiene mucho que ver con la disponibilidad de recursos tales como tiempo, finanzas y materiales, así como capacidades físicas, experiencias, etc., de los posibles practicantes:

Es así que las posibilidades de convertirse en portadores de cualquier práctica están estrechamente relacionadas con la importancia social y simbólica de la participación y con oportunidades altamente estructuradas y muy diferentes para acumular y acumular los diferentes tipos de capital requeridos y generados típicamente por la participación. (Shove et al., 2012, p. 65)

Desde el punto de vista de la práctica o del practicante, las inequidades de acceso y participación son acumulativas. Las configuraciones pasadas son importantes para lo que podría suceder a continuación; esto ocurre ya que las prácticas, como entidades, están definidas por el desempeño de cohortes cambiantes de transportistas o *carriers*.

El propósito en esta parte es demostrar los efectos transformadores del reclutamiento y la deserción, y así analizar estas vías que se cruzan girando una y otra vez entre las vidas de los practicantes, y producir conocimiento sobre relaciones sociales en las cuales las personas y las prácticas cambian, se reproducen y se transforman unas a otras.

Respecto a las comunidades y las redes que conforman las prácticas pueden verse como crisoles en los que se forman nuevos arreglos que serán como contenedores que limitan su difusión, así como conductos a través de los cuales fluyen:

Esto sugiere que las prácticas nuevas y emergentes explotan conexiones forjadas y reproducidas por prácticas que coexisten, que fueron anteriores. No hace falta decir que estos enlaces no se distribuyen al azar. (...) los vínculos relevantes se formaron a través de y como resultado de la experiencia anterior y la presente. (Shove et al., 2012, p. 67)

La comunidad y la práctica se constituyen mutuamente; las personas participan en muchas prácticas y por lo tanto pertenecen a múltiples comunidades al mismo tiempo. De igual manera, prácticas que sobreviven durante más de una generación deben atraer nuevas cohortes de *carriers* para reemplazar a los que desertan o mueren.

Cuando las prácticas son frecuentes dentro de cualquier grupo o sociedad, las posibilidades de encuentro son mucho mayores ya que el reclutamiento sigue como una cuestión de curso. El reclutamiento también es fácil cuando las personas deben adoptar o abstenerse de ciertas prácticas por ley. Sin embargo, donde la participación es en cualquier sentido voluntaria, el reclutamiento se vuelve más complejo, puesto que es más difícil retener cohortes fieles de personas adecuadamente comprometidas.

Cómo se comparten y transmiten las prácticas de un operador a otro es un problema importante, ya que el conocimiento práctico —es decir, el conocimiento del hacer—, nace de la experiencia incorporada de primera mano y no vive en el ámbito de la conciencia discursiva (Lizardo, 2009; Turner, 2005).

En la captura de nuevos practicantes se involucran muchas formas de conocimiento, algunas tácitas y otras explícitas, y se prevé el intercambio y la adquisición de conocimientos prácticos. Para los practicantes individuales, la deserción y la participación, a menudo, están en tensión. Esta tensión cambia a medida que se superan los umbrales críticos —por ejemplo, en el momento en que alguien se ve a sí mismo con un rol o estatus específico: un médico, un abogado, etcétera—. Esto puede constituir un momento de no retorno.

Gherardi y Nicolini (2004) explican que cada práctica genera formas de sociabilidad a manera de un tejido de interdependencias entre las personas que se insertan en la actividad. De esta manera se conforman “comunidades prácticas” que sostienen los procesos de participación de los individuos que se acercan a la práctica o que ya son parte de ella.

En estas comunidades de practicantes circulan el conocimiento, la tecnología y la cultura de la práctica, por ello, pertenecer a una de estas redes implica también conectarse con la historia y la cultura de dicha comunidad. Wenger (1999) sostiene que estos procesos de socialidad podrían resultar imprescindibles en la conformación de la identidad de los practicantes, así como para el desarrollo de identidades colectivas dentro de cada comunidad. Similares ideas se encuentran en otras aproximaciones, como la noción de “tribus académicas” de Becher (2001), o las “tribus urbanas”, de Feixa (2006).

Las comunidades prácticas pueden considerarse, entonces, como recorridos preferenciales de circulación del conocimiento y lugares donde fenómenos de hibridación y encuentro entre prácticas y otras comunidades dan espacio a la originalidad y la innovación.

Los patrones de desarrollo profesional en una práctica son, al combinarse, relevantes para la trayectoria de la práctica en su conjunto, porque los recién llegados —a diferencia de aquellos con más experiencia—, inevitablemente introducirán variantes en la práctica. Es así que las formas en las que se estructuran las relaciones entre los recién llegados y las personas mayores, son críticas para la circulación o no de la experiencia y para la forma en que se desarrollan las diferentes prácticas, los usos que se dan a la materialidad inmiscuida y los sentidos que se asignarán a la práctica social y a sus elementos constitutivos.

Las comunidades de practicantes también se pueden formar cuando las prácticas migran desde una originaria hacia otras; por ejemplo, cuando las prácticas se difunden a través de las jerarquías sociales. A medida que migran entre capas de estatus social, el significado de participación cambia: la afluencia de nuevos reclutas a menudo produce la salida de otros:

Estas dinámicas son importantes para la cantidad de personas involucradas en un momento dado. Además, la relación entre el núcleo y la periferia (es decir entre los participantes completos y los novatos) es crucial para la generación de variedad y para la forma en que las prácticas cambian desde adentro. (Shove et al., 2012, p. 72)

Algunas prácticas pueden surgir y evolucionar a través de múltiples ajustes menores realizados en privado a pequeña escala, que son posibles por la circulación de nuevos y diferentes materiales, significados y formas de competencia. Hay diferentes formas de captura, compromiso y cambio; los antes descritos llevan a pensar que aprender, compartir y hacer son procesos inevitablemente transformadores tanto para los practicantes involucrados como para las prácticas que reproducen. Los patrones de participación importan no sólo a quién tiene la oportunidad de hacer, sino también a quién da forma al futuro de una práctica, así como la experiencia da forma a los individuos. Todos son importantes para la acumulación de experiencia, para el significado de la participación y para la distribución de los materiales requeridos en la producción de posibles trayectorias futuras, individuales y colectivas.

Gherardi y Nicolini (2004) explican que la capacidad de una comunidad práctica de perpetuarse en el tiempo y por tanto de permitir la supervivencia de los saberes que porta, depende de su eficiencia en los procesos de transmisión de ese saber en acción.

Por otro lado, es importante también comprender las dinámicas de la defección o abandono de las prácticas. En este tema, Schatzki (2002) explica que cuando las mutaciones múltiples —en ciertos componentes—, van acompañadas de continuidades en otros, una práctica vive. De forma inversa, cuando los cambios en la organización son vastos y las tareas de una práctica simplemente ya no se llevan a cabo, esas formas expiran. Así, la caducidad de una práctica puede ser el resultado de una transformación radical, una consecuencia de la deserción masiva, o de ambas.

Las innovaciones generan cambios duraderos en las rutinas y los hábitos. Eso implica la extinción de las viejas formas a medida que se adoptan unas nuevas. Interesa analizar cómo las prácticas masivamente populares pierden repentinamente su fuerza. Hay tres posibles explicaciones relevantes respecto al tema de la defección. La primera tiene que ver con el alcance y el carácter de las recompensas internas, es decir, la idea de que realizar bien una práctica, es en sí misma una recompensa inmediata e interna. Esta recompensa, a su vez, se acumula y genera secuencias de diversos logros exitosos, en los que un proyecto a menudo genera otro, basado en el estímulo.

Las prácticas, entonces, se mantienen cuando las recompensas son internas y frecuentes, y además permite la innovación por parte del practicante.

La segunda explicación tiene que ver con el anclaje simbólico o normativo, donde el primero es particularmente relevante cuando la práctica no está ligada al cumplimiento de mandatos de obligación. La tercera posibilidad de defección es cuando la práctica no está conectada o no depende de ninguna otra práctica; es decir, surge, existe brevemente y muere sola.

Los márgenes de una práctica, su capacidad para capturar, retener a los reclutas y evitar su desertión, dependen también de su posición en medio del conjunto de prácticas que forman lo cotidiano y que generan conjuntos enormes de prácticas, cada una de ellas, con trayectorias relativamente volátiles y relativamente estáticas.

Actualmente, son particularmente interesantes en el ámbito del diseño las prácticas sociales relacionadas con materialidades altamente tecnológicas y cambiantes. Los avances tecnológicos que se introducen en este tipo de objetos son abundantes y frecuentes; esto lleva a un aceleramiento en las dinámicas de cambio de la práctica y, por ende, también en sus patrones de reclutamiento y abandono, en la diversificación de las capacidades y en las relaciones que se establecen con otras prácticas cercanas.

3.2.6. Prácticas Interconectadas: Empaquetamientos y Complejos

Al igual que los elementos se unen para formar prácticas reconocibles, las prácticas se vinculan entre sí para formar paquetes y complejos: “Los paquetes son patrones de punto suelto basados en la ubicación conjunta y la coexistencia de prácticas. Los complejos representan combinaciones más pegajosas e integradas, algunas tan densas que constituyen nuevas entidades por derecho propio” (Shove et al., 2012, p. 81).

Como se mencionó previamente, no todas las formas de conexión entre prácticas resultan de la aparición de nuevas entidades híbridas. Algunas se habilitan y condicionan entre sí, afianzadas a expensas de otras prácticas que ya no son tan nuevas. Así, se puede concluir que las prácticas pueden encontrarse en tres estados: cuando existen sin integrarse, cuando existen y están provisionalmente unidas por vínculos de consistencia o codependencia y, finalmente, cuando no existen porque las conexiones no se sostienen más (ver Figura 7).

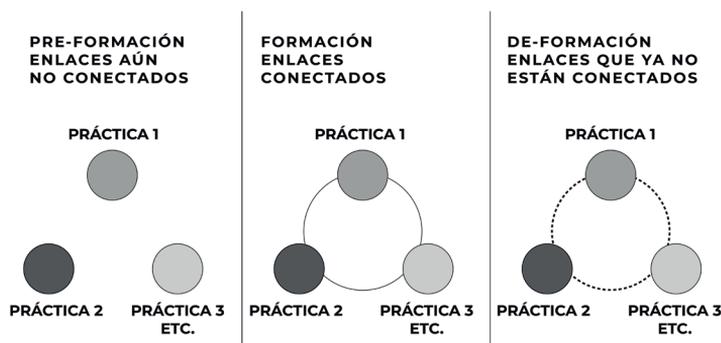


Figura 7: Pre-formación, formación y de-formación de las conexiones entre prácticas. **Fuente:** Shove et al. (2012, p. 83)

De acuerdo con Shove et al. (2012), las prácticas pueden juntarse entre sí a través de sus elementos constitutivos y se condicionan mutuamente de diferentes maneras y con variadas consecuencias; algunas interacciones resultan en una adaptación mutua, otras en destrucción, otras en sinergia o en transformación radical. Las relaciones temporales de secuencia y sincronización también son vitales.

Algunas prácticas se desarrollan de manera coordinada y requieren de una sincronización cuidadosa de muchas prácticas separadas. A medida que avanza el proceso de acoplamiento, las relaciones de codependencia se vuelven tangibles y reales; estas operaciones complejas permiten una secuenciación eficiente y efectiva entre múltiples prácticas y dependen de procesos ágiles y un rápido ajuste mutuo que permitan la adaptación sincronizada a medida que cambian las circunstancias en las que se desarrolla la práctica.

A veces es difícil distinguir entre los aspectos espaciales y temporales de la interpráctica. Algunas prácticas de la vida diaria se dan a través de múltiples registros de interacción, a menudo creándose secuencias superpuestas de ciclos a la vez; a veces coexisten, otras dependen. Los patrones resultantes de esta conexión están inextricablemente entrelazados:

Estas discusiones sobre los sitios y las configuraciones en las que las prácticas se configuran entre sí indica que los paquetes de las prácticas, por los cuales nos referimos a patrones de punto suelto como los basados en la ubicación conjunta, a veces se convierten en formas más pegajosas de dependencia compartida. Esto no siempre ocurre, hay muchos casos en que las prácticas coexisten sin molestar entre sí. Pero cuando las prácticas llegan a depender unas de otras (...) se constituyen en complejos, cuyas características emergentes no pueden reducirse a las prácticas individuales de las que están compuestas. (Shove et al., 2012, p. 87)

En esta misma línea, Kuijer (2014) explica que el comportamiento de los elementos de la práctica no es único ni homogéneo y que cada categoría de elemento se compone de una “constelación de agrupaciones de elementos” (p. 52). Esto implica que cada vez que se realice la práctica se utilizarán diferentes combinaciones de elementos interconectados y, por lo tanto, cada repetición puede adoptar diferentes formas. Estas ideas necesariamente llevan a pensar que existen elementos más centrales y otros más periféricos dentro de las posibles versiones de una misma práctica.

En el contexto antes descrito, Higginson et al (2014) explican que la vida cotidiana se compone de múltiples prácticas entrelazadas tanto porque están co-ubicados en el tiempo y el espacio, cuanto porque comparten elementos. Sin embargo, los límites entre las prácticas son difusos. En cualquier momento en particular (en la historia o durante un período como un día) unas variedades de prácticas estarán vinculadas por elementos compartidos en diferentes combinaciones.

Los complejos de prácticas se asemejan a las redes en términos de su estructura interna ya que sus elementos están interconectados y, además, se pueden compartir entre prácticas. Por ello se puede decir que los complejos de prácticas pueden llegar a convertirse en sistemas complejos.

Algunos aspectos importantes a analizar son: el porqué de las relaciones entre prácticas, por un lado, y cómo se crean y rompen estos complejos o empaquetamientos, por otro. Es decir, es importante la dinámica que se produce en la creación de circuitos de reproducción en las prácticas sociales.

El interés está en describir las formas de retroalimentación que permiten el ajuste mutuo de las prácticas. Giddens (1984) plantea algunos conceptos como circuito de reproducción, propiedades

estructurales y principios estructurales. Los circuitos de reproducción son bucles de retroalimentación entre los actores individuales, involucrados en el monitoreo del flujo continuo de actividad y las propiedades estructurales de los sistemas sociales. Estos, aunque se describen como circuitos, no aseguran la continuidad.

La idea de que las prácticas y los conjuntos de prácticas se sustentan y transforman de esta forma permite responder a preguntas tales como: ¿de qué manera se relaciona el desempeño de una práctica con la siguiente?, ¿qué tipo de monitoreo y retroalimentación ocurre?, ¿cuáles son las formas de referencias cruzadas y conocimientos interdependientes a través de los cuales las prácticas se configuran entre sí?

Los circuitos de reproducción evolucionan con consecuencias significativas para la textura y el ritmo de la vida cotidiana, así como para la manera en la que se forman dichos patrones (Knorr Cetina, 2005).

Shove et al., (2012) explican que las formas de monitoreo son importantes para la comprensión del desarrollo de la práctica a lo largo del tiempo, mientras que los tipos de referencias cruzadas son relevantes para entender las relaciones entre prácticas. En este sentido, los autores proponen cuatro situaciones a considerar: el monitoreo de las prácticas como performances, el monitoreo de las prácticas como entidades, las referencias cruzadas de las prácticas como performances y las referencias cruzadas de las prácticas como entidad.

A partir de lo antedicho, se puede afirmar la naturaleza dinámica de las prácticas sociales. Murcia et al. (2016), plantean que la creación es la característica central de las prácticas sociales, y las determinan como unidades complejas multidimensionales y polifónicas, que están en cambio permanente, en función de los cambios posibles de cada una de las fuerzas que las originan.

Estos cambios van generando un flujo que, como propone Castoriadis (1989), puede entenderse como un magma y como magma de magmas, lo cual no implica caos sino otros modos de organización de diversidades no susceptibles de ser reunidas en conjuntos regulares. De esta forma, se constituyen en “expresión multidimensional del ser humano, de la humanidad del humano” (Murcia et al., 2016, p. 272).

Finalmente, Schatzki (2001) argumenta que el posicionamiento de la TPS puede incluir a todos aquellos enfoques que analizan la práctica en sí, a un subdominio de la misma, o a aquellos que desde la mirada de la práctica enfocan la naturaleza y la transformación de un tema de estudio.

En el capítulo siguiente se profundiza en la relación que existe entre el objeto diseñado y la práctica social, se identifican las formas en las que se afectan mutuamente y, específicamente, se explica el rol de la materialidad diseñada en las prácticas.



**Los Objetos Diseñados
y las Prácticas Sociales**

Los Objetos Diseñados y las Prácticas Sociales

*Cuando las circunstancias cambian,
yo cambio de opinión. ¿Usted qué hace?*
John Maynard

A continuación, se presenta un modelo teórico que permite explicar de mejor manera la forma en que los objetos y las prácticas dialogan. El modelo busca el desarrollo de nuevas miradas y derroteros disciplinarios, propuestas nuevas capaces de responder de manera más eficiente en contextos —como los plantea Morín (2011)—, de policrisis (económica, sociocultural y ambiental), como el momento presente.

La propuesta busca constituirse en una nueva alternativa teórica que alimente a la teoría del diseño y, como consecuencia, a sus prácticas metodológicas, hacia un quehacer del diseño más sintonizado con los complejos requerimientos que tiene el mundo en la actualidad.

4.1. Componentes de la Práctica Social

Los seres humanos somos seres prácticos, nuestra cotidianidad está copada de rutinas hechas de acciones que configuran los modos de vida. Para Reckwitz (2002), una práctica social es un tipo de comportamiento y comprensión que aparece en diferentes lugares y en diferentes momentos, y es ejecutado por diferentes cuerpos y mentes. Schatzki (1996), por su parte, las define como despliegues temporal y espacialmente dispersos, de formas de hacer y decir. Son bloques o patrones de interdependencias entre diversos elementos, que incluyen actividades corporales, actividades mentales y objetos, además de su uso y conocimiento previo, a manera de comprensión: un saber hacer, tanto emociones como motivaciones.

Toda práctica social se compone por tres elementos: la materialidad, que incluye las cosas, objetos, herramientas e infraestructuras que están inmiscuidos, así como el cuerpo mismo del practicante. Otro de los elementos se conforma por las competencias o capacidades; estas se pueden describir como los contenidos cognitivos operacionales que permiten ejecutar la práctica. Son conoci-

mientos aprendidos y desarrollados con la finalidad de llevar a cabo las acciones y procesos que logran concretar los procesos prácticos; es el saber ejecutar una práctica, por tanto, el cómo usar el objeto inmiscuido en la práctica social. Finalmente, los sentidos; es decir, las emociones, motivaciones, imaginarios, sentimientos y significados transformados, que le dan lógica o razón de ser a una práctica social para el practicante. Esto se refiere a las interpretaciones simbólicas y sensibles que se hacen del objeto, y son inevitablemente relativas, situadas y emergentes (ver Figura 8).

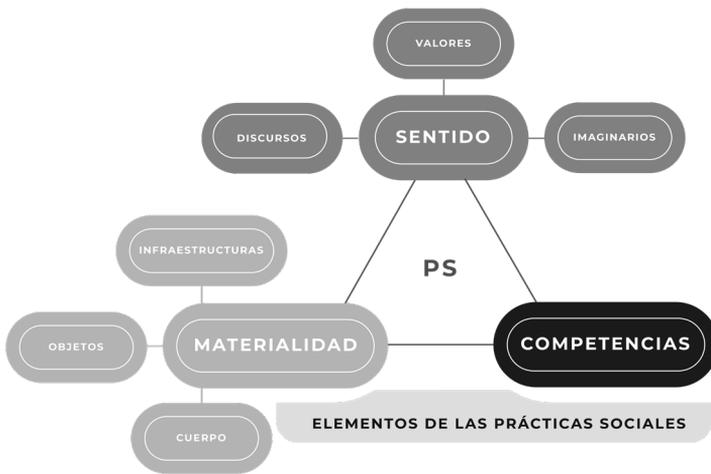


Figura 8: Elementos que constituyen la práctica social

Como se mencionó previamente, estos elementos se conectan por una serie de nexos que están en permanente configuración, lo cual hace de las prácticas sociales elementos dinámicos y, a la vez, situados en un contexto y espacio determinados. De esta forma se entiende que, así como sus vínculos, los elementos también están en permanente cambio y acoplamiento. Cada vez que uno de los elementos —competencias, sentidos o materialidad— cambia, todo el sistema se moviliza y se reconfigura para permanecer en el tiempo con ligeras modificaciones, o modificarse sustancialmente y convertirse en otra práctica, o desaparecer.

El diseño se entrecruza con la práctica social en muchos más niveles de los que se podría pensar en primera instancia. Podría ser fácil llegar a la conclusión de que el diseño se coloca justamente en

la materialidad de la práctica, pero la evidencia del estudio (caso teléfono), indica que esta sería una mirada simplista de la relación (ver Figura 9). El estudio del caso, efectivamente, indica que para cada dimensión del objeto diseñado corresponde una dimensión de la práctica social, tal como se explica más adelante, en los siguientes apartados. De allí que se puede afirmar que la teoría del objeto y la TPS dialogan de una manera recíproca y se enriquecen mutuamente, como se expone a continuación.

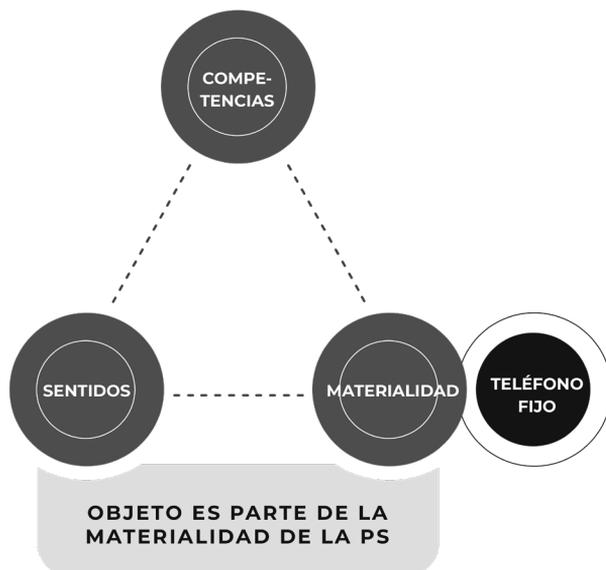


Figura 9: *El teléfono visto solo como parte de la materialidad de la práctica*

4.2. Dimensiones del Objeto Diseñado

En el capítulo 2 se abordaron las cuestiones teóricas del objeto diseñado. Si se abstrae la información que proporcionan los diversos autores allí revisados, se puede afirmar que todo objeto diseñado consta de tres dimensiones sustanciales: una dimensión estructural, una dimensión funcional y una dimensión significativa.

Moles (1975) explica que la complejidad funcional y la complejidad estructural del objeto permiten la existencia inevitable de la complejidad significativa. En esta misma línea, Margolin (2005) plantea que todo objeto posee una dimensión operativa constituida

por la presencia concreta del objeto y sus funcionalidades, a las que se suma una dimensión reflexiva, a la que se llega a través de la experiencia práctica, es decir, durante el uso del objeto. Por su parte, Sanín (2006) habla de que en el objeto confluyen tres dimensiones: una funcional, una estructural y una comunicativa (ver Figura 10). A estos tres autores se suman otros como Llovet (1981) y Sánchez (2005), con planteamientos similares.

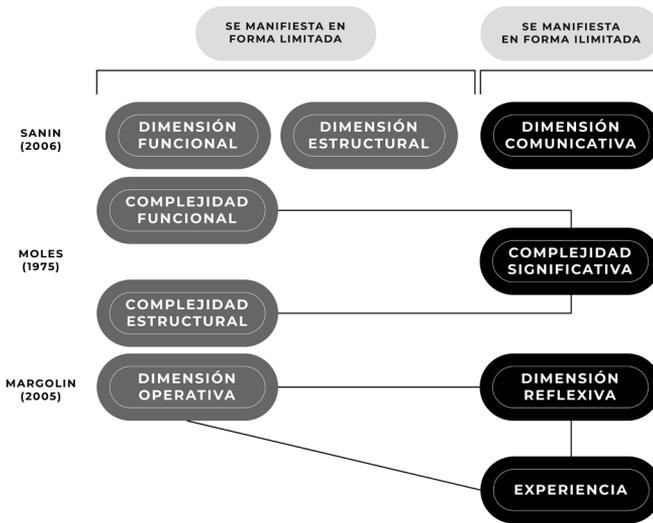


Figura 10: Dimensiones del objeto diseñado en varios autores

Es importante mencionar también que la dimensión funcional-operativa y la dimensión estructural-concreta, se manifiestan de forma limitada, es decir, una vez que el objeto es producido estas se estabilizan, al menos temporalmente. Mientras que la dimensión significativa (llamada también comunicativa o reflexiva, según el autor) se manifiesta en forma ilimitada, es decir, puede cambiar en función del usuario, el lugar, el momento, y el paso del tiempo; inclusive, recibe la influencia del espacio y de la red objetual circundantes (ver Figura 11).

A continuación, se describen cada una de las dimensiones y sus subdimensiones.

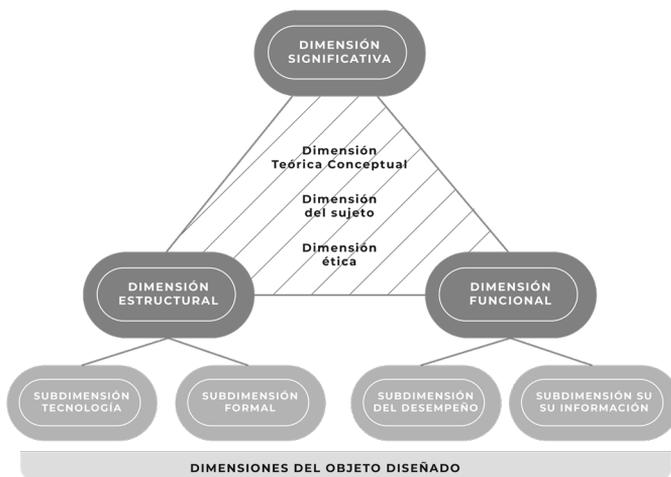


Figura 11: Dimensiones del objeto diseñado

4.2.1. Dimensión Estructural

La dimensión estructural contiene las estrategias a través de las cuales el objeto se configura por medio del trabajo morfológico, en consideración de la materialidad, la tecnología y la técnica que lo constituyen. Esta dimensión contiene en sí dos subdimensiones: la que contempla las particularidades técnicas y tecnológicas, y la que contempla las consideraciones formales (geometría).

La subdimensión tecnológica se refiere a los materiales que constituyen el objeto, así como a los procesos técnicos de elaboración y modificación de dichos materiales en el objeto producido. Para una comprensión mayor se puede mirar un caso puntual: en el teléfono, esta dimensión toma cada vez más importancia con el paso del tiempo; al transformarse de teléfono en celular, el apartado tecnológico se ha ido constituyendo en repositorio de una serie de innovaciones tecnológicas que actualizan el dispositivo a manera de saltos evolutivos en términos tecnológicos que le permiten transitar desde el teléfono fijo, inalámbrico, celulares G1, G2, G3 y G4.

Todos estos “momentos” se constituyen en saltos evolutivos propiciados por la inserción de tecnologías, que en su mayoría fueron disruptivas. Estas tecnologías, a su vez, determinaron cambios en la forma del objeto. A partir de esto es que se desprende que, en esta dimensión, no se pueda separar lo material estructural de lo formal expresivo. Esta lógica seguramente es aplicable a objetos

tecnológicos similares a los analizados en el caso; sin embargo, la mayoría de los objetos creados por el ser humano, se insertarían en esta lógica.

La subdimensión formal, a su vez, es la manera en que se concreta la materialidad del objeto. En el caso del teléfono vemos cómo este va cambiando a lo largo del tiempo, cómo se modifica la tecnología, y cómo esto impacta en sus funcionalidades y la forma. Así se aprecian cambios de tamaño, color, texturas, etc.

Ambas subdivisiones son correspondientes y se manifiestan como un todo. Sin embargo, en este planteamiento, se han separado, tanto por fines explicativos como para dar una mayor profundidad de análisis al modelo teórico.

4.2.2. Dimensión Funcional

Esta dimensión tiene que ver con las operaciones prácticas que el objeto está posibilitado para hacer. A su vez, en esta dimensión se manifiesta la subdimensión informativa y la subdimensión del desempeño. La subdimensión informativa se refiere a todos esos elementos que facilitan la legibilidad del objeto. En algunos diseños es más evidente que en otros; por ejemplo, en los objetos gráficos, tiene un rol más fuerte y por tanto es más fácil de identificar que en los objetos textiles o de diseño industrial. Pero todos los objetos tienen un nivel de información tal, que permite al usuario comprender al objeto y sus posibles usos.

Esta subdimensión informativa se refiere al potencial que tiene el objeto para cargar información ligada a su funcionamiento. Esta dimensión implica la posibilidad de leer al objeto en sus funciones y funcionamientos. Sin duda, en los celulares 4G, el uso es más intuitivo y el mismo dispositivo va estableciendo comunicaciones de retroalimentación con el usuario. Esta dimensión informativa debe ser más evidente a medida que el objeto cumple funciones más complejas. En el desarrollo del teléfono, se evidencia que el diseño genera, en cada generación, elementos que garantizan un uso más intuitivo y seguro.

La subdimensión del desempeño tiene que ver con todas las posibilidades operativas del objeto. Básicamente, esta incluye los posibles usos del objeto diseñado. Muchos de esos usos vienen asignados, a priori, por el diseñador. Sin embargo, es la práctica social la que determina el uso final, alineándose a lo propuesto por el diseñador o modificando el uso a través de la práctica.

En el caso del teléfono, se evidencia que a medida que se desarrolla el dispositivo a lo largo del tiempo, incluye cada vez más y mejores funcionalidades, desde el teléfono fijo, que únicamente servía para hacer llamadas y está ligado a esta única práctica, hasta el 4G, donde tenemos un dispositivo que conecta con una enorme variedad de prácticas, más allá del teléfono. Otro elemento interesante es que inicialmente las funcionalidades de los teléfonos estaban determinadas por el diseñador, mientras que en los 4G el diseñador establece una base funcional flexible, que permite al usuario, por medio del uso de aplicaciones, personalizarlo. Es decir, muchas de las funcionalidades ligadas a las prácticas son determinadas por el usuario, dentro de una gama cada vez más amplia.

Al igual que en el caso anterior, las dos subdimensiones en la práctica son indivisibles y, a estas, se suma una tercera dimensión constitutiva: la significativa.

4.2.3. Dimensión Significativa

El objeto contiene, además, una serie de elementos intangibles que tienen que ver con el nivel más connotativo del diseño. Esta dimensión está relacionada con los valores, estilos de vida, significaciones. Estos están contenidos en el objeto y, como se ve en capítulos previos, sufren transformaciones. Es así que el diseñador le asigna cierto tipo de significaciones que al pasar por el productor y el mercado pueden cambiar o no, en función de las dinámicas comerciales y publicitarias. Así, estos se constituyen en contenidos inestables, que se desplazan desde el diseñador hasta el usuario. Este tipo de información “especial” es aquella que se transforma, deviniendo en sentidos para el usuario durante el proceso de la práctica, es decir, a través del uso del objeto (ver Figura 12).

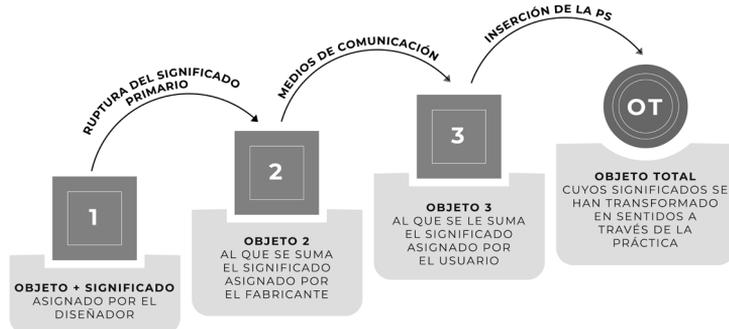


Figura 12: Modelo de las fases de la modificación del significado hacia el sentido en el objeto diseñado

Se puede decir que esta constante transformación del significado es espontánea y, en muchos niveles, incontrolable. Al llegar al usuario-practicante, insertarse eficientemente en la práctica social y adquirir un sentido, se puede hablar de una suerte de objeto total, es decir, un objeto que tiene un rol determinado, tangible e intangible, en la vida del sujeto. Es un objeto completo, con función y valoración.

Solo cuando un objeto inmerso en una práctica adquiere sentido, adquiere también una presencia real para el usuario y esto, a su vez, garantiza su permanencia, más aún si logra llegar a completar su ciclo adquiriendo lo que Baudrillard (1982) denomina lógica de valor simbólico.

4.2.4. Otras Dimensiones Transversales

A su vez, todo objeto lleva en sí inscriptas otras tres dimensiones, que son transversales y muy complejas de rastrear, pero que forman parte del objeto y determinan a las tres anteriores y sus subdimensiones: una dimensión teórica, una ética y una humana

4.2.4.1. Dimensión Teórico-Conceptual

Esta dimensión refiere al posicionamiento teórico desde el que se concibe al objeto. Es el punto de vista desde el cual el diseñador mira la problemática y la resuelve. Implica una serie de condicionamientos teóricos que el diseñador selecciona, analiza, combina, etc., con la finalidad de optimizar el abordaje problémico, en pos de llegar a una solución más eficiente.

En el diseño de un teléfono se involucra un equipo interdisciplinario de profesionales del diseño y de otras disciplinas, como ingenieros electrónicos, de sistemas, de materiales, etc. Cada uno aporta sus conocimientos y teorías para contribuir al encuentro de una solución eficiente. Esta dimensión es probablemente la más difícil de mapear, a menos que se pueda recoger el testimonio directo de todos y cada uno de los involucrados en el proceso. A esto, se suma que hoy en día este tipo de productos tienen procesos de conceptualización complejos e influenciados por factores económicos, tecnológicos, corporativos, etc.

Los dispositivos que se usan actualmente están basados en la propuesta que en algún momento Steve Jobs, como líder creativo de Apple Inc., propuso: un dispositivo que pueda manejarse con un solo dedo. La idea era dejar de usar el Stylus (pequeña pluma desarrollada

por Microsoft) y en cambio usar los dedos, así que el reto que Jobs lanzó a su equipo se resume en esta pregunta: “¿Creen que podrían tomar lo que tienen de ese prototipo de tableta y la tecnología de la *pantalla multitouch*, para adaptarlo en algo tan pequeño que quepa en sus bolsillos?” (Ávila, 2017; Byford, 2017).

Nociones como estas son las que dan lugar a conceptos de diseño, que luego van a desarrollarse sobre la base de un marco teórico propio de cada proyecto afrontado. Esta dimensión, entonces, es el espacio de la innovación en el proceso del diseño.

4.2.4.2. Dimensión Ética

Todo diseño tiene una dimensión ética, entendida como el límite de validez de un objeto en el contexto sociocultural. Esto quiere decir, el límite dentro del cual un objeto es validado por la comunidad como apropiado o correcto para ellos. Esta dimensión ética es considerada por el diseñador al momento de proyectar; sin embargo, es en la sociedad en la que el objeto se consagra como ético o no ético.

En el caso estudiado no se encuentran mayores riesgos éticos. Sin embargo, en el 4G ya los usuarios manifiestan su sensación de dependencia hacia el dispositivo y lo ven como un “mal necesario”. En este punto, habría que preguntarse si el teléfono, tal y como está inserto en lo cotidiano, sigue siendo —como lo fue históricamente—, un objeto ético.

4.2.4.3. Dimensión del Sujeto

En esta dimensión están contenidos los sujetos que se inmiscuyen en la vida del objeto, es decir, tanto el diseñador como el usuario. Todo objeto tiene rastros de estos dos. En un sentido metafísico, algo del alma del diseñador y del usuario van a quedar contenidas en el objeto.

Todas las dimensiones explicadas forman un todo, a manera de amalgama, en el objeto. Para fines de investigación, estas se pueden rastrear —algunas más fácilmente que otras—, pero para fines prácticos, el objeto es un cuerpo único que contiene todas estas particulares formas de manifestarse. Esta multidimensionalidad, a su vez, determina las numerosas posibilidades de abordaje del producto del diseño para fines de reflexión, proyección, teorización e investigación.

4.3. Intersecciones Entre Objetos Diseñados y Prácticas Sociales

En el momento de la práctica, el objeto se activa para cumplir con su razón de ser y dialoga, desde sus múltiples dimensiones, con los elementos que constituyen a la práctica social. De esta forma, se puede decir que la materialidad de la práctica social (se recuerda aquí que esta incluye al cuerpo humano) se intercepta con la dimensión estructural del objeto. Esta relación se da a través de las experiencias encarnadas (sensaciones y percepciones corporales), y a estas se suma la ergonomía, como forma de conectar de manera vívida entre objeto y cuerpo.

Por su parte, las competencias de la práctica social se interceptan con la dimensión funcional a través de la usabilidad, entendida como la posibilidad de establecer una comunicación clara y fluida entre practicante y objeto. Esto significa que el practicante entienda claramente al objeto y sus funciones relativas y potenciales. Se podría decir que esta usabilidad se define a manera de interfaz, como un plano en donde el usuario puede comprender cómo usar el objeto.

Finalmente, los sentidos se interceptan con la dimensión significativa del objeto a través de la interpretación, la emoción y finalmente la identificación. Como explica Frolov (1984), solo a través de la práctica social los significados llegan a estar en consonancia con la esencia de las cosas y los hechos reales. El significado tiene un carácter más permanente y determinado —ya que viene asignado por el diseñador, el comerciante, el mercado—, mientras que el sentido es más abstracto y está en constante cambio. El sentido es aquello que dicen los agentes, la exégesis que sobre los símbolos hacen los propios usuarios. A través de la práctica social, el significado deviene en sentido (ver Figura 13)

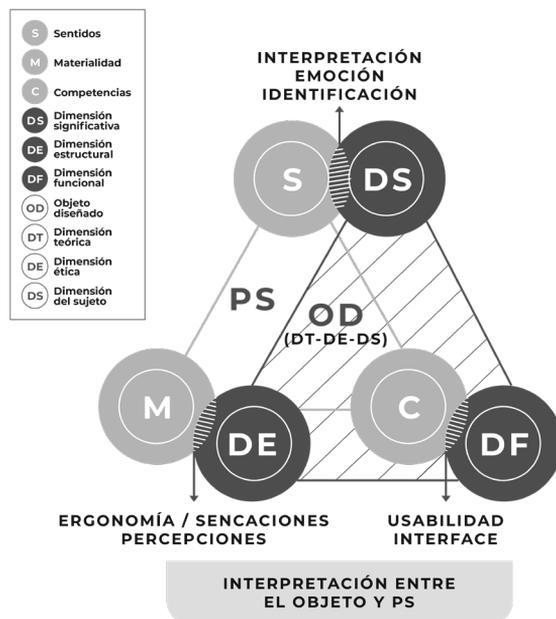


Figura 13: Relaciones e interdependencias entre objeto diseñado y práctica social

De esta manera, se puede notar cómo objeto diseñado y prácticas sociales tienen una relación dependiente y dinámica. En estas relaciones, el cambio es una constante. Con cada modificación de uno de los elementos, sea de la práctica social como del objeto, toda la relación se modifica y los viejos vínculos se rompen para crear unos nuevos. Hay desplazamientos hacia nuevas materialidades, o sentidos, o desarrollo de nuevas competencias. Sin embargo, también hay en los objetos desplazamientos hacia otras estructuras, otras funcionalidades y otros significados.

Estas modificaciones son, entonces, de tipo sistémico. Poder comprender las dinámicas que las rigen es una forma integral y necesaria para pensar y repensar el diseño, para proyectar y rediseñar objetos. Desde esta mirada, se puede concebir finalmente al objeto desde las funciones que cumple en las prácticas cotidianas y, por tanto, desde sus verdaderas utilidades, complejidades y responsabilidades, en un mundo que requiere de objetos que aporten soluciones reales para los individuos y comunidades, en el marco del bien común, la naturaleza y la inclusión.

Cuando se habla de objetos tecnológicos, como en este caso, se podría decir que mientras más complejo es el objeto —en cuanto a sus posibles operaciones—, puede conectar con una mayor variedad de prácticas. No es igual la cantidad de variantes de uso que se le pueden dar a un clip o una pinza de ropa, que las que se pueden generar ante un celular 4G. A pesar de ello, existen interesantes ejemplos de productos optimizados, como el mondadientes, que puede usarse de las maneras más variadas (para bocaditos, manualidades, etcétera). La práctica social es aquella que determinará, en última instancia, las funcionalidades del objeto.

4.4. Red Objetual y Complejos de Prácticas

Se debe considerar que tanto el objeto diseñado, como las prácticas sociales, están inmersos en una red objetual (en el primer caso) y en un complejo de prácticas sociales (en el segundo). Es decir, no viven aislados.

El objeto diseñado, como producto del proceso del diseño, está inmerso en una serie de relaciones interobjetuales. Baudrillard (1969, 1982) habla de estas relaciones en su planteo teórico sobre los sistemas que establecen los objetos con otros objetos, con el ser humano y con el espacio. Estas relaciones interobjetuales son dinámicas y cambiantes.

Margolin (2005), también explora esta noción. El autor llama a esta red como entorno de los productos, y la define como la suma de productos que forman parte de lo cotidiano. Este entorno es fluido, vasto y difuso. Cada producto que lo compone tiene su propia historia y una duración distinta, debido a las transformaciones que se dan en el medio y a los ritmos variables que pueden darse. Esta red de relaciones se entiende como un sistema vivo, donde partes y relaciones son igual de relevantes, y donde el conjunto es lo importante, ya que en él hay una continua búsqueda del equilibrio. Esta red está sujeta, permanentemente, a agentes de disrupción, que la alteran para luego volver a equilibrarse, a través de la asimilación o no del agente.

En esa línea, Lotman (1996), refiriéndose a los signos, habla de la *semiósfera*. En este planteo, el autor explica que los signos están estructurados en organizaciones semióticas de distintos tipos y funcionan solo como parte de un *continuum* semiótico: a este *continuum* lo llama semiósfera. Si se entiende a los objetos diseñados desde su dimensión connotativa e intangible, la idea de la semiósfera posibilita pensar al mundo de los objetos como a un organismo vivo, capaz de regenerarse, modificarse y llegar, incluso, a generar nuevos objeto-signos.

Se entiende entonces al objeto como un signo inmerso en un sistema complejo de signos que sobreviven, se relacionan, permanecen y se propagan, en un contexto que los determina. En ese sentido, se podría hablar de la existencia de una objetósfera. La objetósfera es, entonces, un conjunto de objetos interconectados e interrelacionados a través de distintas prácticas sociales que, a su vez, están interconectadas e interrelacionadas. La objetósfera tiene límites, ya que no todos los objetos diseñados están interrelacionados. Sin embargo, la frontera que conforma esta suerte de ecosistema objetual es permeable y, además, está situada, es decir, depende de un contexto y un momento histórico.

Por ejemplo, en el caso del teléfono, esas relaciones cambian considerablemente. En el teléfono fijo, las relaciones interobjetuales se producían especialmente con relación al mobiliario doméstico, la mesita para colocar el teléfono, la agenda, el bolígrafo, el tapete. Con la llegada del inalámbrico, esta red se rompe, ya que el dispositivo no los requiere para funcionar. Los celulares 1G al 3G establecen otras redes, especialmente con objetos que complementan al dispositivo, como carcasas, colgantes, estuches, etc. El 4G establece una red propia y profunda de relaciones objetuales a la que se suma la conectividad a internet, creando así una red de objetos sincronizados, como el computador, el celular, la tableta, el reloj inteligente, etc. En esta secuencia, se puede ver cómo el momento tecnológico impacta en los cambios de configuración de la red objetual.

Asimismo, también las prácticas se ponen en contacto con otras prácticas. Algunas se desarrollan en paralelo o en secuencia —pero aisladamente—, en las que el único vínculo es el tiempo. Otras están inmersas en complejos de prácticas que comparten algunos de sus elementos constitutivos, como las capacidades, los sentidos o la materialidad. En el teléfono se puede ver claramente cómo el teléfono nace como una práctica aislada y, a medida que el objeto cambia, se va poniendo en contacto con otras prácticas: escuchar música, tomar fotografías, hacer vídeos, chatear, navegar en internet, jugar, etc., hasta que el 4G llega a formar complejos de prácticas vinculadas por más elementos del objeto y de la misma práctica.

Se establece así una red de objetos y prácticas interconectados. En ciertas circunstancias, esta red se ve afectada por agentes disruptivos y, como ya se mencionó antes, estos agentes pueden manifestarse de distintas formas, por ejemplo, cuando al teléfono se le agrega una función operativa, por ejemplo, cuando el teléfono fijo pasa a ser inalámbrico y reconfigura enormemente la práctica al permitir el desplazamiento por el espacio.

Estas modificaciones de la red también pueden darse en el momento en que se inserta un nuevo objeto en la objetósfera. El diseño siempre está desarrollando innovaciones y no solo al respecto de rediseños, sino en diseños nuevos que proponen objetos novedosos. Estos objetos nuevos, necesariamente se tienen que insertar en una red de objetos y prácticas para poder sobrevivir al tiempo. Este es el caso de la posibilidad de conectar el celular al reloj inteligente (una suerte de abreviatura del teléfono, que se usa a manera de reloj).

Finalmente, cuando hay innovación en la práctica social, es decir, un practicante propone una innovación en la práctica —coloquialmente, “otra forma de hacer las cosas” —, la misma va a afectar los sentidos, capacidades o materialidades. Por ejemplo, cuando una comunidad de ciclistas comparte la misma aplicación de recorrido en sus dispositivos celulares y se monitorean unos a otros respecto de sus actividades ciclísticas, se proponen retos y nuevas experiencias a través de este medio. Así, el celular se convierte en un espacio de confluencia comunitaria, que permite articular lo social.

Cada vez que se presenta un agente disruptivo, el sistema entero se reacomoda y objeto y práctica se modifican. Estos procesos son permanentes y continuos, unos más fuertes que otros y, por tanto, factibles de ser mapeados; otros, que son más cotidianos, sutiles e individuales, pueden ser más complejos de abordar.

El apareamiento de agentes de disrupción, como se puede notar, puede ser diverso, pero por lo general responde a cambios contextuales que presionan sobre los sistemas y generan estas emergencias.

4.5. Objetos y Prácticas en el Contexto

Todo objeto diseñado, así como toda práctica social, nacen insertos en una realidad contextual (ver Figura 14). Esta realidad se encuentra contenida en el objeto y, de igual forma, en la práctica social. Es así como ambos están sometidos a sus fuerzas y cambios. Pueden encontrarse los condicionamientos contextuales de tipo cultural, social, natural, económico, geográfico, etc.

En el caso del teléfono y sus prácticas asociadas, tanto el contexto contemporáneo como la creciente necesidad de conectarse, la globalización y la velocidad en términos productivos, hizo necesaria la consolidación de mejores medios de comunicación. El teléfono es uno de ellos y se ha desarrollado en el seno de los cambios contextuales, incorporando tecnologías y funciones nuevas, para así acoplarse

al momento. Es así que el teléfono es testimonio de la aceleración de las comunicaciones, de la intensificación de la interconectividad, de la simultaneidad y la ubicuidad de las prácticas comunicacionales.

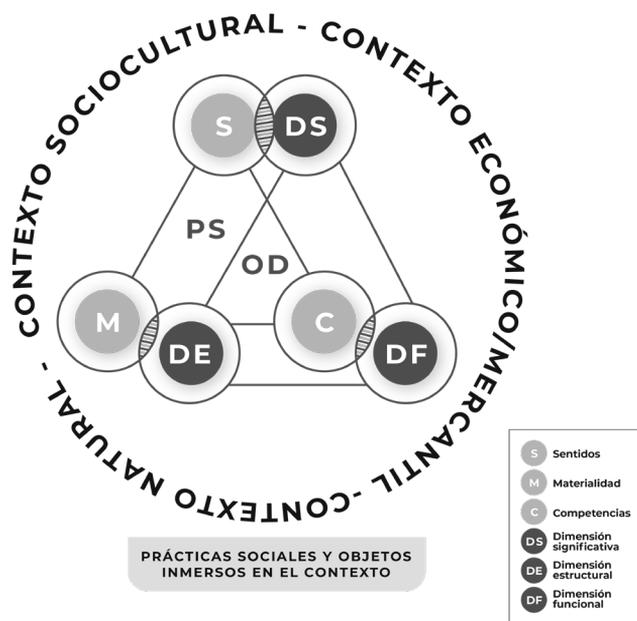


Figura 14: Las prácticas sociales y los objetos en ella inmiscuidos están circunscritos al contexto

A continuación, se explican brevemente algunos de los contextos más relevantes.

4.5.1. Contexto Económico-Productivo

Aquí el objeto tiene la posibilidad de ser valorado en tanto bien económico, con costos y precios. En ese sentido, el objeto se inserta en el mercado a manera de mercancía y entra a formar parte de las dinámicas de la libre oferta y demanda. En muchos casos, el proceso proyectual está muy influenciado por los condicionantes del mercado, así como por los discursos publicitarios que son parte de todo proceso mercantil. La mayor parte de los temas de obsolescencia programada y percibida vienen dados por las condiciones del mercado y sus requerimientos de dinamización del consumo.

Es indudable el potencial del teléfono como elemento económico y de desarrollo. Toda una industria nació, se desarrolló y creció a lo largo de la vida de este dispositivo. Así, el teléfono hoy en día, junto con sus sistemas de interconexión, mueve enormes capitales a nivel mundial. Asimismo, los individuos contemporáneos consideran el gasto en dispositivos e interconexión como servicio básico y, por tanto, como gasto corriente, cotidiano, necesario e irrenunciable.

4.5.2. Contexto sociocultural

El objeto también tiene funciones sociales y culturales, que se concretan a través del tiempo y de la práctica social. Esta conexión objeto-sociedad-cultura, tiene que ver con el impacto que el objeto tiene en un determinado grupo y sus formas de vida, en cómo se inserta en la cotidianidad y en la manera en la que las prácticas sociales se modifican o desaparecen.

Esta es una relación importante, ya que determina el tiempo de vida de un objeto en el seno de una comunidad más o menos extendida. En muchos sentidos, en esta dimensión se pondrá en juego la capacidad que cada objeto tiene para desarrollar su valor simbólico, aquel del que habla Baudrillard (1982). Este lo define como la lógica de valor —que tiene que ver con la ambivalencia—, aquella que —de ocurrir—, se coloca sobre las lógicas de cambio, uso y signo, para darle un sentido más profundo al objeto, generando a su vez arraigo. Esta posibilidad, según el autor, es aquella que permitiría la ruptura de las lógicas del sistema capitalista, sistema que hoy está en crisis.

Si se piensa en el teléfono, está clara la fuerte vinculación con lo sociocultural. Probablemente, es uno de los productos de diseño que más impacto han tenido en lo social en el siglo XX y XXI. De ello también se deduce que, a su vez, se constituye en cultura material y testimonio del desarrollo de lo tecnológico y lo humano en conjunto.

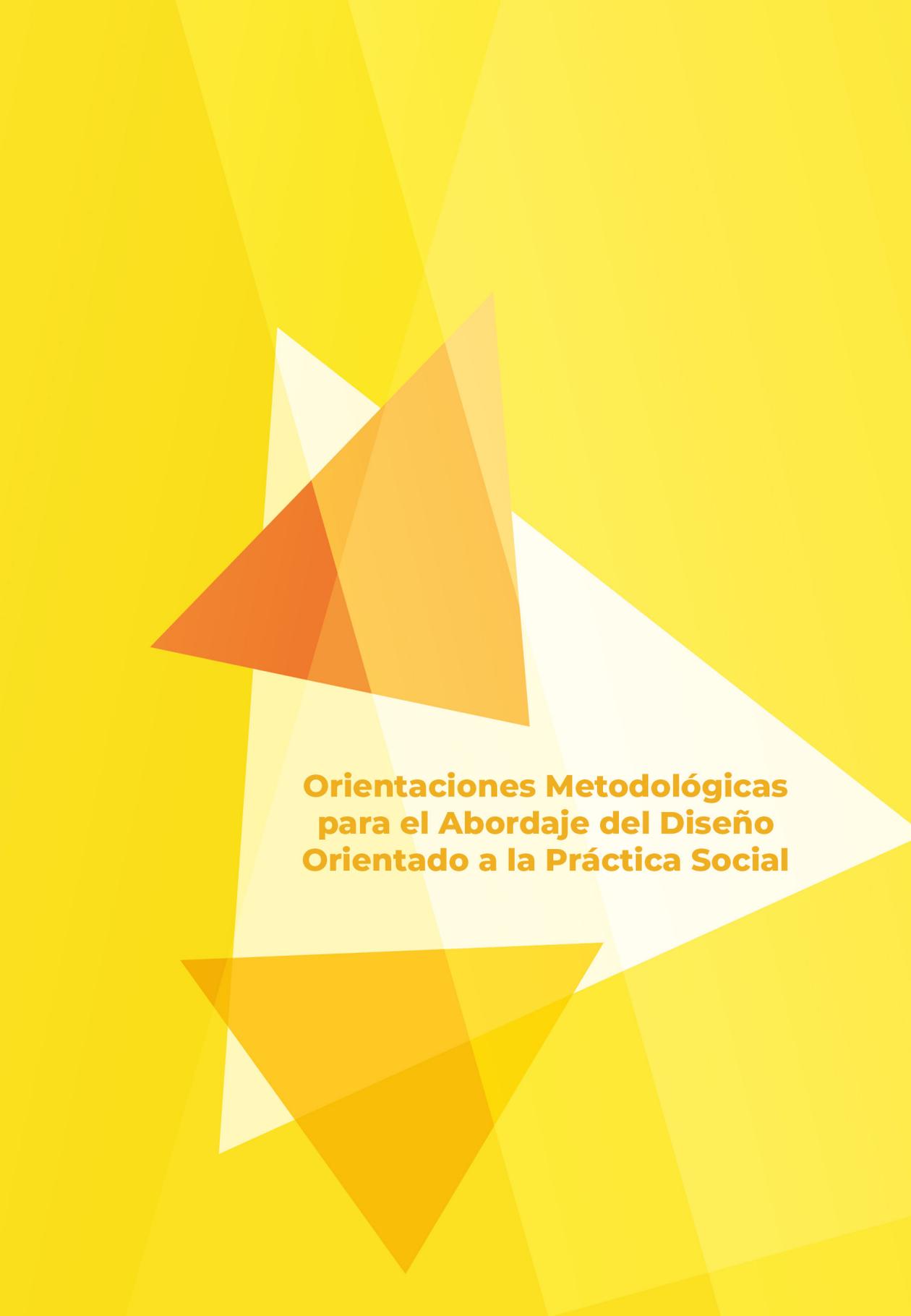
El teléfono celular, hoy en día, como se puede apreciar en este estudio, entrecruza la realidad, lo cotidiano. Aparece como un accesorio ineludible e indiscutible de la vida diaria. De allí que se puede apreciar, en este tipo de estudios, cómo el diseño es parte fundamental de lo cotidiano en el mundo contemporáneo y, a su vez, cómo lo cotidiano exige cada vez más al diseño como disciplina, desde distintos ámbitos, como innovación, ética, sustentabilidad y mercado, pero también desde humanidad, respeto y empatía.

4.5.3. Contexto Ambiental

Este tiene que ver con el entorno natural en el que se va a generar, producir e insertar el objeto durante su ciclo de vida, desde la proyectación hasta su descarte. El contexto ambiental ha sido muy discutido y poco considerado al hacer diseño. Hace unos pocos años aparece el discurso del ecodiseño, como una forma de abordar técnicamente las problemáticas referidas al impacto ambiental que produce el objeto diseñado.

Como se puede apreciar, el modelo recoge el diálogo que a nivel teórico se da entre la teoría del objeto y la de la práctica social. El presente planteo, busca ser la base de nuevas reflexiones teóricas sobre el diseño o de nuevos recorridos metodológicos para el proceso proyectual.

Se sugiere que en el momento de proyectar se evalúen todas estas dimensiones, desde la comprensión de que los objetos son tan multidimensionales como las prácticas que los albergan, y tienen un impacto significativo en sus dinámicas. De allí que, el análisis profundo de estas interconexiones, permite diversificar las forma de pensar al diseño como disciplina y como producto, y de allí pensar a la metodología de diseño. Mínimamente se constituye en una invitación a repensar la disciplina, por no decir que podría permitir el nacer de objetos más sintonizados a las urgentes y críticas realidades contextuales contemporáneas.



**Orientaciones Metodológicas
para el Abordaje del Diseño
Orientado a la Práctica Social**

Orientaciones Metodológicas para el Abordaje del Diseño Orientado a la Práctica Social

Hay algo que da esplendor a cuanto existe, y es la ilusión de encontrar algo a la vuelta de la esquina.
Gilbert Keith Chesterton

Para poder orientar el diseño a las prácticas, es importante empezar analizando cada una de las relaciones descritas en el modelo teórico explicado en el capítulo previo. Esta propuesta permite abordar la complejidad de la problemática, así como explorar el mapa de relaciones que se generan entre el objeto diseñado y la práctica en la cual este se encuentra inmerso.

Para ello, los criterios metodológicos que se describen a continuación, pueden servir de guía para orientar las investigaciones que abordan problemáticas del proyecto de diseño, sobre el diseño como disciplina, sobre productos de diseño y para la investigación orientada a la generación o rediseño de producto cuando posicionamos el foco en las prácticas.

5.1. Las Investigaciones en Diseño Orientadas a las Prácticas Sociales

Para abordar la investigación orientada a las prácticas sociales, Schmidt (2017) plantea que los enfoques metodológicos escolásticos clásicos no son los más pertinentes. Afirma este autor que, muchas de las veces, estos no consideran ni reflejan las peculiaridades empíricas, sociales e institucionales, ni los posicionamientos teóricos de base. Además, tienden a universalizar criterios prácticos que vienen más de la experiencia del investigador o académico, que de las prácticas realizadas por los sujetos estudiados. A esto se suma que, a menudo, los enfoques positivistas terminan convirtiendo a los practicantes en descriptores de la práctica; se pierde así la posi-

bilidad del análisis de la práctica misma en la que están inmiscuidos. Otro factor que propone considerar, es que los métodos escolásticos tienden a una generalización en la que se corre el riesgo de realizar construcciones teóricas sobre la aplicación de métodos unitarios, que pueden dar cuenta solo de una realidad parcial.

Por otro lado, Littig y Leitner (2017) sostienen que, perspectivas como las conductistas, tampoco reconocen que las personas son, sobre todo, las portadoras de prácticas (moverse, comer, ducharse, etc.), que aprenden y reproducen repetidamente día a día con sus acciones. Asimismo, afirman que esas perspectivas fallan en reconocer que las prácticas cotidianas están integradas en infraestructuras sociomateriales, que se llevan a cabo de manera rutinaria por organismos competentes y teleoafectivos.

Por otra parte, para Schmidt (2017),

los enfoques praxeológicos ponen en el centro del escenario las relaciones entre las prácticas de investigación y teorización y prácticas que se investigan y se estudian. Los enfoques característicos para el abordaje de cuestiones de teoría social que utilizan ese giro metodológico apuntan a relacionar teoría y razonamiento empírico de forma novedosa y reflexiva. (p. 4)

Schmidt (2017) sostiene que toda práctica está cargada de contenidos teóricos y toda teoría está fundamentada en situaciones prácticas, de tal manera que la observación de las prácticas es una forma de reflexionar teóricamente. De allí la necesidad de superar, en este caso, la división entre la investigación empírica sin teoría y la teoría escolástica sin investigación. El enfoque metodológico orientado a las prácticas sociales “abre nuevas posibilidades de ofrecer explicaciones. Permite una sensibilidad analítica para captar conceptos prácticos ocultos en el mundo de lo cotidiano” (p. 7). Asimismo, afirma que las prácticas sociales cotidianas —en su curso de acción—, indican y muestran a sus miembros, se exhiben públicamente como observables y reportables, son fenómenos sociales inteligibles, en tanto identificables por su configuración material y simbólica, estructura y equipos, así como por los actos de habla distintivos, actuaciones tácitas, movimientos corporales, gestos y posturas.

De igual manera, Schmidt (2017) considera que la mayoría de las prácticas, especialmente las que están inmiscuidas en este proyecto, ocurren como un comportamiento público y observable, orientado y dirigido hacia la percepción social de otros. Con este fin, emplean signos lingüísticos y visuales procesados por cuerpos, es decir, expresiones faciales, miradas, gestos, posturas y vestimenta. Además, se incluyen los artefactos y materiales portadores de prác-

ticas —por ejemplo, herramientas, arquitectura y locales—, que al mismo tiempo contribuyen físicamente a las prácticas y transmiten significados simbólicos. Todos estos aspectos técnicos, materiales, corporales y simbólicos, están inextricablemente ligados.

De tal manera que todos los procesos dirigidos a desenredar estos anudamientos de elementos requieren métodos empíricos adecuados, que puedan abordar y explicar la vida social de las prácticas. En ese sentido, métodos combinados, como la entrevista y la observación, pueden ser claves en el momento de comprender la dinámica de las prácticas. De todas formas, igual de importante será el trazado de esquemas, mapas y estructuras relacionales, que permitan dar cuenta de complejo entramado de relaciones que se construyen entre todos los componentes de la práctica. Para ello, diversos autores sugieren privilegiar el abordaje amplio de cada uno de los elementos de la práctica, antes que la profundización en uno o pocos de ellos, ya que la práctica se comprende en la totalidad de las dinámicas más que en la explicación detallada de los elementos por separado.

Es así que Littig y Leitner (2017) sostienen que, para el abordaje de las prácticas sociales, es conveniente utilizar métodos que puedan atribuirse al espectro del paradigma de la investigación cualitativa. Entre estos se cuentan: entrevistas abiertas o semiestructuradas, observaciones etnográficas participativas, estudios de caso y métodos heurísticos. En algunos casos, también son recomendables las combinaciones de tales métodos cualitativos, lo cual favorece el proceso de triangulación. En otras, inclusive, se recomienda la combinación de métodos cualitativos y cuantitativos:

La investigación orientada a la práctica implica no solo el estudio de las prácticas en el objeto de investigación respectivo, sino también una reflexión sobre las prácticas de investigación, desde el diseño de investigación, el proceso de generación de datos y el análisis de datos hasta el reporte de hallazgos. (Littig y Leitner, 2017, p. 170)

De allí la importancia de la selección apropiada del enfoque metodológico y de los métodos que se van a usar, ya que se debe garantizar que, a través de ellos, se aborde la complejidad del objeto de estudio. A la vez, la selección debe ser congruente con el posicionamiento epistemológico y teórico conceptual en el que se plantea el proyecto.

El enfoque cualitativo de investigación, permite abordar con mayor flexibilidad las diferentes dimensiones de las prácticas sociales:

Dentro de las ciencias sociales los estudios se pueden conducir con diseños estructurados o con diseños flexibles, elección que no está necesariamente vinculada al estilo de indagación cuantitativo o cualitativo adoptado. También hay estudios o programas que, por su magnitud y relevancia, parten de interrogantes complejos que ameritan una aproximación que combine estilos y diseños. (Mendizabal, 2006, p. 66)

Un diseño de investigación flexible permite ir acoplado adecuadamente los métodos, procesos y análisis, de tal forma que, a medida que va surgiendo la información, se puede complementar el estudio de ser necesario:

El concepto de flexibilidad alude a la posibilidad de advertir durante el proceso de investigación situaciones nuevas e inesperadas vinculadas con el tema de estudio, que puedan implicar cambios en las preguntas de investigación y los propósitos; a la viabilidad de adoptar técnicas novedosas de recolección de datos; y a la factibilidad de elaborar conceptualmente los datos en forma original durante el proceso de investigación. Este proceso se desarrolla en forma circular; opuesto, por lo tanto, al derrotero lineal unidireccional expuesto anteriormente. Por lo tanto, la idea de flexibilidad abarca tanto al diseño en la propuesta escrita, como al diseño en el proceso de la investigación. (Mendizabal, 2006, p. 67)

La pertinencia del enfoque de Mendizabal (2006) radica en sus características propias, las que permiten una investigación principalmente emergente e inductiva, más que configurada. En ella, los datos producidos son descriptivos y ricos, abarca los testimonios de los entrevistados y su conducta observable, capta reflexivamente los significados de las acciones. Esto se produce a través de la utilización de una multiplicidad de métodos, de forma tal que facilite un enfoque holístico y la triangulación de datos.

El propósito de toda investigación centrada en la TPS es el de facilitar la emergencia de evidencia empírica sobre la práctica y los practicantes, pero también debería ser la reflexión teórica. Esta propuesta metodológica permite recabar datos orientados a la construcción de estructuras relacionales que, a su vez, permitan una teorización final. Se propone, entonces, un círculo reflexivo que parte y culmina en la teoría; un círculo que permita enriquecer el discurso teórico sobre el diseño.

Para ello, en palabras de Mendizabal (2006), se requiere:

sensibilidad teórica o imaginación sociológica, se desarrolla o se aumenta al pensar de modo no habitual: estimulando el proceso inductivo, haciendo preguntas a los datos —qué, quién, cómo, dónde, por qué, cuándo—, pensando en situaciones antagónicas o contrarias a las analizadas, incorporando las diversas perspectivas de pensamiento, de modo tal que la mente sea como un prisma en movimiento que capte e irradie luz. Con este ejercicio el investigador adquiere más densidad en su análisis y luego podrá confrontar estas nuevas ideas con los datos que analiza. También se requieren habilidades sociales: ser astutos en la observación, capacidad para interactuar, y además tener coraje y suerte. (p. 81)

En conclusión, propiciando los enfoques antes descriptos, se sugiere que para el abordaje de la investigación orientada a la TPS se procure un proceso cualitativo o cualicuantitativo, de estructura flexible y siempre multimetodológica. Las técnicas como el estudio de casos, la entrevista, el análisis de contenidos, y el análisis morfosemántico de objetos pueden resultar sumamente útiles, pero a estos se pueden sumar otros como el análisis de contenidos, el análisis de discursos, la teoría fundamentada, etc.

Por otro lado, la construcción de las muestras y los corpus de análisis dependerán directamente de la naturaleza de los métodos seleccionados. En este mismo sentido, el análisis de resultados dependerá de la tipología de la evidencia empírica recabada en cada método y técnica.

Estos resultados, posteriormente, deberán ser triangulados. Este proceso de triangulación también admite instancias creativas y diversas que pueden incluir la construcción de líneas de tiempo, diagramas de flujo, esquemas, mapas conceptuales, matrices de comparación, entre otros. Todos ellos deberían orientarse a la construcción de estructuras relacionales derivadas de la triangulación de métodos.

Para los datos cuantitativos se sugiere el uso de estadística multivariada, ya que permite un análisis más integral de los datos. La estadística multivariada es una filosofía y método de procesamiento de datos derivado de la química, que permite procesar grandes cantidades de datos en forma integral y conjunta. Actualmente, reúne los métodos de modelado de clasificación y regresión, análisis de similitud, análisis de componentes principales y los diversos métodos conectados a él, los sistemas expertos y métodos de inteligencia artificial, estrategias basadas en redes neuronales, métodos de diseño experimental y optimización.

Según Todeschini (1995), la estadística multivariada puede proveer herramientas interesantes al momento de abordar problemas complejos. Estos están caracterizados por la presencia de muchas variables potenciales importantes en la descripción del sistema, a saber, conocimiento no previo de la relevancia de las variables involucradas, presencia de ruido experimental, información espuria, correlaciones azarosas y presencia de correlación sistemática entre algunas de las variables consideradas. También puede encontrarse la presencia de efectos sinérgicos y antagónicos, presencia de efectos de no linealidad entre descriptores y respuesta, aparición de efectos holísticos y macropropiedad del sistema, o imposibilidad de muestreo o experimentación adecuada.

En los casos anteriores, los sistemas tradicionales de procesamiento de datos no logran abordar la complejidad del fenómeno analizado; de igual manera, el análisis cualitativo, muchas de las veces, no permite vislumbrar fácilmente comportamientos grupales o las tendencias correlaciones entre variables.

El proceso de triangulación debe ser integral y permitir encontrar cruces entre la información cualitativa y la cuantitativa. De allí, a través del proceso de inferencia, se teorizan los resultados.

El estudio de casos puede resultar particularmente útil para la observación de las prácticas sociales, así como para la investigación de los productos de diseño. A continuación, se profundiza en este enfoque.

Cuando lo que se busca es plantear estrategias de investigación que permitan evidenciar las relaciones que se establecen entre el quehacer del diseño y las prácticas sociales, el estudio de casos es una alternativa eficiente.

Simons (2011) explica que el método del estudio de casos encuentra sus antecedentes en disciplinas como la sociología, la antropología, la historia, la medicina, el derecho y la psicología. En todas estas disciplinas se han desarrollado procedimientos para determinar la validez del estudio de caso para sus respectivos propósitos.

Diferentes autores como Neiman y Quaranta (2006), Stake (1999) y Yin (2009), entre otros, se refieren a este como un método, una estrategia, un enfoque. El estudio de casos tiene una intención de investigación y un propósito metodológico; en este método, el caso de estudio puede ser una persona, un aula, una institución, un programa, una política o un sistema:

El estudio de casos puede ser de índole cualitativa o cuantitativa, en el primer caso, valora las múltiples perspectivas de los interesados, la observación en circunstancias que se producen de forma natural, y la interpretación en contexto, lo que se intenta es comprender las formas en que los participantes construyen sus mundos y cómo nosotros y ellos los interpretamos. (Simons, 2011, p. 22)

Se subraya la naturaleza cualitativa de la experiencia, incluso en casos donde se combina con métodos cuantitativos o se realiza a partir de fuentes secundarias o con una mezcla de métodos. En general, el estudio de casos es un proceso de indagación sistemática y crítica del fenómeno que se haya escogido y, por supuesto, de generación de conocimientos. Es así que, en los estudios de casos, los tratamientos de las diferentes fuentes de datos se apoyan fuertemente en el razonamiento heurístico.

Neiman y Quaranta (2006) distinguen estudios de caso único o múltiples, y holísticos o *embedded*; estos últimos se caracterizan por la complejidad de las unidades de análisis, mismas que incluyen subunidades.

El fondo cualitativo del enfoque permite, por un lado, estudiar la experiencia y la complejidad del fenómeno interpretado en los contextos en los que se produce. Por otro lado, permite documentar múltiples perspectivas, analizar puntos de vista opuestos, las influencias que los actores ejercen y sus mutuas interacciones, de tal manera que permite explicar cómo y por qué ocurren las cosas.

El estudio de casos es empático y no intervencionista; no estorba la actividad cotidiana del caso, no examina, sino que busca conseguir la información por medio de la observación discreta y la revisión de lo recogido:

Tratamos de comprender cómo ven las cosas los actores, las personas estudiadas. Y, por último, es probable que las interpretaciones del investigador reciban mayor consideración que las de las personas estudiadas, sin embargo, el investigador cualitativo de casos intenta preservar las realidades múltiples, las visiones diferentes e incluso contradictorias de lo que sucede. (Stake, 1999, p. 23)

Respecto a la pertinencia del método para este proyecto, Yin (2009) explica que los estudios de casos son las estrategias ideales cuando las preguntas son cómo y por qué; especialmente, cuando el investigador tiene poco control sobre los eventos y el estudio se

enfoca en un fenómeno contemporáneo, en el contexto de la vida real. Esto se debe a que puede servir para perseguir una explicación, además de la exploración y la descripción. Es decir, el objetivo del analista es el de plantear explicaciones que, desde el grupo de eventos, se puedan aplicar a otras situaciones. En este sentido el método es apropiado para el estudio ya que se busca describir una práctica contemporánea que se ha ido complejizando con el paso del tiempo, y, profundizar en cómo el diseño influye en esta práctica:

De un estudio de casos se espera que abarque la complejidad de un caso particular. Una hoja determinada, incluso un sólo palillo, tienen una complejidad única —pero difícilmente nos preocuparán lo suficiente para que los convirtamos en objeto de estudio—. Estudiamos un caso cuando tiene un interés muy especial en sí mismo. Buscamos el detalle de la interacción con sus contextos. El estudio de casos es el estudio de la particularidad y de la complejidad de un caso singular, para llegar a comprender su actividad en circunstancias importantes. (Stake, 1999, p. 11)

Al ser una técnica explicativa, el estudio de casos se prefiere en el examen de los eventos contemporáneos, cuando las conductas pertinentes no pueden manipularse. Según Yin (2009), el método tiene la fortaleza de tratar con una variedad de datos y fuentes (los documentos, artefactos, entrevistas y observaciones); esto hace que las estrategias usadas para el análisis puedan superponerse para, a su vez, describir fenómenos complejos como son las prácticas sociales. Recalca así la pertinencia del método, cuando los límites entre el fenómeno y contexto no son claramente evidentes, porque el estudio del caso no es ni una colección de datos ni una mera característica de diseño, exclusivamente, sino una estrategia de investigación comprensiva.

Neiman y Quaranta (2006) explican que “a partir de la comparación de un número limitado de casos seleccionados en función del propósito de la investigación, se replican los hallazgos y resultados de la misma” (p. 225). De esta manera, pueden ser particularmente útiles en la aplicación de una teoría establecida o su puesta a prueba, así como para la creación de conceptos y la profundización del desarrollo de una nueva teoría.

Una de las críticas mayores a este enfoque es la pretensión de trazar generalizaciones con base en pocos casos observados. Sin embargo, el autor argumenta —frente a este cuestionamiento— que muchos experimentos manejan muestras similares sin perder su fiabilidad y, por tanto, el alcance debería ser suficiente si se analizan casos múltiples.

Yin (2009) explica que los cinco componentes determinantes de un estudio de casos consisten en una pregunta de estudio, sus proposiciones —si las hubiera—; sus unidades de análisis; la lógica que une los datos a las proposiciones, y el criterio de interpretación de los resultados.

Otro factor determinante e imprescindible es la construcción de una teoría preliminar relacionada al tema de estudio, ya que esa construcción teórica será la que determine la conducta de cualquier recolección de datos. Esta teoría, según Yin (2009), debe constituirse en una suerte de cianotipo, suficiente para su estudio, así como incluir proposiciones teóricas que proporcionen una guía para la toma de decisiones metodológicas.

Stake (1999) sostiene que el diseño de toda investigación requiere una organización conceptual y puentes conceptuales —que arranquen de lo que ya se conoce—, así como estructuras cognitivas que guíen la recolección de datos, y esquemas para presentar las interpretaciones a las que se llega. Es decir, todo el proceso implica un ejercicio de creación de estructuras relacionales orientadas a la exploración de un caso que, por sus cualidades, permite comprender las posibles relaciones entre el diseño y las prácticas sociales.

En el caso de los estudios orientados a las prácticas sociales, resulta también importante aclarar si la investigación va a tener una mirada diacrónica, sincrónica o ambas, y a través del diseño de investigación se deberán identificar los momentos y temas claves a explorar respecto al caso y estos se van aclarando en la medida en que se realice una buena indagación exploratoria previa al diseño de la investigación.

Vale la pena mencionar que existen diferentes técnicas de investigación propias del diseño que también pueden incorporarse en este enfoque como la construcción de Persona *Design*, Mapas de actores, Recorridos de usuario, entre muchos otros (Ver Tabla 1).

Dimensión a explorar	Temas posibles	Temas posibles
Sentido, Dimensión significativa e intersecciones	Sentidos, discursos, imaginarios, recompensas, valores, estilos de vida, significados asignados por el diseñador y el mercado, valores	Entrevistas, mapas, grupos focales, panel, experimento social, mapa de actores y escenarios, mapa de empatía, etnografía, meta análisis, análisis semiótico, análisis de discurso, análisis de contenidos.
Competencias, Dimensión funcional e intersecciones	Funciones generales y específicas, consideraciones de uso, interactividad. Contenido, mensajes, instrucciones, narrativa. Estrategias, roles, etapas de aprendizaje, empaquetamientos, reclutamiento, reproducción, defección, redes y comunidades, meta análisis.	Análisis funcional, análisis se homólogos, viaje de usuario. Entrevistas, observación.
Materialidad, Dimensión estructural e intersecciones	Sustratos de impresión, pantalla, tecnología/técnica, software, materialidad, escala y tipo de producción, formato, cromática, jerarquías, sistema, composición, elementos de la forma, relaciones formales, espacio, red objetual, cuerpo	Análisis de contenidos, análisis morfológico, análisis ergonómico, línea de tiempo, entrevistas, grupos focales, observación, etnografía, meta análisis.
Aspectos más generales	Complejos de prácticas, análisis de usuario/público, teorías, conceptos/inspiración, consideraciones éticas,	Persona design, Inv. Secundaria, historiografía, entrevistas, meta análisis.

Tabla 1: Posibles técnicas de investigación aplicables al análisis de cada elemento de la PS y del diseño para la construcción de investigaciones multimetodológicas

5.2. Sobre el Traslado de la TPS al Proyecto de Diseño

El proyecto de diseño es un proceso ordenado y multidireccional, creativo y propositivo. Suele incluir una sucesión de etapas que permiten el desarrollo de productos de manera eficiente: diagnóstico o problematización, programación, ideación, bocetación y concreción. A estas fases del proyecto se suma el control que es transversal a todas.

Frías (2019) propone una ampliación a las fases del *Design Thinking* - inspiración, ideación, implementación- y sugiere una metodología más desglosada conformada por siete fases: aproximarse, cuestionar, enmarcar el problema, proponer, construir, comunicar informar.

Todo proyecto de diseño inicia con la fase de problematización. En esta se exploran las problemáticas centrales que se abordarán, los temas a resolver, las necesidades a satisfacer. Cuando el proyecto se orienta a las prácticas, el foco debería concentrarse en la construcción diagnóstica de estructuras relacionales que permitan

mapear la complejidad de la problemática que se enfrenta, sus componentes, pero también las interrelaciones que se dan entre esos componentes. A esto se suma el análisis contextual.

Las problemáticas contemporáneas, así como la orientación hacia la TPS, requieren abordajes abarcativos y amplios en los que se puedan diagnosticar situaciones complejas y sistémicas. Para ello, se requiere profundizar en el análisis de cada uno de los elementos del modelo teórico propuesto y sus componentes.

En este proceso diagnóstico son importantes los enfoques multimetodológicos, el pensamiento atómico, el pensamiento relacional y no dogmático que permita una actitud abierta al descubrimiento de las dimensiones, procesos, factores, dinámicas que describe el problema y también las posibles soluciones creativas, funcionales, estéticas e inclusive políticas, que permitan su abordaje.

Una vez esclarecido el juego de relaciones que se establecen y articulan entre los elementos de las prácticas de los productos en cuestión, se puede mirar claramente cómo el diseño y sus dimensiones dialogan con los componentes de la práctica. El modelo teórico antes descrito permite al diseñador visualizar con claridad dichas relaciones y posibles planteos proyectuales, teóricos y metodológicos.

De esta manera, se puede evidenciar que este enfoque hacia las prácticas puede ser de particular utilidad en tres momentos del proceso proyectual: la fase diagnóstica, para la comprensión de la problemática; la fase de programación, ya que permite establecer con mayor precisión las condicionantes de proyecto, sus límites y condiciones; y, finalmente, la fase de control por que puede, en base al análisis inicial de la práctica, poner a prueba al producto diseñado a la luz de las prácticas descritas y buscadas.

Finalmente, cabe mencionar que no se ve pertinente en este tipo de enfoque generar una guía o mera de recetario de pasos a seguir, debido a que la complejidad y sistematicidad tanto de las problemáticas humanas, como las de diseño, requieren abordajes puntuales en cada proyecto donde la construcción, reconstrucción y combinatoria de métodos, serán la clave.



Reflexiones Finales

Reflexiones Finales

Siguiendo las ideas de Schmidt (2017) y Littig y Leitner (2017), se puede afirmar que toda práctica está cargada de contenidos teóricos y toda teoría está fundamentada en situaciones prácticas; la observación de las prácticas ligadas a objetos diseñados permite llegar a la reflexión teórica, así como la reflexión sobre las prácticas de investigación y el diseño. Además, permite la construcción de estructuras relacionales y matrices de comparación que potencian la inferencia y teorización de resultados, así como la optimización en los productos proyectados.

Se puede afirmar, además, que el rol del objeto diseñado en la práctica social es mucho mayor del que se podría pensar inicialmente, y no afecta a uno o varios elementos de la práctica, sino a todos en simultáneo, ya que el mismo objeto es portador de unas dimensiones que se entrecruzan integralmente con los elementos de la práctica. El rol es complejo, integral y abarcativo. Complejo, porque implica el establecimiento de una serie de relaciones entre la estructura del objeto y la de la práctica social; estas relaciones son cambiantes e interactivas. Integral, porque cada parte del objeto conecta con una parte de la práctica social; sus dimensiones más visibles conectan con la materialidad y las capacidades, mientras que sus dimensiones más invisibles conectan con el sentido y las competencias. Por último, es abarcativo porque cuando objeto y práctica social se ponen en común, se corresponden y se intermodifican.

El diseño y las prácticas sociales se ponen en juego, establecen una estructura relacional compleja, multidimensional y dinámica que viven en un proceso de sucesivos acoplamientos a los cambios de las partes —objeto diseñado y práctica social— y del contexto.

A cada elemento de la práctica social le corresponde uno del objeto. En su encuentro, se activan procesos que dinamizan tanto a la práctica social como al objeto y sus dimensiones, con particular énfasis en el significado, el sentido y las capacidades. Esto se debe a que son ámbitos menos estables y menos controlables, sea por parte del diseñador o por parte del practicante.

La relación que el diseño establece con la práctica social en el tiempo y el espacio y los cambios y transformaciones que se dan en esta puesta en común, es posible dar cuenta de la configuración disciplinar del diseño en torno a su relación con el contexto y del usuario, así como a sus implicaciones en la vida cotidiana.

Como se explicó antes, la práctica social es un comportamiento rutinizado conformado por materialidad, competencias y sentidos; lo cotidiano está conformado por complejos de prácticas enlazadas que con sus modificaciones internas también modifican lo social y cultural.

Actualmente, los consumidores prefieren intervenir en el proceso de configuración de los productos que consumen, los consumidores son cada vez más críticos y buscan satisfacer sus necesidades con eficiencia. El diseño, junto con otras disciplinas como el marketing y la publicidad, la comunicación masiva, entre otras, se constituye en uno de los motores de consumo. Hasta ahora, se podría decir, se ha volcado a satisfacer requerimientos del mercado, y en numerosas ocasiones no ha ido más allá de rellenar lo cotidiano con productos que se actualizan cada vez más rápidamente, a veces sin una justificación de peso, y que se convierten en una avalancha de objetos que entran y salen rápidamente de la vida del usuario.

Parecería que el diseño tiene una deuda con la sociedad, en el sentido de que con frecuencia se ha visto abocado a realizar productos que, en muchos casos, no sirven para el crecimiento social, la disminución de la desigualdad o de la pobreza, y que poco enriquecen al consumidor como ser humano.

Desde una perspectiva que va más allá de lo mercantil, se aprecia que el diseño modifica lo cotidiano y, en este sentido, tiene la posibilidad de sostener o no prácticas de vida. Es menester que el diseño busque nuevas formas de abordar la relación objeto-sujeto-contexto, de tal manera que su accionar sea positivo y sirva para construir una sociedad más equitativa.

En esta misma línea de ideas, se puede afirmar que la TPS puede calificarse como una nueva forma de mirar lo social. Diseño y contexto están ligados, así como lo están la forma con el significado, por ello los enfoques de la TPS pueden ser usados para analizar el contexto de acción del objeto diseñado, de tal forma que el proyectista vislumbre los posibles impactos que genera en lo inmaterial de cada práctica frente al cambio que se da en lo material. Esto implicaría una nueva forma de mirar a lo cotidiano, a las prácticas, al objeto y de allí también, a la disciplina como expresión de las transformaciones del mundo y del ser humano, de sus imaginarios instituidos, las creencias, convicciones y motivaciones de un colectivo o persona.

Así, mirar al diseño desde la TPS permite entender el entramado de relaciones que se establecen entre individuo y objeto, entre el diseño, el consumo y lo social. Es así que en este trabajo la aten-

ción se centra en explorar cómo calza la historia del teléfono en esta dinámica de interacción, las relaciones que se establecen entre el diseño de este objeto -con todas sus dimensiones y características- y sus prácticas asociadas, se mapea cómo estas últimas se modifican cuando hay rupturas en el sistema de relaciones.

De esta forma se logra entender la vida del objeto en la vida cotidiana, se mapean las continuidades y discontinuidades, nuevas configuraciones y reconfiguraciones tanto en la práctica como en el diseño. Se logra visibilizar el impacto que el diseño tiene no solo en la configuración de lo material de las prácticas sino también en la creación, modificación y desaparición de competencias y sentidos. Esto posibilita mirar a la disciplina, sus procesos y protagonistas, como parte de la complejidad de las prácticas y lo social.

El diseño, como actividad proyectual, ejecuta acciones en y con el contexto, para dar soluciones a problemáticas concretas. El diseño, como disciplina, es complejo y social y, además, plantea un diálogo constante con otras disciplinas, tanto como con el contexto. En este sentido la disciplina está obligada a realizar, como propone Mazzeo (2017), una revisión de los modos de hacer para que pueda redefinirse y mantenerse vigente, lo cual no implica el abandono de sus fundamentos teóricos, sino repensarlos a la luz de nuevas condiciones, o como en este caso nuevas teorías.

Si se considera que lo cotidiano está formado por prácticas desarrolladas en un lapso de tiempo, y esta cotidianidad a su vez estructura prácticas que se comparten, entonces la práctica es la relación social del individuo con el mundo. En esta relación las prácticas toman significatividad y lo cotidiano se torna cultura. De esta manera, los objetos diseñados, desde su nacer, propician el surgimiento de una práctica que, a lo largo de su historia, se va modificando y establece relaciones con otras prácticas. A través de esto va permitiendo la consolidación de nuevas cotidianidades.

Tal como propone Heidegger (1971), la práctica es una suerte de fenómeno discursivo que discute el lenguaje en el contexto de la comprensión y la instrumentalidad. A través de los signos y las prácticas discursivas se comprende el mundo y se está en el mundo. Esto implica que los discursos y sentidos ligados a este dispositivo también van a determinar formas de estar en el mundo.

Asimismo, la práctica se corporaliza; de alguna manera determina al cuerpo y es determinada por él. Bourdieu (2007) afirma que lo que se aprende por el cuerpo es algo que uno es. En este sentido, considerando las estrechas relaciones que establece el practicante con los objetos.

En la misma línea de ideas, se puede afirmar que lo que se usa con y en el cuerpo es lo que la persona es y, por tanto, el objeto está configurando a la persona desde la práctica, a través de su cuerpo. La práctica genera historia encarnada y permite la producción libre de pensamientos, percepciones y acciones y, al mismo tiempo, delimita lo que es concebible o aceptable y mantiene a la gente en su lugar, sin importar cuán desesperados estén en estos lugares. Así, como plantea Nicolini (2012), este proceso “da la impresión de que el mundo ‘no podría ser de otra manera’, y que las desigualdades son una cuestión de curso, o una ocurrencia natural, o una divinidad” (p. 58).

Por otro lado, la materialidad es parte fundamental de la práctica social y la capacidad del diseñador de acoplar las innovaciones a los cambios contextuales, a los requerimientos sociales y a las expectativas del usuario, determina a lo largo de la historia una materialidad cada vez más eficiente.

En lo que respecta a posibles transferencias y líneas de investigación derivadas de este enfoque, se puede afirmar que en general este tipo de estudios, que profundizan sobre las cuestiones del objeto diseñado, son un aporte al estado del arte y, por ende, al marco teórico de la disciplina. Desde la mirada de la TPS y el modelo teórico propuesto, se puede abordar al objeto desde las funciones que cumple en las prácticas cotidianas, sus verdaderas utilidades, complejidades y responsabilidades, para desde allí aportar soluciones reales que contribuyan al bien común, la naturaleza y la inclusión.

El modelo teórico propuesto tiene potencial para fortalecer otras vertientes del diseño, como el diseño centrado en el usuario y el diseño experiencial. Ambos enfoques pueden aprovechar las reflexiones derivadas de este estudio para optimizar su metodología o enfoque de estudio y su planteo proyectual, debido a que las prácticas con sus componentes y las recompensas internas derivadas pueden ser cruciales en la experiencia del usuario, ya que todo usuario es practicante y *carrier*.

Otro enfoque de diseño que podría beneficiarse de este modelo es el del diseño social, ya que en este el análisis de la problemática es de crucial importancia y el enfoque de la TPS es complejo, sistémico y abarcativo, por tanto, permitiría un diagnóstico integral de los factores de las prácticas o situaciones que requieren ser abordadas.

Los estudios de temas de diseño cruzados con la TPS también pueden resultar eficientes para recabar información sobre otras dimensiones de la relación diseño-objeto, como temas generacionales, de género, clase social, etc.

La TPS demuestra su validez, también, para la realización de investigaciones sobre productos que fracasan en el mercado o que no se insertan eficientemente en una práctica determinada y que se convierten en desperdicios de recursos financieros, naturales y profesionales. Así como en estudios que exploren sobre cómo la gente adquiere y organiza la suma de los productos con los que vive.

En este tipo de enfoque se pone en valor al diseño como parte fundamental de lo cotidiano y cómo lo cotidiano exige cada vez más al diseño como disciplina, desde distintos ámbitos, como la innovación, la ética, la sustentabilidad y el mercado, pero también desde la humanidad, el respeto y la empatía.

En cuanto a las aperturas que derivan de esta propuesta, el enfoque hacia las prácticas se puede usar en investigaciones o proyectos que exploren sobre el diseño y la calidad de la experiencia humana, la relación que se da entre los productos y la forma en que las personas construyen sus ideales de felicidad, que exploren la incorporación de temas de salud en la generación de objetos, o sobre el impacto que el diseño causa en el cuerpo; así, las relaciones entre el diseño, sus productos y la salud pública.

Otra aplicación potencial podría ser en estudios o proyectos que traten problemáticas relacionadas con el rol del diseño en la percepción general del tiempo, el espacio y la libertad; así como problemáticas enfocadas en los cambios en los modos de vida. Especialmente estudios que aborden la problemática del objeto diseñado y la percepción del tiempo como, por ejemplo, los videojuegos y su impacto profundo y transformador.

Con este enfoque también se puede profundizar en el mapeo de protoprácticas y exprácticas con la finalidad de comprender de qué manera los cambios disruptivos, ya sea en la forma, la función o la tecnología, afectan a las prácticas, para lo cual se requeriría mapear abundantes casos de diseño en búsqueda de un modelo o patrón de comportamiento.

Otra área de indagación posible está en la exploración de los modos en que las prácticas diferentes dialogan a través de un mismo objeto, y de qué manera se presentan los flujos de información, sentido y competencias, que se generan en los momentos en que se entrecruzan las materialidades de distintos objetos incorporados en una práctica.

De la misma forma el enfoque permite la exploración de temáticas referidas a las potencialidades del diseño para modificar prácticas vinculadas a aspectos relevantes en el contexto contemporáneo, como la sostenibilidad, las crisis culturales y económicas, la pobreza.

Como se puede apreciar, desde el enfoque de la TPS se puede dar luz sobre aspectos poco explorados del diseño que se requieren para la construcción de una teoría del objeto diseñado en la contemporaneidad, pero también para la construcción de otras metodologías proyectuales que permitan la emergencia de productos más sintonizados a los tiempos y problemas actuales. Es una responsabilidad ineludible de la disciplina el autoevaluarse acerca de si lo que el diseño produce, tanto en productos materiales como teóricos, responde a la situación contextual y considerar la profundidad de los cambios que el diseño puede conllevar en las formas de vida.

Lo que la oruga llama el fin, el resto del mundo lo llama mariposa.
Lao Tzu



Referencias

Referencias

- Acaso, M. (2009). *El lenguaje visual*. Paidós.
- Alexander, C. (1986). *Ensayo sobre la síntesis de la forma* (Vol. 5). Ediciones Infinito.
- Alzarea, B., y Patil, S. (2015). Mobile Phone Head and Neck Pain Syndrome: Proposal of a New Entity. *Ohdm*, 14(5), 313-317.
- Angus, A. (2020). *How Is COVID-19 Affecting The Top 10 Global Consumer Trends 2020 ?* <https://www.euromonitor.com/the-impact-of-coronavirus-on-top-10-global-consumer-trends-2020/report>
- Angus, A., y Westbrook, G. (2018). Top 10 Global Consumer Trends for 2018. *Euromonitor International*, 61(2), 29-76. http://go.euromonitor.com/white-paper-economies-consumers-2018-global-consumer-trends-EN.html?utm_campaign=CT_WP_18_01_16_Top10GCT2018EN&utm_medium=Blog&utm_source=Blog&utm_content=&utm_term=#download-link
- Angus, A., y Westbrook, G. (2019). *Top 10 Global Consumer Trends 2019*. http://go.euromonitor.com/rs/805-KOK-719/images/wpGCT2019-v0.5.pdf?mkt_tok=eyJpIjoiWkdaaFpESmpNbUZrWm-pReCIsInQiOiJ1QWdTTEM2UjlWNGREVTNpS2N-ZRDk5RFM1UE5qK1A1NlFuYnl5K1UrQ1RDeVZvR-mw0bW9iQko1NEJocXR0Y1pJck05SWRcL3hyQlFFb-jVQVEFXVVI3ak9ZVjV0RjMzdEFFNWxFMHkrUW1r
- Angus, A., y Westbrook, G. (2023). *Las 10 tendencias globales de consumo en 2023*. https://go.euromonitor.com/white-paper-EC-2023-Top-10-Global-Consumer-Trends-SP.html?utm_source=press_release&utm_medium=PR&utm_campaign=CT_23_01_17_WP-Top+10+GCT+2023+SP
- Ariztía, T. (2017). La teoría de las prácticas sociales: particularidades, posibilidades y límites. *Cinta de Moebio*, (59), 221-234. <https://doi.org/10.4067/S0717-554X2017000200221>

- Aspilaga, A. (2014). *Mapeo de las industrias creativas en Chile. Caracterización y dimensionamiento*. Publicaciones Cultura.
- Augé, M. (2000). El diseño y el antropólogo. *Revista Experimenta*, 32, 90-94.
- Ávila, A. (2017). *Ésta fue la inspiración de Steve Jobs para crear el primer iPhone*. Recuperado el 27 de octubre, 2020, de <https://www.unocero.com/smartphones/esta-fue-la-inspiracion-steve-jobs-crear-primer-iphone/>
- Barnes, B. (2005). Practice as collective action. *In The practice turn in contemporary theory* (pp. 25-36). Routledge.
- Baudrillard, J. (1969). *Sistema de los objetos*. Siglo XXI.
- Baudrillard, J. (1982). *Critica De La Economia Politica Del Signo*. Siglo XXI. <http://ebookbit.com/book?k=Critica+De+La+Economia+Politica+Del+Signo&isbn=9789682307027&lang=es&source=firebaseapp.com#pdf>
- Becher, T. (2001). *Tribus y territorios académicos: la indagación intelectual y las culturas de las disciplinas*. Gedisa.
- Bechky, B. A. (2003). Sharing meaning across occupational communities: The transformation of understanding on a production floor. *Organization science*, 14(3), 312-330.
- Bourdieu, P. (1990a). *La lógica de las prácticas*. Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (1990b). *Sociología y cultura*. Grijalbo.
- Bourdieu, P. (2007). *El Sentido Práctico*. Siglo XXI.
- Bruner, J.S. (1995). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Alianza.
- Byford, S. (2017). *Scott Forstall breaks silence to talk about the iPhone's creation*. Recuperado el 27 de octubre, 2020, de <https://www.theverge.com/2017/6/21/15844286/scott-forstall-interview-apple-iphone-steve-jobs>

- Callan, M., & Latour, B. (1992). Don't Throw the Baby Out with the Bath School! A Reply to Collins and Yearley. *En Science as practice and culture*. 12, 343-368. University of Chicago Press.
- Castoriadis, C., & Vicens, A. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad* (Vol. 1). Tusquets.
- Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets.
- Costilla, M. (2010). The Anthropology of Meaning. *Tópicos Del Seminario*, (23), 291-329. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1665-12002010000100009&lng=es&nrm=iso&tlng=en
- Ledesma, M. (2013). Cartografía del Diseño Social. Aproximaciones conceptuales. *Anales del IAA*, 43(1), 97-106. Consultado el (09/11/2021) en <http://www.iaa.fadu.uba.ar/ojs/index.php/anales/article/view/107/95>
- Doberti, Roberto (1977). La Morfología: un nivel de síntesis comprensiva. *Sumarios* (9/10), 2-11.
- Fardella, C., & Carvajal Muñoz, F. (2018). Los estudios sociales de la práctica y la práctica como unidad de estudio. *Psicoperspectivas*, 17(1), 91-102.
- Feixa, C. (2006). *De jóvenes, bandas y tribus*. Ed. Ariel.
- Fernández, M. (2009). Bourdieu, Giddens, Habermas: reflexiones sobre el discurso y la producción de sentido en la teoría social. *Cuadernos de H Ideas*, 3(3). <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/1390>
- Fortunati, L., y Magnanelli, A. M. (2002). El teléfono móvil de los jóvenes. *Estudios de Juventud*, 57(2), 59-78.
- Foucault, M. (1997). *La arqueología del saber*. Siglo XXI.
- Frolov, I. (1984). *Diccionario de filosofía*. Recuperado el 30 de agosto, 2019, de <http://www.filosofia.org/urss/ddf1984.htm>
- García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectado*. Gedisa.

- Gherardi, S., y Nicolini, D. (2004). *Apprendimento e conoscenza nelle organizzazioni*. Carocci.
- Giddens, A. (1990). El estructuralismo, el post-estructuralismo y la producción de la cultura. En A. Giddens y J. Turner (Eds.), *La Teoría Social Hoy*. Alianza.
- Giddens, A. (1976). *New Rules of Sociological Method. A Positive Critique of Interpretative Sociologies*. Macmillan.
- Giddens, A. (1984). *The Constitution of Society Outline of the Theory of Structuration*. University of California Press. http://www.communicationcache.com/uploads/1/0/8/8/10887248/the_constitution_of_society.pdf
- Giddens, A. (2007). Comments on the Theory of Structuration. *Journal for the Theory of Social Behaviour*. <https://doi.org/10.1111/j.1468-5914.1983.tb00463.x>
- Giordano, D. (2018). *Cuestiones del Diseño. Equilibrio inestable sobre campos imprecisos*. Diseño.
- Heidegger, M. (1971). *El Ser y El Tiempo*. Fondo de Cultura Económica.
- Heskett, J. (2005). *El diseño en la vida cotidiana*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Higginson, S., Mckenna, E., Thomson, M., y Road, A. (2014). Can practice make perfect (models)? Incorporating Social Practice Theory into Quantitative Energy Demand Models. *BEHAVE2014 – Behavior and Energy Efficiency Conference*, (April 2015), 0–17. <https://hdl.handle.net/2134/15975>
- Jiménez, L. M. (2001). El pensamiento de diseño. Pensar el diseño. En *Antología de diseño 1* (p. 97). Designio.
- Juez, F. M. (2002). *Contribuciones para una antropología del diseño*. Gedisa.
- Knorr Cetina, K. (2005). Complex Global Microstructures. *Theory, Culture & Society*, 22(5), 213-234. <https://doi.org/10.1177/0263276405057200>

- Kuhn, T. (1989). *Teoría de las revoluciones científicas*. Paidós.
- Kuijjer, L. (2014). *Implications of Social Practice Theory for Sustainable Design*. Tesis doctoral. Delft University of Technology. http://studiolab.ide.tudelft.nl/studiolab/kuijjer/files/2014/01/Kuijjer-Lenneke_2014_Implications-of-Social-Practice-Theory-for-Sustainable-Design_PhD-thesis.pdf
- Lagos, D., Acosta, G., y Morales, K. (2013). Tendencias en diseño y desarrollo de productos desde el factor humano: una aproximación a la responsabilidad social. *Iconofacto*, 9(12), 71-97. <http://revistas.upb.edu.co/index.php/iconofacto/article/view/1920>
- Latour, Bruno (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Manantial.
- Lau, R. W. K. (2004). Habitus and the practical logic of practice: An interpretation. *Sociology*, 38(2), 369-86.
- Littig, B., y Leitner, M. (2017). Combining Methods in Practice Oriented Research A Multi-method Case Study on Sustainable Cohousing. En M. Littig, J. Beate, y W. Angela (Eds.), *Methodological Reflections on Practice Oriented Theories* (pp. 161-176). Springer.
- Lizardo, O. (2009). Is a “Special Psychology” of Practice Possible?: From Values and Attitudes to Embodied Dispositions. *Theory & Psychology*, 19(6), 713-727. <https://doi.org/10.1177/0959354309345891>
- Llovet, J. (1981). *Ideología y metodología del diseño*. Ed. Gustavo Gilli.
- Lotman, I. (1996). *La semiósfera I*. Cátedra.
- Margolin, V. (2001). La construcción de una comunidad de investigación de diseño. En *Antología de diseño 1* (p. 97). Designio.
- Margolin, V. (2005). *Las políticas de lo artificial. Las políticas de lo artificial*. Designio.
- Mazzeo, C. (2017). *Diseño y sistema. Bajo la punta del iceberg. Infinito*.
- McLuhan, M., y Fiore, Q. (1988). *El medio es el masaje*. Paidós.

- Mendizabal, N. (2006). Los componentes del diseño flexible en investigación cualitativa. En I. Vasilachis de Gialdino (Ed.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 65-105). Gedisa.
- Moles, A. (1975). *Teoría de los objetos*. Ed. Gustavo Gili.
- Moles, A. (1995). *Las ciencias de lo impreciso*. Porrúa.
- Morín, E. (2011). *La vía. Para el futuro de la humanidad*. Paidós. http://edgarmorinmultiversidad.org/images/descargas/libros/la_via_para_el_futuro_de_la_humanidad.pdf
- Mosterín, J. (1993). *Filosofía de la cultura*. Alianza Editorial.
- Murcia, N., Jaimes, S., y Gómez, J. (2016). La práctica social como expresión de humanidad. *Cinta de Moebio*, (57), 257-274. <https://doi.org/10.4067/S0717-554X2016000300002>
- Neiman, G., y Quaranta, G. (2006). Los estudios de caso en la investigación sociológica. En I. Vasilachis de Gialdino (Ed.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 213-237). Gedisa.
- Nicolini, D. (2012). *Practice Theory, Work, and Organization, An Introduction*. Oxford University Press.
- Pantzar, M., y Shove, E. (2006). Circuits of reproduction and the dynamics of practice in everyday life. In *Paper for the Second Organization Studies Summer Workshop on Re-turn to Practice: Understanding Organization As It Happens* (pp. 15-16).
- Quarante, D. (1988). *Diseño industrial*. CEAC.
- Ramírez, N., Leucona, M., y Cardoso, J. (2012). Diseño Y Bienestar Humano: Puntos De Encuentro a Partir De Metodologías De Diseño. *Iconofacto*. <https://revistas.upb.edu.co/index.php/iconofacto/article/view/1170>
- Reckwitz, A. (2002). Theorizing Toward a Theory of Social Practices: A Development in Culturalist. *European Journal of Social Theory*, 5(2), 243-263. <https://doi.org/10.1177/13684310222225432>

- Sánchez, M. (2005). *La forma como hecho social de convivencia. Morfogénesis del Objeto de Uso*. Universidad de Bogotá, Jorge Tadeo Lozano. https://www.utadeo.edu.co/sites/tadeo/files/node/publication/field_attached_file/pdf-morfogenesis_del_objeto_de_uso_-_pag.pdf
- Sanín, J. (2006). Estudios de la Cultura material. *Iconofacto*, 2(3), 17-38. <https://revistas.upb.edu.co/index.php/iconofacto/article/view/2991/2636>
- Sarmiento Ramírez, I. (2007). Cultura y cultura material: aproximaciones a los conceptos e inventario epistemológico. *Anales Del Museo de América*, 15, 217-236 <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2572576>
- Schatzki, T. (1996). *Social Practice*. Cambridge University Press.
- Schatzki, T. (2011). *Social practices: A Wittgensteinian approach to human activity and the social*. C. U. Press.
- Schatzki, T. (2001). Introduction: Practice theory. En T. Schatzky, C. Knorr, y E. Von Savigny (Eds.), *The Practice Turn in Contemporary Theory* (pp. 10-23). [https://doi.org/10.1016/S0956-5221\(03\)00029-0](https://doi.org/10.1016/S0956-5221(03)00029-0)
- Schatzki, T. R. (2002). *The site of the social: A philosophical account of the constitution of social life and change*. Penn State Press.
- Schmidt, R. (2017). Sociology of Social Practices: Theory or Modus Operandi of Empirical Research? En M. Littig, J. Beate, y W. Angela (Eds.), *Methodological Reflections on Practice Oriented Theories* (pp. 3-18). Springer.
- Shove, E. (2009). Everyday Practice and the Production and Consumption of Time. Practice, Materiality and Culture. En E. Shove, F. Trentmann, y R. Wilk (Eds.), *Time, Consumption and Everyday Life* (p. 251). Berg.
- Shove, E. [Fondazione Giannino Bassetti] (15 de abril 2016). *The design of everyday life* [archivo de video]. <https://www.youtube.com/watch?v=nfWwFMD1zh8>
- Shove, E., y Pantzar, M. (2006). Fossilisation. *Journal of European Ethnology*, 35(1-2), 56-63. <http://www.lancaster.ac.uk/staff/shove/choreography/fossilisation.pdf>

- Shove, E., Pantzar, M., y Watson, M. (2012). *The Dynamic of Social Practices*. Sage Publications.
- Shove, E., y Walker, G. (2014). What Is Energy For? Social Practice and Energy Demand. *Theory, Culture & Society*, 31(5), 41-58. <https://doi.org/10.1177/0263276414536746>
- Simons, H. (2011). *El estudio de caso: teoría y practica*. Ediciones Morata S. L.
- Stake, R. (1999). *Investigación con estudio de casos*. Ediciones Morata S.
- Todeschini, R. (1995). *Introduzione alla chemiometria*. EdiSES.
- Turner, S. (1994) *The Social Theory of Practices: Tradition, Tacit Knowledge, and Presuppositions*. University of Chicago Press.
- Turner, S. (2005). Throwing out the tacit rule book: Learning and practices. En T. Schatski, K. Knorr Cetina, y E. Von Savigny (Eds.), *The Practice Turn in Contemporary Theory* (pp. 129-139). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780203977453-17>
- Valdés de León, G. (2011). *Una molesta introducción al estudio del Diseño*. Nobuko.
- Vilchis, L. (2016). *Diseño: universo del conocimiento: investigación de proyectos en la comunicación gráfica*. Sonora: Editorial Qartuppi
- Wenger, E. (1999). *Communities of practice: Learning, meaning, and identity*. Cambridge university press.
- Yin, R. (2009). *Case study research: Design and methods (applied social research methods)*. Sage Publications.



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en
enero de 2024 en el PrintLab de la Universidad del Azuay,
en Cuenca del Ecuador.





UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

El diseño tiene un impacto directo en la configuración de lo material, al diseñar objetos el diseñador coproduce experiencias de consumo y propone la materialidad que circula en los distintos sistemas de prácticas.

En este libro se evidencia que cuando el diseño y las prácticas sociales se ponen en juego establecen una estructura relacional compleja, cambiante y multidimensional, y además, da cuenta de la configuración disciplinar del diseño entorno a su relación con el contexto y el usuario, así como sus implicaciones en la vida cotidiana, aclarando así los modos en que el diseño modifica el consumo, y puntualmente, cómo contribuye a sostener o no prácticas en escenarios de crisis social, económica y ambiental.



ISBN: 978-9942-645-60-9



9 789942 645609